



El
JURAMENTO

KIMBERLY DERTING

En el futuro, vigila tus palabras:
te pueden costar la vida.

Lectulandia

Ludania es un país con un régimen autoritario y una estricta sociedad clasista. Cada clase tiene su idioma propio, y está prohibido hasta conocer la lengua de las otras clases, bajo pena de muerte. Charlaina tiene diecisiete años y un gran secreto: entiende todas las lenguas. No sabe por qué; solo sabe que es un don que debe ocultar. Y pronto, con la ayuda del joven Max, averiguará que hay aún más cosas de sí misma que desconocía... y que ella es clave en la revolución antiautoritaria que ha empezado a extenderse.

Lectulandia

Kimberly Derting

El Juramento

The Pledge - 1

ePub r1.2

sleepwithghosts 23.11.14

Título original: *The Pledge*
Kimberly Derting, 2011
Traducción: Irene Claver Gómez

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

142 años después de la Revolución de los Soberanos

El aire crepitó como si se avecinase una tormenta eléctrica justo en el momento en que la chica entró en los aposentos. Era solo una niña, pero su presencia lo cambió todo.

Con un poco de esfuerzo, la reina ladeó la cabeza en la almohada mientras observaba a la niña avanzar por la habitación en zapatillas. Mantenía la barbilla apretada contra el pecho y agarraba con los dedos los lados de su camisón, aferrándose a él y soltándolo con nerviosismo.

Quizá la guardia de la reina ni siquiera se daba cuenta de la tensión que había en el ambiente, pero ella sí notó cómo de repente la sangre corría por sus venas, su pulso se aceleraba y cambiaba el rumor de cada bocanada de aire que inspiraba. Ya no era un resuello irregular.

La reina desvió su atención hacia los hombres que escoltaban a la niña.

—Dejadnos solas —manifestó con una voz que había sido antaño autoritaria y que ahora surgió ronca y rugosa como el papel.

No tenían razones para cuestionar la orden, pues estaba claro que la niña estaría segura con su propia madre.

La pequeña dio un respingo cuando cerraron la puerta tras ella y abrió los ojos, aunque aún no se atrevió a corresponder a la mirada de la reina.

—Princesa Sabara —dijo la reina con dulzura, usando su voz más suave con la intención de ganarse la confianza de la niña. Durante los escasos seis años de vida de su hija, la reina había pasado muy poco tiempo con ella, y la había dejado al cuidado de institutrices, niñeras y tutores—. Acércate, cariño.

La pequeña arrastró los pies hacia delante, aunque su mirada seguía fija en el suelo, un gesto reservado para las clases más bajas, como su madre percibió con amargura. Seis años, qué joven, tal vez demasiado joven, pero había retrasado el momento tanto como había podido. La reina también era joven. Debería de haberse conservado por muchos años y, sin embargo, ahora yacía enferma y moribunda, y de ninguna manera podía esperar más. Además, había estado preparando a la niña para este día.

Cuando su hija se acercó a un lado de la cama, la reina le tendió la mano, tomó su barbilla con los dedos y la obligó a mirarla a los ojos.

—Eres mi primogénita —le explicó, a pesar de que se lo había dicho ya más de una docena de veces para recordarle lo especial, lo importante que era—. Ya hemos hablado de esto, ¿no? No tienes miedo, ¿verdad?

La pequeña negó con la cabeza, moviendo nerviosamente los ojos, llenos de lágrimas, a un lado y al otro.

—Necesito que seas valiente, Sabara. ¿Puedes hacerlo por mí? ¿Estás preparada?

Entonces, la niña tensó los hombros, a la vez que se calmaba, y por fin miró a la reina a los ojos:

—Sí, mamá, estoy lista.

La reina sonrió. La pequeña estaba lista. Era joven, pero estaba preparada.

«Será una joven hermosa», pensó la reina, estudiando la piel de porcelana de la niña y sus dulces y brillantes ojos. «Será fuerte, poderosa y temida, una fuerza con la que tendrán que vérselas. Los hombres se rendirán a sus pies...».

«... y ella los hará sufrir».

«Será una gran reina».

Respiró con dificultad. Había llegado la hora.

Enlazó los diminutos dedos de la niña con los suyos y su sonrisa desapareció de los labios para concentrarse en la tarea que las concernía.

Desnudó su alma, la parte de su interior que la hacía ser como era. Su Esencia. Podía sentirla vibrar dentro de ella llena de vida, al contrario que su cuerpo.

—Necesito que pronuncies las palabras, Sabara. —Casi suplicaba, a pesar de que ella deseaba que la niña no se diera cuenta de lo mucho que la necesitaba, de lo desesperada que estaba por si todo no funcionase bien.

La niña miró fijamente a la reina e hizo una mueca cuando repitió las palabras que habían ensayado:

—Tómame, mamá. Tómame en tu lugar.

La reina inspiró abruptamente. Agarró la mano de la niña al tiempo que cerraba los ojos. No sintió ningún dolor. De hecho, la sensación se acercaba al placer mientras su Esencia se desplegaba, como el vapor en espiral de una densa neblina que salía de todo su ser, liberándose por fin de sus límites.

Oyó a la niña jadear y sintió cómo se revolvía para soltarse de su mano. Ya no importaba. Demasiado tarde. Ya había pronunciado las palabras.

Una abrumadora sensación de plenitud casi la abatió, y enseguida se hizo más ligera y remitió a la vez que su Esencia se acomodaba a un nuevo espacio y se replegaba una vez más. Por fin encontraba la paz.

Seguía con los ojos cerrados, apretándolos y sin sentirse segura de abrirlos ni de que la transferencia hubiese surtido efecto. Entonces, oyó un sonido apenas perceptible, un suave balbuceo. Después, no percibió nada más.

Un silencio ensordecedor.

Poco a poco, muy poco a poco, abrió los ojos para saber qué sucedía...

... y se encontró a sí misma de pie al lado de la cama, mirando a los ojos vacíos de la reina muerta. Los ojos que una vez le habían pertenecido.

I

81 años más tarde 223 años después de la Revolución de los Soberanos

Apreté los dientes cuando el señor Grayson levantó más y más la voz, hasta que no quedó ninguna duda de que pretendía que toda la gente en aquella calle congestionada lo oyese, a pesar de que sabía con certeza que nadie podía entender ni una sola palabra.

Cada día sucedía lo mismo. Estaba obligada a soportar su desvergonzada intolerancia por el mero hecho de que su tienda se hallaba al otro lado del abarrotado mercado cercano al restaurante de mis padres. Ni siquiera disimulaba su desprecio por la avalancha de refugiados que llegaban a nuestra ciudad y traían con ellos «la pobreza y la enfermedad».

Y lo hacía en sus narices, con su sonrisa falsa, cuando ellos pasaban en fila por delante de su tienda, porque quería venderles ciertos utensilios. Desde luego, los refugiados solo podían deducir vagamente, por su tono lleno de desdén, que el tendero se mofaba de ellos y los ridiculizaba, pues hablaba en parshon y ellos no eran Comerciantes. Ellos eran los pobres, los que compartían las miradas cabizbajas con la clase de los Sirvientes. Y aunque el mercader los llamase por nombres que ni podían entender, nunca levantaban la vista. No estaba permitido.

Cuando al final se dirigió a ellos en el idioma universal, el englaise, alzaron la cabeza para mirarlo.

—Tengo muchas telas exquisitas —alardeó en un esfuerzo para captar su atención y, con algo de fortuna, sus monederos—. Seda y lana de la mejor calidad. —Y por lo bajo, aunque perfectamente audible, añadió—: Y retales y pedazos sucios, también.

Eché un vistazo a la multitud de rostros cansados que abarrotaban el mercado a esta hora y vi que Aron me devolvía la mirada. Mis ojos se empequeñecieron en otra mirada furiosa y torcí la boca con una sonrisita maliciosa. «Tu padre es un capullo», dije para que me leyera los labios.

A pesar de que no podía oírme, lo entendió a la perfección y me sonrió de manera burlona. Su mata de pelo color arena y de punta destacaba. «Ya lo sé», respondió, y un hoyuelo se marcó en su mejilla izquierda. Sus cálidos ojos dorados brillaron.

Mi madre me clavó el hombro en las costillas.

—Te he visto, jovencita. Vigila esa lengua.

Suspiré, dándole la espalda a Aron.

—No te preocupes, que siempre cuido mi lenguaje.

—Tú ya me entiendes. No quiero oír esa clase de expresiones, en especial si tu hermana está delante. Eres una chica educada.

La seguí adentro, refugiándome del resplandor del sol matinal. Mi hermana pequeña se sentó en una de las mesas vacías y empezó a balancear las piernas, a inclinar la cabeza y a hacer como si le diera de comer a una muñeca andrajosa colocada en la mesa de enfrente.

—Para empezar, ella ni me ha oído —protesté—. Nadie me ha oído y, sí, la verdad es que puedo ser más educada. —Levanté las cejas cuando mamá volvió para pasar un trapo a las mesas—. Además, es que es un capullo.

—*¡Charlaina Hart!* —la voz de mi madre y sus palabras se convirtieron en gruñidos guturales en parshon, como siempre pasaba cuando perdía la paciencia conmigo. Estiró la mano y me sacudió en la pierna con el trapo—. *¡Tiene cuatro años! ¡No es dura de oído!*

Dirigió la mirada a mi hermana, cuya melena rubia de tonos plateados relucía al sol que se colaba por las ventanas.

Mi hermana pequeña ni siquiera alzó la vista, porque estaba acostumbrada a mi forma de hablar.

—*Espero que cuando Angelina sea mayor y vaya a la escuela aprenda mejores modales que los tuyos.*

Me irrité con las palabras de mi madre. Odiaba cuando decía cosas así, más que nada porque ambas sabíamos que Angelina nunca iría a la escuela. A menos que madurase pronto, no le permitirían asistir a clases.

Pero, en vez de discutir, me encogí de hombros bruscamente:

—Como bien has dicho, solo tiene cuatro años —respondí en *englaise*.

—*Vete o llegarás tarde. Y no lo olvides: te necesito aquí trabajando después de clase, así que no te vayas a casa.* —Lo dijo como si fuese algo poco habitual. Y yo trabajaba cada día al salir de la escuela—. *Ah, y, por favor, vuelve acompañada de Aron. Hay muchos desconocidos en la ciudad y me siento más tranquila si os mantenéis juntos.*

Metí los libros en mi cartera desgastada y pasé por delante de Angelina, que jugaba en silencio con su muñequita. La besé en la mejilla y le dejé, sin que mamá se diese cuenta, un caramelo en su ya pegajosa manita.

—No se lo digas a mami —le susurré tan cerca del oído que sus cabellos me hicieron cosquillas en la nariz—, o ya no podré robar más caramelos para ti, ¿vale?

Mi hermana asintió sin pronunciar una palabra. Lo dijo todo con sus ojos azules, muy abiertos y llenos de confianza. De hecho, ella nunca decía nada. Mi madre me detuvo antes de salir.

—*Charlaina, tienes el pasaporte, ¿no?* —Era una pregunta innecesaria, pero cada día la hacía siempre que me separaba de ella.

Tiré de la cinta de piel que llevaba al cuello y le mostré la tarjeta de identidad metida por dentro de la camisa. Su funda plástica era ya tan cálida y familiar para mí como mi propia piel. Entonces, le guiñé el ojo a Angelina para recordarle que teníamos un secreto que guardar y corrí hacia la puerta para salir a las calles repletas

de gente.

Levanté la mano por encima de la cabeza y saludé a Aron al pasar por la tienda de su padre. Le hice una señal para que nos reuniéramos en el lugar de siempre: la plaza del otro lado del mercado. Caminé a empujones entre las personas y recordé los tiempos —antes de la amenaza de una nueva revolución— en que las calles no estaban tan atestadas y el mercado solo era un lugar de comercio que olía a carne ahumada, a cuero y a jabones y aceites. Estos aromas aún persistían, aunque ahora se mezclaban con los de la gente sucia y la desesperación, porque el mercado se había convertido en un refugio para los repudiados del país, esas pobres almas de la clase de los Sirvientes expulsadas a la fuerza de sus hogares cuando las tropas rebeldes interrumpieron las rutas de comercio. Entonces, sus amos ya no pudieron mantenerlos.

Acudieron en masa a nuestra ciudad porque les prometieron comida, agua y cuidados médicos.

Y ni siquiera les podíamos dar cobijo.

La voz monótona que salía de los altavoces sobre nuestras cabezas ya me era tan familiar que ni la hubiese notado si la llamada no resultase tan extraña: «**TODOS LOS INMIGRANTES NO REGISTRADOS DEBEN ACUDIR AL AYUNTAMIENTO DEL CAPITOLIO**».

Apreté el cierre de mi cartera, agaché la cabeza y seguí caminando.

Cuando conseguí salir de la fila de cuerpos, Aron ya me esperaba frente a la fuente de la plaza. Todo era una competición para él.

—Da igual —mascullé sin poder evitar una sonrisita. Le pasé mi cartera llena de libros—. Me niego a decirlo.

Cargó con mi pesada bolsa sin una queja, también sonriendo.

—No hay problema, Charlie, ya lo digo yo: he ganado. —Sacó algo de su bolsa, que llevaba al hombro. A nuestras espaldas, el agua de la fuente caía de forma musical—. Aquí está —dijo, y me dio un pedazo de tela negra muy suave—. Te he traído esto. Es seda.

Mi respiración se aceleró al tocar con los dedos aquel material sedoso. No había sentido nunca algo parecido. «Seda», repetí para mí. Conocía la palabra, pero nunca había tocado la tela. La dejé resbalar entre mis manos y la rocé con las puntas de los dedos. Me quedé fascinada porque parecía casi pura y por cómo el sol se reflejaba en ella. Con la voz en un susurro, le dije a Aron: «Esto es demasiado», e intenté devolvérsela.

La rechazó con la mano y se burló.

—Venga, si mi padre iba a tirarla a la basura. No eres muy grande, así que puedes hacerte un vestido o lo que sea con los pedazos.

Observé mis botas negras carcomidas y el vestido gris de algodón que llevaba, viejo y raído. No tenía ningún adorno y me hacía parecer un saco. Intenté imaginar lo maravilloso que sería sentir esa tela en mi piel; «sería como el agua», pensé, fresca y resbaladiza.

Cuando Brooklynn llegó, dejó su bolsa a los pies de Aron. Como siempre, no dijo «Buenos días» ni «¿Puedes, por favor?», pero Aron recogió la cartera igualmente.

Al contrario que su padre, Aron no tenía ni un solo hueso desagradable en el cuerpo. Aunque más bien usaría la palabra «estúpido» para describir al mayor de los Grayson. O grosero. O perezoso. Daba lo mismo. Por suerte, el hijo no había heredado ninguno de esos poco halagüeños rasgos del padre.

—¿Cómo? ¿No me has traído nada? —Brooklynn hizo un mohín con el labio inferior y sus ojos oscuros brillaron de envidia al ver la seda en mis manos.

—Lo siento, Brook, pero mi padre podría notar la falta si me llevo más de una vez. Tal vez la próxima.

—Sí, claro, Enano. Eso es lo que dices ahora, pero seguro que la próxima vez también será para Charlie.

Me hizo gracia el apodo. Aron ya era más alto que Brooklynn y que yo, pero ella insistía en llamarlo Enano.

Metí con mucho cuidado la tela en mi cartera y me pregunté qué haría exactamente con ella. Estaba deseando pasarla por aguja e hilo.

Brook iba delante mientras nos abríamos paso por los lados de la plaza, donde había más gente. Como siempre, tomamos el camino más largo y evitamos la plaza central. Me hubiese gustado creer que la ruta era idea de Brook o, mejor aún, de Aron, o a los dos les molestaban como a mí las cosas que sucedían en esa plaza, pero lo dudaba. Sabía que a mí me afectaban mucho más.

Desde algún lugar sobre nuestras cabezas, emergió otro mensaje: «TODA ACTIVIDAD SOSPECHOSA DEBE SER COMUNICADA A LA PATRULLA DE VIGILANCIA MÁS CERCANA».

—Pasaportes —anunció Aron con tono solemne cerca del nuevo punto de control en el pasaje abovedado que conducía a las calles de la ciudad. Como todos nosotros, sacó su identificación de debajo de la camisa. Últimamente había más y más puntos de control. Los instalaban cada día. Y este no era muy distinto a los demás: cuatro soldados armados, dos en cada fila: en la de los hombres y en la de las mujeres y niños. Tras comprobar que la foto del pasaporte encajaba con la persona que lo mostraba, escaneaban la tarjeta de identidad con un aparato electrónico portátil.

En realidad, los puntos de control no importaban. No estaban para controlarnos a nosotros. No éramos los revolucionarios a los que pretendían impedir moverse libremente por la ciudad. Para Brook, para Aron y para mí, esos controles suponían una más de las medidas de seguridad a consecuencia de la guerra que se gestaba dentro de las fronteras de nuestro país.

Además, en el caso de Brooklynn, los controles también eran un plus, una buena oportunidad para practicar sus técnicas de flirteo.

Brook y yo nos pusimos a la cola y esperamos en silencio a que nos llegase el turno. Mientras escaneaban y comprobaban nuestros pasaportes, me di la vuelta y vi cómo Brook pestañeaba con descaro y miraba al soldado joven que tenía su tarjeta en

la mano.

Este centró la mirada en el escáner y luego en ella, y movió la comisura del labio sutilmente, de forma casi imperceptible. Brook se le acercó más de lo necesario para que la luz verde del ordenador portátil la reconociese.

—Gracias —ronroneó en voz baja, y deslizó el pasaporte dentro de la camisa, asegurándose de que él lo viese.

Las tarjetas de identidad tampoco nos resultaban novedosas. Ya estaban en circulación desde antes de lo que podíamos recordar. Sin embargo, en los últimos años habían cobrado más protagonismo, porque nos obligaban a llevarlas para que la reina y su ejército pudiesen tenernos localizados a todas horas. Otro detalle que hacía patente que los revolucionarios estaban estrechando el cerco sobre la Corona.

Una vez vi cómo se llevaban a alguien custodiado, en uno de los puntos de control. Era una mujer que había intentado colarse con el pasaporte de otra persona. Había superado la revisión de la foto, pero cuando escanearon la tarjeta, apareció la luz roja en lugar de la verde. Señalaba que era un pasaporte robado.

La reina era implacable con el crimen. El robo se castigaba de una forma tan severa como la traición o el asesinato: con la muerte.

—¡Charlie! —La voz de Aron me sacó de mis pensamientos. Corrí a reunirme con ellos porque no quería llegar tarde al colegio. Coloqué el pasaporte en la parte delantera de mi vestido y me afané para alcanzarlos. Cuando lo conseguí, un gran alboroto se levantó a nuestras espaldas. La multitud de la plaza gritaba.

Pero no nos inmutamos ni retrocedimos. Ni siquiera parpadeamos para aparentar que lo habíamos oído, más cuando estábamos tan cerca de los vigilantes del punto de control.

Me vino a la mente la mujer del pasaporte robado y me pregunté cómo se habría sentido delante de la horca instalada en medio de la plaza, ante una multitud de espectadores. Ante los que la abucheaban por el crimen que había cometido. Me pregunté si también su familia estaría allí mirando, y si habían cerrado los ojos cuando se había abierto la trampilla bajo los pies de la mujer; si habían cerrado los ojos cuando la cuerda apretó su cuello; si habían llorado mientras sus pies se balanceaban sin vida.

Y entonces la voz del megáfono nos recordó: «UN CIUDADANO DILIGENTE ES UN CIUDADANO FELIZ».

Me dolió en el alma.

* * *

—¿Sabíais que los pueblos de la frontera del sur están sitiados? —preguntó Brooklynn, ya lejos de los soldados del punto de control, cuando caminábamos por calles menos concurridas, apartadas del mercado.

Entorné los ojos hacia Aron. Nosotros ya sabíamos del ataque a las ciudades fronterizas; llevaban meses asediadas. Todo el mundo lo sabía. En parte, era la razón por la que nuestra ciudad se había llenado de repente de refugiados. Casi todos habían acogido a familiares huidos y a sus sirvientes.

Mi familia era una de las pocas a las que no afectaba la inmigración, pues no teníamos parientes en esa zona del país.

—A ver cuánto tarda en llegar la revolución al Capitolio —dijo Brook dramáticamente.

—La reina Sabara nunca permitirá que lleguen hasta aquí. Enviaré a su ejército para impedir que se acerquen —respondí.

Me daba risa que llamaran a nuestra ciudad «el Capitolio». Sus murallas de cemento no albergaban a nadie que ejerciera alguna influencia. El término implicaba autoridad y poder, aunque en realidad simplemente éramos la ciudad más próxima al palacio. Y la reina era la única persona que ostentaba cierto poder.

Al menos, nuestra ciudad tenía nombre.

A la mayoría de las urbes de Ludania se las había privado de ese privilegio hacía mucho, y ahora se identificaban según el cuadrante del país en el que estaban ubicadas y se clasificaban por tamaño: 1-Oeste, 4-Sur, 2-Este.

Los niños recibían nombres de antiguas ciudades como recuerdo. Incluso, en el pasado, una forma de rebelión consistía en llamar a un bebé Carlton, Lewis o Lincoln, como vía para expresar insatisfacción frente a la decisión por parte de la Corona de reclasificar las ciudades como números. Ahora era ya una tradición más, y los bebés tenían nombres de ciudades de todos los países del mundo.

La gente pensaba que mi verdadero nombre era Charlotte, que correspondía al de una ciudad de hacía muchos, muchos años. Pero mis padres decían que se negaban a tomar parte en nada que pudiese ser visto como rebeldía, incluida la costumbre muy arraigada de poner nombre.

Preferían no llamar la atención.

Por su parte, a Brooklynn le encantaba alardear de las raíces de su nombre. Fue un gran distrito de una ciudad si cabe aún más importante que ya no existía. Se movió. Sus ojos brillaban febrilmente.

—Bueno, me enteré de que... —Dejó que sus palabras flotaran en el aire para reafirmar que contaba con una información que nosotros no teníamos—... de que el ejército de la reina se está agrupando en el este. Hay rumores de que la reina Elena planea aliarse con las fuerzas rebeldes.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Uno de tus soldados? —le susurré tan cerca de ella que prácticamente nuestras frentes se encontraron, al tiempo que le lanzaba una mirada reprobatoria. No dudaba de su palabra. La inteligencia de Brook rara vez fallaba—. ¿Cómo sabes que te han dicho la verdad?

Brook exhibió su risita burlona y descarada.

—Mírame, Charlie. ¿Por qué tendrían que mentirme? —Y añadió con seriedad—:

Dicen que la reina está cansada, que es demasiado mayor para seguir defendiéndose.

—Eso son patrañas, Brook. Vieja o no, la reina Sabara nunca dejará en la estacada a su país. —Una cosa era compartir noticias de verdad del frente, y otra completamente distinta era difundir mentiras sobre la reina.

—¿Qué otra salida tiene? —continuó Brook, encogiéndose de hombros—. No hay una princesa que la releve, y seguro que no dejará que un heredero varón ocupe el trono. Eso no ocurre desde hace más de cien años, y no creo que deje que suceda ahora. Pienso que renunciará a la línea sucesoria real antes de que un rey dirija este país de nuevo.

Al llegar a la Academia, sentí que la furia me revolvió el estómago.

—Pues sí, creo que eso es cierto —dije distraída y sin ganas de continuar el debate sobre política—. No se dejará morir hasta que encuentre a la heredera idónea para sustituirla.

Quería mantener la calma en aquella escuela. Mostrarme impasible. Sobre todo, deseaba que los chicos del Consejo no notaran mi inquietud.

Todo en aquella exclusiva escuela, hasta los immaculados uniformes, parecía decir: «somos mejores que tú». Incluso los escalones de mármol blanco que conducían a la entrada de la Academia estaban pulidos hasta conseguir el brillo perfecto. Daba respeto subirlos.

Me odié a mí misma por imaginar cómo sería pisarlos con zapatos.

Intenté no mirar hacia las estudiantes de la Academia que deambulaban por los últimos escalones. Aquellas chicas me ponían de los nervios, en especial las dos que nos clavaban los ojos y se burlaban cuando pasábamos.

Hoy también era así. Las faldas de sus uniformes idénticos tenían pliegues y sus camisas blancas como la nieve estaban impolutas. Ellas sí conocían la sensación de tocar seda.

Me hice la despistada cuando una de las chicas se interpuso adrede en nuestro camino. Se apartó su melena dorada del hombro. Tenía las mejillas de color rosado, y sus ojos brillaban con malicia.

Se paró frente a nosotros en medio de la escalera, con la mano levantada para señalarnos que debíamos quedarnos donde estábamos.

—*Vosotros tres, ¿por qué tenéis tanta prisa?* —nos preguntó adrede en termani, aun sabiendo que no la podíamos entender.

Sus palabras agitaron el aire a mi alrededor y me costaba respirar. Sabía lo que debía hacer. Todos lo sabíamos. A mi lado, Aron fijó su mirada en sus pies, y Brooklynn hizo exactamente lo mismo. Una parte de mí deseaba rechazar lo lógico —ignorar la ley— y apreté la mandíbula como respuesta a sus palabras punzantes. Pero sabía también que no podría. No sólo yo sería culpable si infringía la ley: Brook y Aron serían condenados también.

Agaché la cabeza y me esforcé en ignorar el hormigueo en los brazos mientras la chica me taladraba con la mirada.

Su amiga se unió a ella y formaron un muro para no dejarnos pasar.

—*No me explico por qué dejan a los Comerciantes ir a la escuela. ¿Y tú, Sydney?*

De nuevo, sentí ondas de calor en el aire.

—*No seas ridícula, Verónica. Tienen que ir al colegio. ¿Cómo, si no, aprenderán a contar y a saber el cambio cuando trabajen para nosotros? Mírales las manos. Ya trabajan, pero no tienen ni idea de contar, leer y escribir.*

Las odié por pensar que éramos ignorantes. Me dolieron los dientes de tanto apretarlos para no contestarles. Sin embargo, me ardieron las mejillas cuando vi la perfecta manicura de Sydney. En el fondo, tenía razón en ese aspecto. Yo tenía las uñas cortas y la piel seca de tanto lavar platos en el restaurante de mis padres. Ahora lo que más quería era esconder las manos tras la espalda, pero no me podía arriesgar a que creyera que había entendido sus insultos.

Con la mirada desviada, intenté pasar por su lado, pero se adelantó y se plantó en mi camino. La sangre latía en mis sienes.

—*No te vayas ahora que empieza la diversión. ¿No es divertido, Verónica?*

Hubo una pausa incómoda, y entonces su amiga respondió con total apatía:

—*La verdad es que no mucho, Syd. Vuelvo adentro. No valen la pena.*

Sydney aún se quedó unos segundos bloqueándonos el paso para dejarnos allí parados antes de seguir a su amiga por los pulidos escalones de mármol. No alcé la cabeza hasta que oí cómo se cerraban las puertas de la Academia tras ellas.

En ese momento, lancé un ruidoso suspiro.

—*¿Por qué nos hacen esto?* —insistió Brook, ya fuera de la escalera. Estaba colorada y tenía los ojos vidriosos. Me cogió de la mano—. *¿Qué les hemos hecho nosotros?*

Aron parecía también desconcertado.

—*Me pregunto qué será lo que dicen de nosotros.* —Tenía la voz entrecortada y movía la cabeza con cansancio.

Me encogí de hombros, porque no sabía qué hacer. No podía decirles lo que Sydney y su amiga pensaban de nosotros.

Llegamos a nuestra escuela, que no era tan grande ni tan bonita como la Academia. Era un edificio de ladrillos viejos, nada que ver con los vistosos ladrillos de las construcciones históricas con encanto, sino unos que podían desmoronarse en cualquier momento. Tampoco llevábamos bonitos uniformes ni teníamos un nombre, como la Academia: se nos conocía como la Escuela 33.

Aun así, no podíamos quejarnos. Era un colegio, y se nos permitía ir a clase. Y seguía abierto pese a los enfrentamientos que había en nuestro país. Así que podíamos estar agradecidos. Había peores cosas en la vida que ir a una escuela de Comerciantes.

Por ejemplo, no ir a la escuela.

* * *

La campana matinal sonó, y todos los de la clase nos pusimos en pie, como hacía exactamente cada uno de los estudiantes de cualquier colegio del país. Levantamos la mano derecha al unísono, con los codos flexionados y los puños apuntando al cielo y, era la única ocasión que lo hacíamos durante las horas escolares, hablamos en *anglais*.

Era el Juramento de la reina:

Juro con mi último aliento venerar a mi reina por encima de todos los hombres.

Juro con mi aliento obedecer las leyes de mi país.

Juro con mi aliento respetar a mis superiores.

Juro con mi aliento contribuir al buen progreso de mi clase.

Juro con mi aliento informar sobre los que pueden perjudicar a mi reina y a mi país.

Mientras respire, lo juro.

No me había fijado en la letra del Juramento. Sólo lo recitaba y dejaba que las palabras salieran de mis labios maquinalmente. Tras años de repetición, era un acto reflejo, casi como respirar.

Pero hoy, quizá por primera vez, me percaté de esas palabras. Noté cómo enfatizábamos al pronunciar *venerar*, *obedecer*, *respetar*, *contribuir*, *informar*. Enumeré mentalmente las palabras por orden de importancia: *reina*, *país*, *clase*. El Juramento aunaba mandato y promesa, además de ser la manera que tenía la reina de pedirnos que la protegiéramos a ella y a nuestra forma de vida.

Miré a los demás chicos, mis compañeros de clase. Había ropa de tonos grises, azules, marrones y negros. Los colores de la clase trabajadora. Prácticos. Telas y texturas básicas, como algodón, lana e incluso cáñamo, resistentes y difíciles de ensuciar. No tuve que mirar para cerciorarme de que todos los estudiantes se mantenían erguidos, con la barbilla alta. Nuestros padres y profesores nos lo repetían día tras día: teníamos que estar orgullosos de ser quienes éramos.

Me pregunté por qué había nacido en la clase de los Comerciantes; por qué era mejor que otros, aunque no tan buena como algunos más. Conocía la respuesta: no tenía que ver con nosotros, sino que era nuestra suerte. Simplemente.

Si mis padres hubiesen sido de la clase de los Sirvientes, hoy no iría al colegio. Y si nuestros padres perteneciesen a la gente del Consejo, subiríamos por los impolutos escalones de la Academia.

El profesor carraspeó y me sobresalté. El Juramento había terminado, y yo todavía tenía el puño en alto; era la única, por cierto.

Me ardieron las mejillas. Cuarenta y cinco chicos de la clase de los Comerciantes me miraban fijamente, y solo pude bajar el puño, apretarlo y sentarme. Junto a mí,

Brooklynn se reía.

Le lancé una mirada asesina, pero no se la tomó en serio y aun le dio más risa.

—*Te has enterado, ¿no?* —me dijo en voz baja Aron cuando salimos al patio a la hora de comer. A excepción de cuando entonábamos el Juramento, el parshon era el único idioma que nos permitían hablar en el colegio.

No hizo falta que Aron me lo explicase. Por supuesto que me había enterado del último cotilleo. Bajé la voz también y me senté en el banco de piedra con él.

—*¿Sabes si tienen a toda su familia? ¿Se han llevado a sus padres, a sus hermanos y a sus hermanas?*

Brook llegó e inmediatamente captó la situación, por nuestro tono y por cómo observábamos a los demás con desconfianza.

—*¿Cheyenne?* —preguntó bajito.

Rebusqué en mi cartera y le entregué a Brook la comida que mi madre le había preparado, tal como había hecho desde que la madre de Brook murió.

Se sentó en el otro extremo, al lado de Aron. Teníamos las cabezas muy juntas.

Aron asintió. Me miró y luego miró a Brook.

—*He oído que llegaron de noche y que se la llevaron solo a ella. La retienen en el palacio para interrogarla, pero no tiene buena pinta. El caso es que esta vez sí tenían pruebas.*

Interrumpimos la conversación y nos separamos porque venía un chico que recogía basura entre la hierba. No hablaba con nadie y se movía lentamente, como si tuviera mucho cuidado. Como miembro de la clase de los Sirvientes, solo hablaba englaise. Por tanto, dentro del recinto de nuestra escuela —menos cuando pronunciábamos el Juramento— tenía prohibido hablar. Siempre miraba al suelo y recogía deshechos.

Apenas era unos años mayor que Angelina. Tendría unos seis, máximo siete. Tenía el pelo negro y revuelto y callos en sus pies sucios. Iba descalzo. No podía ver el color de sus ojos porque tenía la cabeza agachada.

Se paró junto a nosotros para ver si teníamos algo que podía recoger. En lugar de basura, cogí de mi almuerzo una galleta que mi madre había hecho y se la ofrecí con la palma de la mano. Esperé a que me mirase, pero no lo hizo.

Al acercarse más, dejé caer la galleta, como si fuesen los restos de mi comida. Nadie podría darse cuenta de que se la estaba dando.

El chico la cogió, como hacía cada día, aunque me quedé con las ganas de que expresase cierta gratitud o entusiasmo. Mantuvo su expresión inmutable y la mirada perdida. Era cuidadoso y... listo. Mucho más que yo, desde luego.

Mientras se alejaba, vi cómo se metía la galleta en el bolsillo y me sonreí a mí misma.

La voz de Brooklynn captó mi atención.

—*¿Qué tipo de pruebas han encontrado?* —le preguntó a Aron. Las noticias sobre el encarcelamiento de Cheyenne tenían a todo el mundo con los nervios de

punta.

Por desgracia, Cheyenne no era la única. Rumores sobre su deslealtad a la Corona habían arraigado, tras empezar como un virus y expandirse como una plaga que infectó y corrompió a los ciudadanos de a pie, ya que se ofrecían recompensas a quienes delataran a cualquier sospechoso de insurrección. La gente comenzó a desconfiar de todo el mundo y a buscar información que implicase a amigos o incluso familiares, para ganarse el favor de la reina. La confianza se había convertido en una comodidad que pocos podían permitirse.

Y una prueba real, de las que acallaban cualquier rumor mezquino, era mortal.

—*Han encontrado mapas en su poder. Mapas que pertenecen a la resistencia.*

Brook apretó los labios y bajó la cabeza.

—*Maldita sea.*

Pero yo no lo tenía tan claro.

—¿Cómo están tan seguros de que son mapas de los rebeldes? ¿Quién te lo ha dicho?

Levantó la cabeza y dirigió sus ojos de motas doradas a los míos.

—*Me lo ha dicho su hermano. Fue su propio padre quien la delató.*

Me pasé el resto del día pensando en Cheyenne Goodwin. ¿Cómo podía un padre delatar a su hija? ¿Cuándo abandona un padre a su hijo?

Por supuesto, no estaba preocupada por mí. Mis padres eran fuertes, dignos de confianza y leales. Los mejores.

Y no me cabía ninguna duda, porque habían guardado mi secreto durante toda la vida.

Pero ¿qué pasaría con los demás? ¿Qué sería de mí si la rebelión se extendía y la reina se sentía más amenazada?

¿Cuántas familias más venderían a sus hijos a las autoridades?

LA REINA

La reina Sabara tiró de la manta de lana de su regazo y la alisó con sus dedos torcidos. Era demasiado vieja para el frío y tenía la piel demasiado fina, casi como el papel. Sus carnes enjutas se pegaban a sus huesos cansados.

Entraron en la habitación dos sirvientas. Hablaban bajito y se movían de forma discreta para no asustarla. «Es ridículo», pensó la reina. Era vieja, pero no vulnerable.

Una de ellas, la más novata, fue a pulsar el interruptor de la pared para accionar la luz eléctrica del techo. La otra chica la detuvo justo a tiempo, cogiendo a la imprudente por la muñeca antes de que cometiese el error. Era obvio que no llevaba mucho tiempo en palacio y desconocía que la reina detestaba el resplandor de las bombillas y prefería la luz de las velas.

Sabara las observaba con prudencia y con sus afilados ojos mientras ellas añadían leña al hogar y avivaban la lumbre. Luego dirigió la mirada a los ventanales que daban a los verdes prados de su propiedad.

Tenía mucho en que pensar y le pesaba el corazón, un corazón que soportaba las cargas de un país envuelto en el caos... su país. Le daba vueltas a la idea de qué sucedería con el trono si no frenaban pronto a las fuerzas rebeldes. Ya habían causado demasiado daño, y su cuerpo padecía el dolor que habían infringido a sus tierras y a sus asuntos.

Se preguntó cuánto tiempo más podría soportarlo una mujer anciana. Pero una vez más recordó que no le quedaba otra opción. Si hubiese otra persona para relevarla, se apartaría del trono con gusto. Pero la amarga verdad era que no había nadie para sustituirla.

Su cuerpo le había fallado. Lo maldijo por haberle dado un único heredero, un hijo. Un hijo varón y, por tanto, de menor condición. Maldijo a su único hijo también porque su semilla había sido prolífica pero tampoco había producido una descendiente mujer.

Idiotas, son todos idiotas. Débiles y sin ningún mérito para gobernar este país... e incapaces de darle lo que ella necesitaba. Ojalá los rumores del pasado fuesen ciertos. Ojalá pudiese encontrar a esa persona, a la superviviente de la antigua monarquía, la heredera perdida que podía sucederla en el trono. Y si esa chica existía, la reina tenía que dar con ella antes de que sus enemigos la encontraran.

Hasta entonces, o hasta que naciese una heredera adecuada, debería mantenerse en el poder. Seguir viva.

Escudriñó a las sirvientas, que continuaban con sus quehaceres. Ni se atrevían a mirar a la reina. Sabían cuál era su lugar. Su consejero entró, pero tampoco esto las distrajo.

Sabara vio cómo el consejero se acercaba a ella y le hacía una reverencia. Esperó hasta que la reina le dio permiso para incorporarse.

Ella pasó un rato mirando su cabeza, más de lo necesario, porque sabía que lo incomodaba y que a su edad le dolía la espalda.

Al cabo de unos minutos, se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa, Baxter? —concedió como una señal para que por fin pudiese levantarse.

Miró con desconfianza a las sirvientas y notó cómo dos pares de ojos también le devolvían la mirada. Pero en el momento en que sus palabras registraron la cadencia del idioma real, todas las miradas apuntaron al suelo.

—*El general Arnoff ha reunido a sus tropas en la frontera del este. Si la reina Elena se alía al final con los rebeldes, tendrá una guerra en sus manos. Y su conciencia cargará con la sangre vertida.* —Hizo una pausa para respirar—. *Pero me temo que tenemos un problema aún peor.*

Bajo su gélida fachada, la reina rezumaba ira. Ella no debería gestionar estos temas: informes sobre guerras, decisiones sobre qué tropas enviar o dudas sobre el tiempo en que los rebeldes tendrían sitiado el palacio. Eran problemas para un nuevo gobernante, no para una anciana decrepita.

Observó a la sirvienta nueva y deseó que la mirara, osando romper con el protocolo y con la ley por alzar la vista mientras se hablaba en una lengua superior. La chica solo hacía un par de semanas que servía a la reina, pero era tiempo suficiente para que la conociera y para haber comprendido que la reina no se distinguía por su misericordia. Era mejor que no mirara, así que siguió con los ojos fijos en sus pies.

—*Y entonces, ¿qué? ¿Qué has venido a decirme?* —insistió Sabara, con el convencimiento de que no la hubiese molestado si no tuviese noticias importantes. Seguía mirando a la chica.

—*Majestad* —Baxter se postró ante ella e inclinó la cabeza en señal de respeto. No se dio cuenta de que la reina no le prestaba atención—, *la rebelión crece. Creemos que ya son el doble o el triple. Anoche tomaron las vías del tren entre el 3-Sur y el 5-Norte, la última ruta comercial que estaba libre entre el norte y el sur. Esto significa que más campesinos llegarán a las ciudades en busca de comida y provisiones. Tardaremos semanas en...*

Antes de que Baxter pudiese acabar la frase, Sabara se levantó y lo miró desde lo alto de su tarima.

—*¡Pero si esos rebeldes son simples mendigos! ¡Pordioseros! ¿Me estás diciendo que un ejército preparado es incapaz de doblegarlos?*

Ahí fue cuando la sirvienta cometió un error fatal. Movié la cabeza sólo unos milímetros. El movimiento fue imperceptible, pero sus ojos...

... sus ojos se dirigieron a la reina. No entendía las palabras, y tenía prohibido comprenderlas.

Y la reina la había visto.

Los labios de Sabara enfatizaron en la frase y comenzó a alterarse. Tembló de emoción. Había estado esperando el momento.

Baxter percibió que algo ocurría y permaneció en su postura, casi petrificado, cuando la reina alzó su mano despacio e hizo un gesto a los guardias que estaban en la puerta.

La chica estaba demasiado atónita para hacer algo más que observar, como un animal al que su cazador tiene en el punto de mira. Sabara la tenía acorralada.

Pensó en acabar con la chica ella misma, y sus manos se doblaron para convertirse en puños. Si hubiese sido más joven —y más fuerte—, de nada le hubiese servido a la chica defenderse. La hubiese matado en unos segundos.

Pero no era así. La reina sabía que no tenía esa energía. Liberó sus dedos y señaló con un gesto rápido.

—Mandadla a la horca —pronunció en *englaise* para que todos la entendieran. Mantuvo los hombros erguidos y la cabeza alta.

Los guardias se abalanzaron sobre la chica, que no opuso resistencia ni pidió clemencia alguna. Aceptaba su falta y conocía cuál era el castigo.

La reina siguió con la vista a los guardias que se llevaban a la chica. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva.

Había descubierto una nueva diversión.

II

Me incliné para recuperar el tenedor, que había caído al suelo con un estruendo metálico, y le sonreí tímidamente al hombre que esperaba solo en la mesa.

—Ahora le traigo uno limpio —le aseguré mientras retiraba el otro.

Su sonrisa afable fue una sorpresa. La sinceridad no era habitual en un miembro de la clase de los Consejeros.

Me gustó su actitud. Al menos no tendría que lamer su tenedor y lanzar una sonrisa cómplice a Brooklynn de camino a la zona de los camareros.

Brook cargaba con una cesta repleta de pan recién horneado en la cocina.

—¿Has visto a los de la mesa seis? —Me guiñó el ojo—. Creo que esta noche me ganaré unas buenas propinas.

Brooklynn le decía a todo el mundo que trabajaba en el restaurante de mis padres, y no en la carnicería de su padre, por las propinas. Pero yo sabía la verdadera razón: desde la muerte de su madre, buscaba cualquier excusa para no estar en casa ni en el negocio familiar.

Trabajar para ganarse un dinero extra era una buena forma de evitar recuerdos dolorosos y a un padre que la ignoraba completamente.

Fuera como fuese, me encantaba tenerla cerca.

Miré por encima del hombro a los tres hombres que ocupaban los bancos de la mesa de la esquina. Dos de ellos, que eran demasiado grandes para sentarse en ese espacio, observaban a Brooklynn con deseo. Los hombres solían hacerlo.

Levanté las cejas.

—No creo que te cueste mucho obtener propinas de esos de ahí, Brook.

Ella frunció el ceño y respondió:

—Pero el más guapo ni me mira. —Se refería al tercer hombre, más joven y más bajo que los otros, que tenía cara de aburrimiento. A Brook no le gustaba que no le prestaran atención, y tampoco tiraba la toalla fácilmente. Una chispa de picardía apareció en sus ojos—. Me parece que tendré que mostrarle mis encantos.

Moví la cabeza y cogí otro tenedor para el hombre de mi mesa. Sin duda, los bolsillos de Brooklynn estarían bien llenos al final de la noche.

Al llegar con el tenedor, el corazón se me aceleró y me puse muy colorada. El hombre del Consejo ya no cenaba solo. En mi ausencia, había venido su familia.

Enseguida reconocí a la chica sentada junto a él, y supuse que era su hija. Me cruzaba con ella cada mañana en la Academia. Era la que sentía un perverso placer en mofarse de mí y de mis amigos cuando pasábamos, Sydney. Y aquí estaba, aún de uniforme, para recordarme que era una privilegiada y que no tenía que correr a trabajar al restaurante de sus padres nada más salir del colegio.

Me arrepentí de no haber escupido en todos los tenedores. Me moría por dar media vuelta y escapar de allí, decirle a mi padre que estaba enferma y largarme a casa.

Peroforcé mi mejor sonrisa —desde luego, una no tan sincera como la de su padre— y me concentré en no tropezar y caer de bruces cuando me acercaba a la mesa.

Cambié el tenedor e hice un repaso a la perfecta familia de la clase de los Consejeros: la madre, desenvuelta y profesional, el adorable cabeza de familia y su malcriada hija. Intenté que no se me notara lo que pensaba. No le iba a dar a Sydney la satisfacción de que supiera que la había reconocido, a pesar de que estaba convencida de que ella a mí, sí.

—¿Qué desean beber? —pregunté, aliviada de que mis nervios no se reflejaran en mi voz. Era una buena señal.

No quería estar nerviosa. Todo lo contrario. Me había cruzado con esos arrogantes chicos del Consejo —y con ella, en particular— los últimos doce años, y estaba harta de disimular que no sentía su desprecio o que no entendía sus provocaciones.

Sydney ni se molestó en contestarme directamente, lo que me irritó en lo más profundo. Miró a su madre, que vestía un traje blanco impecable, un color que rara vez llevaba nadie de la clase de los Comerciantes. Era poco práctico y se manchaba enseguida. Con toda probabilidad, era médico o abogaba, o quizá ejercía la política. Cuando Sydney abrió la boca para decirle a su madre lo que quería, todo vibró a mi alrededor. Una señal muy familiar de que debía dejar de entenderles.

—*Dile que solo tomaré agua.* —Sentí la mirada de Sydney sobre mí—. *¡Un segundo! Pregúntale si aquí sirven agua limpia.* —La suave entonación de la lengua extranjera que surgió de su boca llegó como suciedad a mis oídos.

Me quedé cabizbaja mientras hablaban entre ellos.

—Gracias —contestó la mujer en *anglais* para que la pudiese entender—. Solo tomaremos un poco de agua.

Cuando percibí que me hablaban en el idioma universal, me permití levantar la cabeza.

—Les daré unos minutos para que repasen el menú —les dije con toda la cordialidad de la que fui capaz e imitando el tono diplomático de la madre. Seguro que se dedica a la política, pensé—. Ahora mismo les traigo sus bebidas.

Me escondí todo el tiempo que pude en la zona de los camareros y puse agua poco a poco en tres vasos. La verdad es que tenía el impulso de añadir algo asqueroso en sus bebidas, pero a mi padre le daría algo si se enteraba, y no quería ser responsable de que mi madre se quedase viuda o de que mi hermana fuese huérfana de padre. Pude resistir con fuerza de voluntad y me sentí orgullosa de mí misma.

Respiré hondo y me planteé pedirle a Brooklyn que se encargara, solo por esta vez, de algunas de mis mesas, aunque sabía que la familia de Consejeros se ofendería.

Además, Brook estaba muy contenta con la mesa que le había tocado: hombres con los que flirtear y a los que halagar para que le diesen propina. Y, encima, ella odiaba más que yo a los chicos del Consejo.

Y más que los odiaría si hubiese oído lo que yo.

Como no me quedaba otra, cogí los vasos y regresé al comedor lleno de clientes.

—¿Ya saben lo que desean comer? —pregunté cordialmente en *anglais*.

De nuevo, Sydney no se tomó la molestia de disfrazar su tono, y toda mi determinación se fue al traste.

—*Me gustaría comer en otro sitio. No sé por qué no podemos cenar en algún lugar menos...* —Me miró antes de que pudiese bajar la cabeza, y nuestras miradas chocaron por un instante—... *cutre*.

Me sonrojé e intenté no mirarla, pero no pude evitarlo. Era lo correcto. Era respetuoso. Y era la ley. No me hablaba, ni siquiera se suponía que podía entenderla.

Pero la entendí.

Me temblaban las manos mientras dejaba los vasos sobre la mesa. Derramé un poco de agua y salpiqué la llama de la vela, que acabó por zozobrar y chisporrotear.

Sydney chilló de forma teatral y saltó de su silla como si le hubiese tirado un vaso entero de agua a la cara. Me miró con incredulidad y, cuando bajé la vista, me fijé en que algunas gotitas habían alcanzado su blusa blanca.

—¡Idiota! —gritó, y esta vez la entendí perfectamente. Como todos—. Me ha mirado. —Empezó a acusarme a voz en grito para que el restaurante entero la pudiese oír—. ¿Lo habéis visto? ¡Me ha mirado directamente cuando yo hablaba en *termani*!

Su padre, el hombre de mirada amable, intentó calmarla, pasando al idioma de los Consejeros para suavizar la situación.

—*Sydney, tranquila...*

—*No me digas que me calme cuando esta imbécil ha estado a punto de agredirme. Hay que hacer algo. Ha quebrantado la ley, y no puedo creer que no estéis furiosos, que no estéis exigiendo ya que la cuelguen.* —Frotó las marcas casi invisibles una y otra vez con la servilleta—. *Madre, haz algo. ¡Diles que esta estúpida debe ser detenida!*

Esta vez sí que clavé la mirada en el suelo e hice ver que no entendía lo que decía de mí, que, por otro lado, era injusto, se dijera en el idioma que se dijese.

Me paralizó el pánico y se me hizo un nudo en la garganta. Me atreví a mirar a mi alrededor con un rápido movimiento de ojos. Brooklynn también estaba paralizada y me miró. Tras ella, los tres hombres de su mesa me observaban. Por un instante, mis ojos se encontraron con los del tercer hombre, el que le gustaba a Brooklynn. Tenía los ojos oscuros y una mirada intensa que me recorría, ahora que había salido de su aislamiento.

Mostré una mueca al oír que mi padre se abría paso desde la cocina para comprobar qué causaba tal conmoción. Me volví hacia él y retrocedí ante su gesto de disgusto. Sabía que había cometido un error.

Uno mortal.

—Lo siento —dije en voz alta, dirigiéndome a nadie en especial.

—Pero ¿qué ha pasado? —intercedió Brook, colocándose a mi lado y apretándome tan fuerte la mano que no me llegaba la sangre a los dedos—. ¿De qué hablaba? ¿No la has mirado, verdad que no?

Sólo pude mirarla, sin articular palabra e incluso sin poder respirar. Sin moverme. En el ambiente me llegaba la voz de la madre, calmada e inalterable, muy diplomática. Mi padre se había quedado mudo, y no se oía ni un suspiro en el comedor. Quería saber qué decían, pero, con las puertas cerradas y la sangre que se concentraba en mis oídos, no acertaba a comprenderlo.

Brook me agarró la mano aún más fuerte y abrió los ojos como pidiéndome respuestas. De pronto, la mujer dejó de hablar y nos quedamos delante de la puerta esperando.

Hubo una larga pausa y creí que el corazón me iba a explotar. Me dolía cada latido. Esto no podía ser real. No era posible que hubiese dado un paso tan en falso. No podía haberme olvidado, porque mis padres se habían esforzado mucho en enseñarme lo importante que era no confundir un idioma con otro. Y en no infringir las reglas. Y, aun así, aquí estaba, a la espera de saber si moriría o no.

Brook enlazó sus dedos con los míos. Se abrió la puerta y mi padre nos contempló con cara solemne, viéndonos allí plantadas cogidas de la mano. Mi madre había sacado fuera a Angelina hasta que se tomase una resolución, en mi contra o a mi favor. No deseaba que mi hermana oyese la discusión.

—Bueno —suspiró Brook con un quejido—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué han decidido? —Me estaba clavando las uñas en la palma de la mano.

Mi padre me miró y casi pude oír sus pensamientos, su decepción y sus reproches. Pero no era la mirada que se posa en alguien que irá a la horca, así que noté cómo se deshacía el nudo de mi garganta y cómo mi respiración volvía a la normalidad.

—No te van a denunciar —afirmó sin entusiasmo, y me pregunté si se daba cuenta de que hablaba en *anglais*—. Creen que la chica se equivoca, que se ha enfurruñado porque la has salpicado con agua...

—Pero no es así...

Su expresión hizo que no intentase defenderme más. «Ni te atrevas a mentirme», decían sus ojos. Tenía razón. Me callé y esperé de nuevo.

—Has tenido suerte, Charlaina. Esta vez nadie se ha dado cuenta. —Y se calló de pronto para mirar a Brooklyn. Y es que Brooklyn no sabía ciertas cosas sobre mí. Mi padre suspiró y comenzó a hablar, aunque ya en *parshon*, más calmado—. *Debéis tener cuidado, chicas* —se dirigió a las dos, pero sabía que sus palabras eran para mí—. *Tened cuidado siempre.*

* * *

—Venga, es el primer club que pisamos en semanas. No nos lo podemos perder.

Acababa de limpiar la última mesa y me sentía agotada, pero lo mejor era no quejarme. Yo trabajaba mucho, pero mis padres trabajaban mucho más, del amanecer al atardecer, y no dejaban asomar ni una sombra de debilidad, a pesar de que podía deducirla de las nuevas arrugas del rostro de mi madre o de la habitual expresión de preocupación de mi padre.

—No sé, Brook, esta noche, al último sitio que iría sería a un club. Además, ¿de qué conoces ese lugar?

—De los chicos, los de la mesa seis. Me pasaron la dirección y me pidieron que vinieses conmigo. —Y movió las cejas—. Me preguntaron por ti, sobre todo uno. Creo que le gustas.

—O más bien le doy lástima después de que casi me cuelgan.

Cuando Brook se puso tensa, me di cuenta de que había pasado poco tiempo para sacar el tema de ese incidente. No le hacía la menor gracia.

—Creo que es mejor que me vaya a casa —comenté para cambiar de tema—. Mi padre está muy enfadado conmigo.

Pero Brooklynn estaba resuelta a que fuésemos.

—Es temprano, y puedes quedarte en mi casa esta noche. Así no se enterará de que sales. Y le servirá también para que se le pase el enfado. —Me miró fijamente, como la había visto hacer con cientos de hombres distintos—. Solo un rato y, si no quieres quedarte, nos vamos.

Me puse con los brazos en jarras para ver si se atrevía a mentirme de forma tan descarada si la provocaba.

—Ya sabes que no nos iremos las dos.

—Sí, de verdad. Lo juro.

Junté los labios, pero me paré mientras decía:

—¿Y qué hay de Aron? ¿Viene?

Sabía la respuesta, desde luego: Brooklynn nunca invitaba a Aron.

La cara de Brooklynn me decía que mi pregunta era absurda.

—Ya sabes que no quieren a más chicos en los clubs. Además, sabes que el Enano se pone nervioso y sobreprotector.

Dejamos la puerta entre la cocina y el comedor abierta de par en par para limpiar. Mi padre salió con el gesto torcido y me sentí por los suelos, como si me recordara que había metido la pata. Cuando desapareció de nuevo en la cocina, me dirigí a Brooklynn.

—Vale —susurré. Brooklynn tenía razón, y mi padre se calmaría con el tiempo—. Voy.

III

Brooklynn debería haber sabido que dudaría.

Miré a mi alrededor. Algo fallaba. La mayoría de los clubes estaban en la parte baja de la ciudad, repartidos por los distritos industriales, pero de alguna forma este era más tétrico y sucio que los que yo había visto antes.

De las calles a nuestras espaldas provenía el runrún del altavoz. El mensaje sonaba tan amortiguado y enlatado que si no me hubiese sabido de memoria cada palabra, ni las habría deducido: «DEBEN LLEVAR LOS PASAPORTES SIEMPRE ENCIMA».

Parecía que la reina hubiese dejado abandonada esta parte de la ciudad.

—En serio, deja de preocuparte, Charlie. Es por aquí.

Los edificios de ladrillo estaban cubiertos con varias capas de pintadas desgastadas. Las ventanas que no estaban rotas o tapiadas estaban cubiertas de mugre. Entre la basura del suelo había un montón de colillas. Si el hedor de comida en descomposición ya era de por sí bastante asqueroso, mezclado con el de orina y excrementos humanos daba náuseas, y era difícil evitar las arcadas. Y, por si fuera poco, los nuevos sin techo de la clase de los Sirvientes que se habían colado en la ciudad dormían en las calles y en las aceras, en busca de un refugio en los portales y en los patios, y rebuscaban en la basura a ver si encontraban comida. O pedían limosna.

Caminamos un rato más y oí, y sentí, una melodía confusa y distante que salía de una nave, un poco más allá.

Brooklynn se detuvo y señaló un cartel de pintura roja que brillaba al final de la calle.

—¡Te lo dije! Es este.

Estaba en lo cierto, porque era la única puerta recién pintada. Probablemente la única desde hacía años. Posiblemente, décadas.

Brooklynn se afanó y saltó los dos escalones subida en los tacones de vértigo de unos zapatos que habían pertenecido a su madre. Yo llevaba sandalias, sujetas a los tobillos con unas cintas de piel marrón.

Golpeó la sólida puerta de acero rojo con los nudillos. El sonido de una línea de bajo que venía de dentro se tragó el toque.

Lo intentó otra vez con la mano, lo más fuerte que pudo. Pero nada.

La aparté a un lado.

—Creo que debemos entrar, sin más.

Sujeté la manivela de hierro y tiré con todas mis fuerzas. Cuando la puerta se abrió, me traspasó el ruido y temblé. Era una señal.

Brooklynn se puso a saltar y a aplaudir y pasó delante de mí como una

exhalación. La seguí deprisa, porque no quería quedarme sola fuera. Un hombre enorme nos paró y alzó su brazo, que era casi tan grande como toda yo, para pedirle el pasaporte a Brook. Su pose y su silencio intimidaban, aunque en realidad no daba miedo a pesar de su envergadura y su mala cara. Era como cualquier guardia de seguridad de otros clubes.

Pero cuando se dirigió a Brook, más que a su pasaporte, me asusté. Odiaba esta parte. Sabía que éramos menores, y nosotras sabíamos que él lo sabía y que tendría que hacernos el favor de permitirnos entrar. Lo haría, claro, pero a cambio de algo. La miraba de pies a cabeza, devorándola. A Brooklynn no le importaba. Sonrió e intentó ser encantadora, algo que debo admitir que conseguía más que bien. No en balde se ligaba a todos los militares de la ciudad.

Se me revolvió el estómago al comprobar cómo la observaba, en especial las partes que revelaban algo de piel: su cuello, sus hombros, sus brazos.

Cuando terminó, hizo un gesto con la cabeza a una chica que estaba detrás de él, perdida en la oscuridad de su sombra. Llevaba su cabello negro como la tinta recogido en una coleta alta y le caían algunos mechones sobre su blanco rostro. Parecía muy joven. Demasiado joven para estar en un club.

Como Brook y como yo.

La chica se adelantó e imprimió el sello invisible en la mano de Brook.

Ahora me tocaba a mí.

Puse el pasaporte en su mano gigante y rogué que no me pegase un repaso. Pero lo hizo. Era imposible no sentirse violentada, y por allá donde pasaban sus ojos se me ponía la carne de gallina.

Estudió mi cara, y yo lo miré fijamente. Me puse tensa, pero no aparté la mirada. Sonrió ante mi actitud desafiante, complacido y mostrando sus dientes brillantes, que parecían de color violeta bajo la luz roja. Este hombre no pertenecía a ninguna clase en particular, lo tenía claro. Todo en él me decía que iba por otros derroteros. Me pregunté de qué clase lo habían proscrito, o si sus padres eran de los Marginados, lo que lo condenaba a no poder hablar en público... ni siquiera en *anglais*.

Intenté no desviar la mirada antes que él, pero me superaba en este juego y pronto bajé la cabeza. Su carcajada se oyó por encima de la música y lo vi asentir otra vez por el rabillo del ojo. La chica menuda de la coleta volvió a aparecer, me cogió la mano y la marcó para esconderse tras el vigilante una vez más. Como siempre, cuando te ponían el sello sentías un cosquilleo en la piel, tal vez porque añadían algo a la tinta para relajar a los clientes. Sobre todo a las chicas. Más aún a las menores de edad.

Lo considerábamos el precio que teníamos que pagar para que nos dejasen entrar.

Supo que no éramos legales cuando escaneó nuestros pasaportes. No tenía ni idea de quién veía esa información, pero no debían de ser los militares, porque los clubes no eran oficiales.

Tampoco es que fuesen ilegales, aunque ninguno permanecía abierto más de unos

cuantos días. Una semana a lo más.

Brooklynn me cogió del brazo y me arrastró hacia dentro, de donde salía un ritmo hipnótico. El bajo latía en mis venas, y mi corazón lo hacía con las luces que titilaban desde las vigas sobre nuestras cabezas. Por un instante se me olvidó el acoso visual al que habíamos sido sometidas en la entrada.

Hacía mucho tiempo que no salía y que no escuchaba música de verdad. Quiero decir, que saliese de un equipo de alta fidelidad decente. Me acarició la piel y me sentí bien.

—Este sitio es increíble, ¿no? ¿Se te va la cabeza? ¿Te gusta?

Cualquiera que no conociese a Brooklynn no podría seguir su estilo de conversación completamente anárquico, pero nosotras nos conocíamos desde pequeñas. Yo sí podía captar sus frases cortas y lanzadas a discreción.

Miramos a nuestro alrededor. Era cierto, el club era increíble. Lo tenía todo. El ambiente era oscuro y sensual, bien conducido por luces rojas, azules y violetas que vibraban con la música. Había una barra de cristal y acero que ocupaba una pared entera de aquel enorme espacio.

Era impresionante, sobre todo si pensábamos que no había existido hasta ayer y que no pasaría de mañana. La pista de baile era muy extensa y estaba llena de gente que se rozaba, se deslizaba y balanceaba al son del ritmo seductor. Con solo mirarlos, me apetecía unirlos a ellos.

El ritmo siguió arrastrándome.

—¿Cómo has dicho que se llama este club?

—Presa —contestó Brook, y yo sonreí.

Cómo no, Presa, víctima. Algo oscuro y peligroso. Y carnal.

Brooklynn me llevó hasta la barra y buscó en su monedero algunos billetes.

—¿Nos pones dos valkas? —No se le notaba el temblor en la voz.

La chica del bar era nerviosa y tenía los brazos muy flacos, pero también mostraba una constitución grande. Podría hacer de guardia de seguridad de discoteca si quisiese. Llevaba el pelo corto, de punta y con un tono azul intenso, y se tocaba con la lengua un piercing en el labio inferior.

Era guapa a pesar de ser andrógina, y era evidente que tenía mucha seguridad en sí misma, por la manera en la que cogía las botellas. Fijó sus ojos negros en la chica saltarina parada en la barra.

Brooklynn se quedó quieta y aguantó la mirada lo mejor que pudo. Por fin, la chica del bar alineó dos vasos y los llenó de un líquido azul brillante. «Son doce», afirmó con voz áspera y sensual a la vez. Me sentí más menor que nunca cuando nos pasó las bebidas deslizándolas por la barra.

Brooklynn dejó un único billete, y la chica se lo metió en el bolsillo. Ni hablar del cambio o de propinas. Di un sorbo a uno de los vasos. El sabor dulzón apenas enmascaraba la quemazón del licor, que ardió desde mi garganta hasta mi estómago. Brooklynn parecía tener más prisa y se bajó la mitad del cóctel en tres largos tragos.

Pasé el vaso de cristal frío por la zona donde me habían puesto el sello de la puerta, porque picaba. Un ribete de piel enrojecida con la forma de una luna creciente latía. Ya no hacía falta la oscuridad para que destacara. Era perfectamente visible. Me dio mala espina y me puse de mal humor. Lo que seguramente me afectaba era la droga que había entrado en mi cuerpo a través del sello. Y la paranoia solía ser uno de los efectos secundarios.

Brooklynn señaló con el dedo hacia el otro lado de la sala.

—Mira, hay buen material por aquí —pronunció en una voz tan densa y pegajosa como la miel. Sobre la pista de baile, justo frente a nosotras, un hombre de sonrisa atractiva miraba desde la barandilla a la maraña de cuerpos.

Había captado el interés de Brook, cosa que no era de extrañar. Brooklynn se prendaba de todo tipo de hombres. Le encantaban desde que éramos muy jovencitas, mucho antes de que su cuerpo se desarrollase. Ahora que era una adolescente, nada la podía detener.

—Aquí —soltó tras apurar el resto de su cóctel—. Sujeta esto. Ahora vuelvo. —Y por encima del hombro añadió—: Necesitamos un aperitivo.

«Típico de Brooklynn», pensé mientras buscaba dónde dejar el vaso vacío. Hice como si no estuviese sola y me asomé a la barandilla para observar a los que bailaban, lista para esperar un buen rato.

* * *

Coloqué los codos sobre la barandilla de acero y le di vueltas a por qué me sentía rara. Se suponía que me tenía que divertir. Habíamos podido entrar, e incluso nos habían servido alcohol. Sabía que mi malestar tenía más que ver con lo que había pasado en el restaurante que con el efecto del sello. A mi alrededor, la gente hablaba en varios idiomas, pero ninguno podía imaginar que los entendía. Aquí no había normas.

Mi familia era de la clase de los Comerciantes. Además de la lengua universal, el *englaise*, solo se me permitía conocer el *parshon*. Por eso, en teoría, solo entendía estos dos. Pero yo no era como los demás. No era como nadie más.

Para mí, este era uno de los atractivos de los clubes *underground*: eran sitios donde las clases no importaban, donde se diluían las barreras sociales. Aquí, los militares se sentaban al lado de los perseguidos, los denostados, los marginados... y todos se comportaban por un rato como amigos. Como iguales. Y la hija de un Comerciante se podía olvidar de su lugar en la vida. Era lo que siempre había soñado.

Pero también era realista. No me pasaba día y noche soñando con una vida distinta o con la manera de escaparme de mis limitaciones de clase, sobre todo porque no era posible escapar. Era quien era, y nada lo cambiaría. Un lugar como Presa era una fantasía; solo era un respiro de una noche.

Me aparté de la barandilla y caminé entre el mar de cuerpos, mirando las luces.

Siempre me había gustado fijarme en los colores. Aquí, la ropa no respondía a su uso, a los aburridos tonos marrones, negros o grises. En un lugar donde la división de clases no existía, por fin veía más colores. Ropa verde esmeralda, roja y ciruela, baños de color efímeros para el cabello, pintalabios y esmaltes de uñas. Los azules índigo y los negros aún resaltaban más entre estas paredes.

Brooklynn encajaba a la perfección con su vestido dorado que destacaba sus bonitas piernas y brillaba con las luces. Yo, por otra parte, llevaba mi vestido saco de siempre, que me llegaba a los tobillos. La gente, en general, eran adolescentes como nosotros. Joviales y con energía, y sin grandes experiencias en la vida real. Ellos, bueno, nosotros, a pesar de mi vestido soso, formábamos un extraño arco iris humano.

Me encaminé hacia los podios por encima de la pista de baile, donde unas chicas ligeras de ropa bailaban para la masa. Sus formas y cómo se movían nos tenían hipnotizados. Un buen entretenimiento para la velada.

Una de ellas me encantó porque movía las caderas al ritmo de la canción. Un foco azul la alumbró, y toda ella relució como un zafiro. Llevaba un collar de cuentas que partía del cuello y se unía al cinturón que ajustaba su cadera. Cuando se balanceaba, las cuentas repiqueteaban, se movían, subían y bajaban. Como a las otras gogós, las cuentas no le tapaban casi nada. Pero de eso mismo se trataba.

Tenía las piernas largas, esbeltas y preciosas, y se notaba que había entrenado para bailar de esta manera. Los marginados vivían de manera diferente a todos nosotros y ejercían trabajos que se consideraban impropios entre los que pertenecían al sistema de clases.

Bailar entraría dentro de esa categoría de impropios. Sobre todo el tipo de baile que aquella chica presentaba. Admiré la libertad con la que se movía sobre el podio. La hija de un Comerciante nunca podría actuar en público para ganarse la vida.

—Me alegra que hayas decidido venir.

Era una voz profunda que venía de detrás de mí y que interrumpió mis pensamientos. Me di la vuelta con los ojos como platos y avergonzada por haber sido sorprendida mientras miraba a las bailarinas.

—¿Te conozco? —Nada más decirlo, supe que sí, que lo había visto antes, en el restaurante, y enmendé la confusión—: Estabas allí esta noche.

Sus cejas negras y pobladas se juntaron al mirarme, pero no pude descifrar qué significaba su expresión. Me sentí examinada, aunque de una manera muy distinta a la del vigilante de la entrada. Algo oscuro e irreconocible me oprimió la boca del estómago. Era algo desconocido.

Era más alto de lo que recordaba, incluso mucho más que cualquiera de los que estábamos allí. Me hizo sentir diminuta y como una niña. Ocupaba demasiado espacio y me robaba demasiado aire.

Mi cuello se endureció, y noté cómo se me despejaba la cabeza de repente. La droga que corría por mi cuerpo se evaporó en un instante. De hecho, era más

consciente de todo y pude verlo con claridad.

—No estaba seguro de que vendrías esta noche —me dijo casi en un susurro, pese a que la música retumbaba a un volumen considerable.

—Yo tampoco lo tenía claro. No tenía ni idea de dónde estaría esta noche —repliqué.

Levantó una ceja, desconcertado.

—¿Te molesto? Si prefieres estar sola, me voy.

Total, estábamos rodeados de gente. Si hubiese querido estar sola, Presa habría sido el último lugar en mi cabeza. Y de pronto me sentí atrapada por su mirada fría y pétrea. Me inquietaba y no sabía por qué. Me quedé sin aliento, y algo me decía que debía mirar hacia otro lado. Pero me tenía cautivada.

—Sí, sí, está bien —alcancé a responder por fin, y sentí que el aire me faltaba más aún y que me sobresaltaban las dudas. Sentí aún más profundamente que tenía que evitarlo.

Frunció el ceño, pero esbozó una sonrisa.

—Perfecto, porque era una pregunta retórica. Me hubiese quedado de todas formas. Me llamo Max.

Me ofreció una amplia sonrisa y me pareció que estaba ligando conmigo. Ojalá fuese como Brook, más segura con los chicos. Me tendió la mano.

Como no la cogí, la retiró y se la pasó por la mandíbula, un gesto sin importancia que, sin embargo, me pareció encantador.

Hubo un largo silencio, y entonces la música cambió. Sabía que debía decirle cómo me llamaba, pero concentré toda mi atención en las bailarinas del podio. La verdad es que solo pensaba en él y lo miraba con disimulo cuando podía. Vestía la ropa más fina que jamás había visto, incluso más bonita que la seda que me había regalado Aron. No era mi intención, pero no pude evitar acariciar la tela de su chaqueta. Solo una vez.

Me di cuenta a tiempo y aparté la mano, a la vez que bajaba la barbilla. Menos mal que me había parado y no lo había tocado. Hubiese parecido una tonta. Y entonces vi que me sonreía y que se reía de mí y se me paró el corazón.

Lo miré, y la expresión ruda de su cara se suavizó... Tenía cara de chico malo. Y era guapo. Muy guapo. Mis dedos se levantaron para tocarlo, como me había pasado con la tela de su chaqueta. Para pasarlos entre su pelo corto y moreno, para acariciar su recién afeitada barbilla y colocar mi pulgar sobre su labio inferior. Me desperté. ¿En qué estaba pensando? ¡Tal vez no era tan diferente de Brooklyn!

—He cambiado de opinión. Creo que me marchó.

Tartamudeé y di un paso atrás, un primer paso desequilibrado y después otro. Max intentó retenerme.

—Espera. No te vayas. —Sus dedos eran cálidos y fuertes; atravesaban mi vestido sencillo. Quise que Brooklyn me prestase alguno suyo alguna vez. Por lo menos, aunque no eran nuevos, las telas eran más bonitas. Y también quedaban

mejor. Me pregunté cómo sería su tacto sobre mi piel desnuda.

Cuando lo miré, me quedé maravillada con sus pestañas espesas, y una vez más supe que no debía sentir eso, que era mejor desviar la mirada. A pesar de que en el club no importaba la división entre clases, era solo una ilusión. Sin embargo, la situación me animó y medio le sonreí...

—¿Por qué te importa si me voy?

Me premió con una sonrisa y me soltó el brazo. Un justo intercambio.

—Al menos podrías decirme antes cómo te llamas, ya que he venido hasta aquí para conocerte.

Se me aceleró el pulso. Seguro que se burlaba de mí. Seguro que a quien quería conocer era a Brooklynn. Pero decidí entrar en el juego.

—¿Qué pasa, te atraen las mejores amigas desamparadas de la chica guapa, o lo que te atrajo de mí fue que casi me mandan a la horca?

Un indicio de disgusto pasó por la cara de Max, y fui consciente de que, como a Brooklynn, el asunto de la chica de los Consejeros no le había causado ninguna diversión. Aun así, sus palabras evitaron completamente el episodio del restaurante.

—¿No te crees guapa? —y se acercó más.

Me puse colorada y me ardía la cara.

Y oí a Brooklynn. Su voz emergía sobre todo lo demás, incluso la música. Tenía una risa gutural y musical que acabó por romper la magia del momento. La divisé entre la gente, con sus rizos morenos y brillantes.

—Lo siento, me tengo que ir —dije de forma tan despistada que ni me oyó. Me abrí paso con las manos y los brazos hasta que llegué donde Brook. Y así, de paso, también me alejé de unos sentimientos desconocidos hasta ese momento que me ahogaban.

* * *

Cuando por fin estuve junto a Brooklynn, en una de las plataformas desde donde se veía la pista de baile, ella se movía entre los otros dos hombres del restaurante, los que la habían invitado a Presa. Eran aun más altos que su amigo Max, hasta el punto que, a su lado, ella parecía una miniatura. Una preciosa y frágil muñeca.

Dudé un momento. No me sentía intimidada a menudo, pero había algo en aquellos dos que me mantuvo inmóvil.

Brook tenía la cabeza echada hacia atrás en una gran carcajada y miraba con adoración al hombre de piel oscura. Era la viva imagen del encanto y la seducción. Pero fue el otro hombre el que me sorprendió, el de piel clara, cabeza rapada y ojos verdes. Era tan alto y tan musculoso como su amigo y llevaba una camisa negra abrochada con botones plateados. Se giró hacia Brook y tomó uno de sus rizos para pasárselo por su cara. Lo olió con profusión.

La estaba oliendo.

—¡Charlie! —gritó Brooklynn al verme, mientras agitaba la mano y me hacía señas para que me uniese a ellos—. ¿Te acuerdas de mis amigos, los del restaurante?

Así me los presentó. Sentí escalofríos en los brazos, como una señal visceral. Tiré de su mano.

—Tenemos que irnos.

Pero Brooklynn se zafó y se puso la mano en el pecho, como si la hubiese quemado.

—Ni hablar, Charlie. No me quiero ir todavía.

Su tono era inconfundible. No la convencería. Frustrada y sin fuerzas para persuadirla, busqué una excusa en mi mente, pero Brooklynn me llamó la atención.

—Vamos, Charlie. Compruébalo por ti misma. Estos dos tienen el mejor acento que he escuchado. ¡Mira! —Se acercó al tipo que la había olido—. Enséñaselo. Di algo —le pidió dulcemente.

Antes de que le mostrara mi desinterés, el chico quiso complacer a Brooklynn. No hablaba en *englaise*. Tenía un acento marcado y bronco. Nunca había escuchado nada semejante.

A mi alrededor se levantaron protestas. Su idioma era muy extraño, y la inflexión de su voz, pesada y dura; pero sus palabras sonaban claras y cristalinas.

Entendí lo que Brooklynn no podía: «*Esta belleza infantil huele que es una delicia*».

Ambos sonrieron con malicia, y mi aprensión se intensificó. No era por lo que habían dicho.

Esta vez no solté la muñeca de Brooklynn. Me sentía mejor si la tenía conmigo. Me puse nerviosa por el tipo que me había dado escalofríos. No era por lo que había dicho, sino por cómo lo había dicho. Hablé en voz baja a Brook, sacudiéndole el brazo:

—Debemos marcharnos. No me encuentro bien.

No era mentira del todo, porque me temblaban las manos.

—¡Noooo! —gritó caprichosa—. Venga, nos quedamos. Quiero bailar con... — Se calló, perpleja—. ¿Cómo te llamas?

—Claude. —Su voz era tan profunda que distorsionó la pronunciación de la palabra. Brooklynn se mofó de él.

—Claude, quiero bailar con Claude.

Claude le lanzó una mirada sin desperdicio.

—Brook, me lo prometiste.

Brook se mordió los labios y frunció el ceño con gracia.

—Ya estamos aquí. ¿Y si no lo veo más? —Se aseguró de que Claude la oyese.

El chico forzó una sonrisa de paciencia. Sus ojos verdes resplandecían. Era una sonrisa que en otra situación y de otra persona incluso hubiese resultado agradable. Pero cuando habló de nuevo, el aire se revolvió. Sus palabras sonaron extrañas, pero las entendí perfectamente.

—*Te cuidaré, cariño mío.*

El otro hombre cerró sus ojos de color marrón oscuro para confirmar la frase de su amigo y añadió:

—*¿Cómo la podríamos dejar?*

Pestañeeé y temí que mi expresión me traicionase al oír aquello. Sobre todo porque se suponía que no entendía esa lengua.

Tiré aún más del brazo de Brook.

—¡No! —chillé, y me dio completamente igual si el resto de la gente del club me oía. La acerqué a mí y repetí—: Tenemos que irnos, Brook. Lo prometiste —le rogué entre dientes.

Brooklynn puso mala cara y bajó los hombros, rindiéndose.

—Lo siento —balbuceó dirigiéndose a Claude—. ¿Me reservas un baile para la próxima vez?

Él susurró a Brooklynn algo al oído y profirió una sonrisa malintencionada. Ahí es cuando me percaté de que Max estaba con nosotros. Me había seguido y no sabía cuánto rato llevaba escuchándonos.

Estaba a unos pasos, demasiado cerca, observándome con una nueva expresión: la de curiosidad.

No me apetecía sentir su mirada y me dije a mí misma que me lo estaba imaginando. No había manera de que él supiese o pudiese sospechar que entendía lo que sus amigos decían.

Brooklynn se puso uno de sus sedosos rizos detrás de la oreja, asintió a Claude y le saludó con descaro. No había duda de que esta vez lo había entendido perfectamente.

La llevé lejos de aquellos enormes hombres y de su extraño idioma. Lejos del miedo asfixiante que se apoderaba de mí.

MAX

Los barracones nunca estaban en completo silencio, incluso en mitad de la noche. A su alrededor, Max oía los quejidos de los somieres, toses incesantes que parecían ladridos y voces en susurros de conversaciones lejanas.

Estaba acostado en su litera, tan quieto como podía y haciéndose el dormido. Sin embargo, ¡qué lejos de eso estaba! No podía dejar de pensar en la chica, aunque no quería que los demás lo supiesen. Así que mejor hacerse el dormido y evitar preguntas de los que le tenían siempre vigilado.

Sería más fácil si pudiese estar solo. Si pudiese estar solo de verdad alguna vez.

Pero había elegido esta vida y no había opción alguna de estar solo. Tenía que robarle algunos momentos a la calma de la noche para esconderse de las miradas ajenas.

Unos ojos azules claros lo miraban desde sus recuerdos. Ojalá nunca los hubiese visto. Pero, por otra parte, se moría por verlos otra vez. Pronto.

Ella le traería problemas. La prueba era que aquí estaba, despierto tirado en su cama. Solo habían intercambiado unas cuantas palabras, una sonrisa, unos minutos en el club, y ya se sentía inquieto y torturado.

Recordó los últimos momentos, cuando la siguió por el club, cuando la había observado y había escuchado los flirteos de sus amigos. Se había percatado de su miedo, de su mirada asustada, de cómo le temblaba la voz y perdía la convicción.

Ella no era tan fuerte como aparentaba.

Se preocupó por ella, pese a que estaba a salvo de momento, con toda probabilidad en su casa, con su familia y dormida en su cama.

Ajena al tormento que había desatado en él.

IV

Brooklynn no me había ni mirado ni dirigido la palabra de vuelta a casa, pese a que me disculpé miles de veces. Si le hubiese podido confesar por qué había insistido en que nos fuésemos de allí, me habría perdonado. Pero no podía hacerlo. Nadie, ni siquiera mi mejor amiga, podía saber de mis habilidades..., que podía entender a todo el mundo.

Al llegar cerca de nuestro barrio en el oeste de la ciudad, la parte donde vivían los Comerciantes, decidí que era mejor que me quedase en mi casa. Mis padres se enterarían de que había salido y no había estado en casa de Brook, pero la mirada de ella, fría y fijada en el suelo, indicaba que no era posible que me perdonase. Al menos, no esa noche.

Pero no me arrepentí de mi comportamiento. Al día siguiente, me reafirmé en que había hecho lo correcto.

Lo que había dicho Claude la noche pasada no me gustó en absoluto... ¿Y cómo es que no había oído ese idioma nunca? ¿Cómo podía ser? Bajo la amenaza de una revolución que despertaba la curiosidad de otros países, países que estaban al acecho porque sabían que nuestras defensas se debilitaban y querían aprovechar la situación para derrocar a la reina, las fronteras de Ludania estaban cerradas a cal y canto, y los extranjeros habían sido expulsados. No se otorgaban visados a los turistas.

Había escuchado todas las variantes dialectales de termani, parshon y englaise. Conocía sus entonaciones, cadencias y ritmos. O así lo creía. Hasta ahora.

Había descubierto algo nuevo.

¿Por qué estaba segura de que no había oído aquel idioma? Quería saber quiénes eran Claude y sus amigos. ¿Espías? ¿Revolucionarios que hablaban en clave? ¿Algo peor?

Estas cuestiones y los sonidos raros de su idioma me habían provocado pesadillas toda la noche y no me habían dejado dormir. Había otras cosas que también me habían mantenido en vela, por cierto. Cosas en las que no me convenía pensar. Unos ojos de color gris oscuro, unos labios suaves y una sonrisa socarrona. Por mucho que me decía que era estúpido pensar en eso y quería echarlo de mis pensamientos, él conseguía ocupar mi mente de nuevo.

Me alivió ver a Brooklynn el día siguiente en el lugar de siempre, en la plaza, antes de ir al colegio. Estaba a punto de sonreírle cuando vi que me ignoraba. Aron no había llegado todavía, así que estábamos solas. Me acerqué tímidamente, sin saber cómo resolver la situación de la noche anterior.

—¡Hola! —saludé con reservas, con ganas de tener un discurso mejor para romper el hielo.

Brook mantuvo los brazos cruzados sobre su pecho y su cartera a los pies. Su pose denotaba desafío, aunque sabía que me escuchaba. ¿Por qué, si no, había venido?

Giró la cara, como si no le importase mi presencia.

—De acuerdo.

Suspiré, segura de que tendría que dar el primer paso. Odiaba el amargo sabor de la disculpa que tenía en mi boca.

—Brooklynn, lo siento. Sé que te gustaba ese Claude. No te lo puedo explicar, de verdad. Tenían algo muy raro, no eran de fiar. —Ya no podía decirlo más claro. Comenzó a mover el pie, así que me estaba escuchando. Ya era algo—. Sabes que no te habría pedido que nos fuésemos si no hubiese estado preocupada...

Hice una pausa para aclararme las ideas. Ella reaccionó con una mueca de preocupación que sustituyó a su mirada de ira. Cuando por fin habló, deseé volver atrás en el tiempo. Resultaba más fácil estar en silencio que decir la verdad.

—No fue por el chico, Charlie. Eras tú. Algo pasó anoche, sí, pero no únicamente en el club, también en el restaurante. La que te comportas de manera extraña eres tú. —Y se acercó más para susurrarme—: Tú eres la que va por ahí infringiendo la ley. No te engañes, vi perfectamente lo que hiciste ayer en la escuela, le diste al chico una galleta. Es peligroso. Un peligro de los que pueden resultar mortales. —Se puso seria y, con un hilo de voz, insistió—: Soy tu amiga, Charlie. Si hay algo que deba saber, te escucho. Lo mantendré en secreto. Pero debes tener más cuidado, también por el bien de los que te conocemos.

Se me secó la boca y di un paso atrás, asustada por sus palabras y por el tono que empleaba. Pocas veces se ponía seria, por lo que verla tan preocupada me impresionó. Tenía razón, desde luego. Yo era la que había montado el lío. No ella, ni Claude.

El altavoz me dio un susto de muerte: «TODA ACTIVIDAD MERECEDORA DE SOSPECHA DEBE COMUNICARSE AL PUESTO DE VIGILANCIA MÁS CERCANO».

Por un momento, me sentí muy tentada de contárselo todo. Pero entonces apareció Aron.

—No está bien que me toméis el pelo, ¿vale? Ni me di cuenta de que os ibais. Esto no vale —dijo sonriendo, entre pillo y bobalicón. Se quedó mirándonos; estábamos tan quietas como las estatuas de la reina repartidas por la ciudad—. ¿Va todo bien?

—¿Nos va todo bien? —le repetí a Brooklynn.

Brook me golpeó de broma con el hombro.

—Pues claro —y me miró solo a mí. Empezamos a andar—. Me llevas la cartera, ¿no, Enano?

Esboqué una sonrisa.

* * *

Aron me esperaba en la escalera al salir de la escuela. Era un chico que te hacía sentir bien, y al verlo me relajé. No me había sentido incómoda con él ni una vez. Aron era listo, seguro de sí mismo y transparente, como si encontrases un faro en la oscuridad. A veces, era muy raro asociar su cuerpo de hombre con su espíritu de niño, aunque aún quedaban rastros de mi amigo de la infancia en su pelo revuelto y en las pecas de la nariz, que iban borrándose un poco más año tras año. Enseguida, me cogió la cartera.

—Brooklynn me ha dicho que te diga que hoy se ha tenido que ir antes. Su padre quería que estuviese en casa.

Intenté recordar cuándo se había hecho tan grave la voz de Aron. ¿Cómo es que ni me había dado cuenta?

—Podría haber regresado con nosotros —respondí con poca convicción. Ella ya no estaba molesta conmigo, pero Brooklynn solía querer estar sola cuando su padre la requería en casa.

En realidad, su padre nunca le prestaba atención, salvo cuando quería que la casa estuviese limpia o había que renovar la despensa de la cocina con víveres. Sabía que a Brook la afectaba ser reconocida solo cuando necesitaba sus servicios. Yo empezaba a odiar a su padre por no ser capaz de quererla.

—Oye, Aron, tu padre habla por los codos.

El señor Grayson era el tipo de persona que necesita cotillear tanto como los demás respirar. Sería un tipo peligroso si no fuese tan estúpido, pero tenía la lengua floja y era de ideas frívolas.

Aron se limitó a asentir. No le ofendió mi insinuación. Ya lo sabía, claro. Cambió de tema:

—¿Qué es lo que quieres saber?

Me pilló por sorpresa y pensé que había metido la pata, así que continué con cuidado.

—¿Qué dice tu padre de Brooklynn y de su padre?

Se puso serio.

—¿Qué quieres decir?

Levanté de nuevo los hombros.

—Ya lo sabes. ¿Tu padre cotillea sobre ellos? ¿Sabe si les va bien? ¿El señor Maier tiene suficiente trabajo? ¿Puede mantener a la familia? ¿Brook...? —Me costó mucho acabar esta última frase, aunque me la había planteado miles de veces—. ¿Hay alguna posibilidad de que le quiten a Brook?

Brooklynn tenía casi diecisiete años. Era unas semanas menor que yo, y en poco más de un año tendría la edad para tomar sus propias decisiones.

Pero hasta esa fecha existía el peligro de que la reina la reclamara para servir en

la corte. Eso significaba que la mandarían a un campo de trabajo —algo que Brooklynn no podría afrontar; preferiría morir si eso ocurriese—, que la desposeerían del estatus de los Comerciantes y la degradarían. Todos los huérfanos pertenecían a la clase de los Sirvientes.

Aron se detuvo, muy serio y triste.

—Algo he oído —contestó apesadumbrado—. Los clientes de mi padre hablan en ocasiones de Brook, aunque no precisamente de su bienestar. Dicen que es demasiado rebelde, que su padre pasa de ella y que le da demasiada libertad. Algunos insinúan que debería encerrarla bajo llave, y otros afirman que es muy triste no tener una madre que la controle. —Movi6 la cabeza—. Pero no, no he oído nada sobre que su padre no la pueda mantener, pese a que siempre me preocupo cuando sale a colaci6n su nombre. Temo que un d6a haya algo peor en sus cr6ticas, algo peligroso.

Ambos sab6amos qu6 pod6a ser y me angusti6 mientras lo cog6a del brazo. Ansiaba decirle que era imposible, que nadie pod6a sospechar que Brooklynn fuese una traidora, que nadie se atrever6a a acusarla de colaborar con los rebeldes. Pero sab6a que eso no era cierto.

No solo porque cre6a que Brooklynn era una revolucionaria, sino tambi6n porque no resultaba extra6o que alguien la se6alase con el dedo. A veces, m6s a menudo de lo que quer6a pensar, la recompensa por denunciar a un vecino bastaba para pasar por alto la lealtad. Y alguien como Brook, una chica que no ten6a madre y con cuyo padre no pod6a contar, era un objetivo f6cil.

—¿Me avisar6s si te enteras de algo? —le ped6, pese a que no ten6a claro qu6 har6a con esa informaci6n luego, m6s all6 de no permitir que se llevaran a Brook. No de la manera que se llevaron a Cheyenne Goodwin.

—Sabes que s6 —me asegur6 Aron. Me cog6 de la mano mientras camin6bamos, como un amigo. Pod6a contar con 6l. Recost6 la cabeza en su hombro y me sent6 reconfortada porque estaba conmigo.

* * *

—¿Cu6ntas veces tengo que dec6rtelo? Fue un accidente. No me di cuenta de que hablaba en termani.

Estaba cansada de explicarme; repet6a y repet6a lo mismo, pero mi padre no se daba por satisfecho.

Camin6 arriba y abajo por la habitaci6n. Hab6a pasado un d6a entero desde el incidente del restaurante, pero no parec6a haberse calmado. Estaba agobiado por lo que yo hab6a hecho. O, mejor, por lo que se me hab6a escapado.

—*Charlaina, por favor, este tipo de equivocaciones son las 6nicas que no puedes permitirte. Insisto en que tengas cuidado. Siempre.* —Not6 su mano llena de callos sobre mi mejilla. Su expresi6n mostraba gran preocupaci6n—. *Me preocupo por ti. Me preocupo por todos nosotros.*

—Ya lo sé. —Evité seguir la conversación en parshon, el idioma que tanto gustaba a mis padres. Yo prefería hablar en englaise todo el tiempo. Así no había ocasión para malentendidos ni para errores. Pero no todos pensaban como yo.

Se sentó en el sofá que teníamos en la pequeña sala de nuestra casa. El espacio era acogedor, lleno de recuerdos acumulados con los años. Conocía de memoria cada rincón, cada piedra, cada tablón de madera y cada grieta.

Había nacido en esta casa, aquí había crecido, y ahora me sentía indigna de ella por haber traicionado la confianza de mi padre. Sabía perfectamente cuánto se había sacrificado él, quizá más que nadie, para mantenernos a salvo.

Todavía recordaba aquella noche, yo tendría la edad de Angelina, en la que aquel hombre aporreó la puerta e insistió en hablar con mi padre. No se iría de allí sin respuestas. Mi padre me metió en mi habitación y me dijo que no saliese hasta que él supiese que estaría a salvo. O hasta que mi madre regresase a casa. Intenté obedecer y me escondí debajo de la cama, pero tenía mucho miedo.

Aquella noche seguía siendo un recuerdo muy vívido: la frialdad del suelo de piedra bajo mis pies descalzos, el miedo mientras estaba escondida, abrazando a mi muñeca, y las palabras que retumbaban detrás de la pesada puerta.

—*He oído lo que ha dicho, Joseph. El hombre le habló en termani, y ella le contestó. Lo entendió. ¡Es repugnante!* —No era la voz de mi padre la que se alarmaba y se alzaba con rabia.

—*No has oído nada. Solo es una niña y estaba jugando.*

—*¡No jugaba, y nos pones a todos en peligro si ella se queda aquí!*

Contuve la respiración y pegué la frente a la madera, lo único que me separaba de mi padre. Y él, con voz dura y firme, respondió:

—*Tienes que irte de mi casa. Aquí no tienes nada que hacer.*

Un largo y pesado silencio siguió a la frase y me asaltó el pánico. Retrocedí. Y el otro hombre habló bajito:

—*Lo que ha hecho es ilegal. O la denuncias tú, o lo haré yo.*

Ahí no hubo pausa:

—*No te lo permitiré.*

Me abracé a mi muñeca y volví de puntillas a mi escondite debajo de la cama, como me había enseñado mi padre. Me enrosqué como un ovillo. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Me llevé las manos a las orejas para no escucharlos y llegué un silencio sepulcral. Cerré los ojos.

Me quedé a oscuras, aterrorizada por si me descubrían. Pero eso no pasó. Puse la cabeza sobre el frío suelo y esperé. Finalmente, oí crujir la puerta y me dio un vuelco el corazón. Abrí los ojos para distinguir en la oscuridad de quién eran los pies que se acercaban a mi cama. Temblé con el sonido de los pasos de aquellas pesadas botas.

Me recliné sobre los codos y miré. Alguien levantó el colchón y suspiró profundamente.

—*Ya puedes salir.*

Al oír la voz de mi padre, salí disparada arrastrándome sobre la barriga. Aún no estaba fuera y él ya me había cogido y puesto de pie. Me subí a su cálido regazo, doblando rodillas y pies y abrazándolo por la cintura.

Me tuvo abrazada un buen rato hasta que habló, tal vez porque había muchas cosas de las que no podíamos hablar. Al fin, habló en *anglais*, usando un tono más suave y haciendo que las palabras sonasen menos ásperas que antes, cuando hablaba con el otro hombre.

—No puedes hacerlo más. Sé cauta. —Y cambió al tono más gutural de nuestra lengua materna, al tiempo que me dejaba caer sobre unas mullidas almohadas—: *Ahora descansa, corderito. Tengo que limpiar la casa antes de que vuelva tu madre.*

Me arrojó con las sábanas y me besó en la frente con dulzura. Cerré los párpados y me sentí sana y salva porque mi padre me había protegido... e intenté olvidar la sangre que cubría su camisa.

* * *

Suspiré mientras miraba a mi padre ahora. Lo único que deseaba era que Angelina y yo estuviésemos a salvo. ¿Por qué me costaba tanto admitir que me había equivocado?

—Tienes razón, papá —le confirmé—. Te prometo que tendré más cuidado.

Me sonrió. Se le veía apenado, pero apreció mucho su esfuerzo.

—*Sé que sí, corderito.* —Y me apretó la mano con fuerza.

Se abrió la puerta de pronto, y Angelina entró como un huracán, pequeña y llena de energía, con su melena rubia enmarañada y salvaje que la hacía parecer un torbellino. Detrás de ella apareció mi madre.

—¿Ya vienes a la cama? —le pregunté a mi hermana, cogiéndola entre mis brazos e intentando aliviar con ella la sensación de que había defraudado a mi padre. Angelina dijo que sí, a pesar de que no tenía sueño. Miré con cariño a mis padres mientras caminaba con la pequeña en brazos hacia la habitación que compartíamos y la metía en la única cama. La dejé desvistiéndose y fui a buscar un trapo húmedo para limpiarle toda la suciedad que había conseguido acumular durante la jornada.

—Eres un desastre —la reñí mientras frotaba su piel de alabastro llena de mugre. Me enseñó los dientes con su sonrisa de niña de cuatro años—. Y Muffin también es un desastre —me quejé, mirando a su andrajosa muñeca, que llevaba con ella a todas partes: una liebre que le había regalado yo y que estaba hecha polvo.

Los años no pasaban en balde para Muffin. Tenía ya el pelaje tan gastado que era transparente por zonas. Su original piel blanca y suave era ahora marrón y estaba llena de manchas que incluso daban un poco de asco.

Angelina se aferró a su muñeca e incluso se negó a que la limpiásemos también. Cuando hube aseado y puesto el camisón a mi hermana, ella ya estaba tumbada sobre mí, somnolienta.

—Venga, dormilona. —Y la coloqué entre las sábanas, con su pequeña y mugrienta liebre junto a ella. Angelina nunca dormía sin Muffin.

Me tumbé en la cama a su lado, con la luz de la mesita de noche encendida, y saqué la tela que Aron me había regalado. Ya la había cortado, había diseñado mi patrón y había ajustado todo con agujas. Saqué una aguja de coser de la esponjita que había dejado en la mesita de noche y me puse a trabajar. El tacto de la seda entre mis dedos me hizo pensar en la maravillosa sensación que daría vestirse con algo tan escandalosamente bonito.

Angelina movió los pies hacia mi lado de la cama, huyendo de las frías sábanas y buscando el calor de mis piernas.

Era su forma de desearme las buenas noches.

Era la única forma en que podía hacerlo.

V

No era difícil convencer a Brooklynn para volver al club, o al menos yo no lo creía. Si por algo se caracterizaba Brook, era por ser muy previsible.

—Así pues, ¿quién es él? —indagó con curiosidad y agarrándome cariñosamente del brazo. Le guiñó el ojo a Angelina, que estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas—. No te vi hablando con nadie la otra noche, pero es raro que quieras ir a un club dos veces en la misma semana.

No se equivocaba. No podía parar de pensar en esos ojos grises y atormentados desde que fuimos a Presa, hacía ya dos días. Mucho más tiempo del que ningún chico había ocupado mis pensamientos nunca.

No sabía qué tenía de especial Max. Me asustaba tanto como me atraía. No me hacía gracia encontrarme con sus amigos, pero estaba desesperada por verlo otra vez.

—Tampoco es eso. —Empecé a poner excusas, pero Brooklynn se hizo la loca.

—¿Ah, sí, Charlie? No me creo ni una palabra, sobre todo si te vas a poner eso.

Casi sonreí. Había diseñado yo misma el vestido, pero lo veía un poco exagerado. O, a lo mejor, demasiado poco exagerado. Yo no era como Brooklynn, no estaba acostumbrada a lucirme, y mi vestido dejaba un hombro al descubierto, mientras que del otro caía un fino tirante de seda negra. La tela parecía incluso transparente al rozar mi cuerpo; eso no pasaba nunca con mi otro vestido de algodón.

—Da lo mismo. Si no quieres contármelo... —Ese tono meloso le solía servir con los chicos—. ¿A ti te ha contado algo? —le preguntó a mi hermana pequeña.

Angelina lo negó y apoyó la barbilla en las manos. Nos miraba expectante con sus ojos azules.

—En serio, Brook, no es nada. Él es un poco... diferente. Solo quiero hablar con él de nuevo. No es lo que piensas.

De todas formas, mis razones eran lo de menos, porque Brooklynn hubiese ido igual al club. Esa noche, cuando estaba delante de la puerta roja de acero, me sentí aliviada de que Presa aún subsistiese. El club resistía. Y eso que me sentía todavía más nerviosa que la primera vez.

Algunas cosas nunca cambian: había un guardia de seguridad distinto, pero la rutina fue la misma.

Brooklynn, como siempre, no se inmutó con la revisión, y a mí me produjo asco y me mosqueó. Además, esta vez yo enseñaba más piel.

El tipo de la puerta nos dejó entrar a cambio de drogarnos con el sello alucinógeno, claro. Ni le enseñamos los pasaportes. Mi piel ardió al notar cómo la traspasaba la tinta. Ni miré la marca, sino que me dediqué a buscar como loca algo, a alguien, por el club, aunque sabía que en breve me saldría la roncha.

Logramos colarnos con las bebidas y la chica del pelo azul tan fácilmente como con el tipo de seguridad. Hasta le dio cambio a Brook; eso sí, tras pedirle una buena propina.

El club estaba más lleno, y las chicas de los podios no vestían collares de cuentas, sino plumas brillantes. Era alucinante verlas, porque parecían aves exóticas de color púrpura, azul y verde.

Brook me arrastraba entre la masa, seducida por la música, los hombres y la droga que se filtraba por su piel.

Mis ojos buscaban y buscaban.

Esta noche no veía a Max por ninguna parte. También busqué a los otros —sus amigos, los que hablaban en aquel idioma extraño y gutural—, pero no exactamente por lo mismo. A ellos prefería evitarlos.

Brooklynn dijo que quería bailar y se fue. Yo seguía obsesionada con la posibilidad de que Max apareciese. Vi cómo Brook se alejaba entre la maraña de cuerpos y entraba en la pista de baile.

Sentía la cabeza pesada y reconocí el efecto de la droga en mi cuerpo. El sello se estaba inflamado; era una estrella de seis puntas. Cerré los ojos para que pasase el malestar, pero tenía mucho calor y me molestaban la gente y el ruido. Necesitaba aire. En la entrada seguía el vigilante, inspeccionando a otra chica menor de edad, y sentí repulsión. Tenía que haber otra salida, una puerta trasera.

Me alejé de la barandilla y busqué esa salida. No sabía adónde me dirigía, pero decidí seguir el camino opuesto a donde estaba el de seguridad. Era lógico, o así lo creí.

—Perdonad —murmuré mientras cruzaba la pista de baile, repleta de gente que se agitaba. No vi a Brooklynn. Había un mar de rostros a mi alrededor. Necesitaba encontrar un lugar donde sentarme y esperar a que se me pasase el delirio. Sentía náuseas y quería salir de aquel caos. Cuando llegué al otro lado, subí a la plataforma y miré si había una puerta. Pero no, no vi ninguna.

Dudé. Me rodeaban dos hombres y una mujer unidos en un apasionado abrazo. Se acariciaban y se besaban. La chica tenía el cabello del color del ébano, que cambiaba de tono según le daba una u otra luz. Uno de los hombres se había teñido el pelo de punta de un rojo brillante, mientras que el otro lo llevaba rubio platino, rizado y largo. Los movimientos de aquel trío parecían sincronizados, como los de las gogós. Detrás de ellos había una pared de espejo gigante que reflejaba cómo sus brazos y sus piernas se enlazaban. Cada uno parecía ser la extensión del otro.

Y detrás de ellos, en un lado de esa pared de espejo, divisé una cortina negra, tocada en los bajos con aplicaciones de trenzas doradas. Por su tamaño, podía ser una puerta de salida. Me apresuré a llegar hasta ella para saber qué escondía la cortina. La música sonaba, con un beat de bajo continuo.

Me dio miedo que alguno de los del trío me viese y no me dejase pasar. Tal vez eran los vigilantes de este punto. Pero no se percataron de mi presencia y pasé

fácilmente. Tomé con los dedos un extremo de la tela de la cortina y escudriñé. Había un pasillo negro, solo iluminado por las tenues luces que provenían del club. No podía ver adónde conducía. Yo seguía queriendo tomar el aire.

Me deslicé tras la cortina, preocupada por si alguien me había visto. Se me aceleró el pulso y me puse tensa. No sabía qué encontraría en aquel sitio ni si debía estar allí. Seguro que la cortina estaba por algo.

La gruesa cortina impedía la entrada de las luces del club, así que me tuve que acostumbrar a la penumbra. Pronto noté el suelo, las paredes y la sombra de dos puertas cerradas. Me aseguré de que nadie me había visto y continué poco a poco. Me paré delante de la primera puerta y presioné la palma de la mano contra la superficie de madera. Me entró el pánico y me faltaba el aire. Giré el pomo, pero estaba cerrada.

Suspiré. Algunas gotitas de sudor emanaron de mi labio superior y me acerqué a la otra puerta, que estaba al final del pasillo negro. Esta vez, mi mano se posó en una superficie metálica.

Era esta, lo sabía. La puerta que buscaba.

Probé el pomo y giró con facilidad, haciendo un clic que sonó más alto que la música tras de mí. Aún no había cruzado el umbral, cuando sentí que agarraban mi hombro y lo retorcían con fuerza. El corazón me latía a mil por hora.

Me revolví y fui a dar contra un sólido muro de músculos, por lo que creí que era el guardia de seguridad de la puerta. Intenté pensar con más claridad.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo el hombre, y supe que no era el de seguridad, porque hubiese reconocido su tono sórdido. No sabía cuáles eran sus intenciones ¿Curiosidad? ¿Duda? Algo peor... ¿una amenaza?

—Yo... yo... —No me salían las palabras—. Es... es que me he perdido —solté.

Pulsó un interruptor de la pared contigua y me bañó la luz de una bombilla roja que estaba en el techo. Estaba con un hombre que tenía una pinta sospechosa. Llevaba el pelo negro y largo hasta los hombros, y su cara no había visto una cuchilla en días o en semanas. Pero lo que más me impresionó fue su mirada, felina y de depredador bajo el reflejo de la luz roja.

—No deberías estar aquí —afirmó sin interés—. No es seguro.

Me froté sin darme cuenta el dorso de la mano, que picaba.

—Necesitaba tomar el aire.

Me estaba mareando. Él me cogió de la muñeca.

—¿Necesitas sentarte?

—Sí —balbucí, aún rascándome el sello de la mano—. Me iría bien. —Sentía que mis pies no tocaban el suelo y que no me llegaba la sangre a la cara.

Me sujetó por la cintura para que no tropezara en el pasillo y me llevó de vuelta hacia el club, aunque hasta la primera puerta, la que estaba cerrada. Sacó una llave del bolsillo y la abrió antes de que yo pudiese objetar nada.

Unos segundos después, me desplomé encima de un sofá de terciopelo verde que olía a tabaco, del legal y del que no lo era.

Nunca había estado en un privado de un club. La gente decía que solían ser espacios lujosos que estaban por encima de la pista de baile y las barras, donde a la élite —los que pagaban un extra a los propietarios del club— se la trataba como a la realeza por una noche. En otros clubes, los privados se destinaban a satisfacer cualquier deseo, por un precio.

Este era un poco de eso y otra cosa, un poco menos siniestro y también menos opulento.

El hombre que estaba sentado en la silla de enfrente puso los codos sobre las rodillas y me examinó de cerca. Qué hacía yo en ese cuarto con él. Me preguntó de dónde venía cuando se topó conmigo.

—¿Eres el dueño de este club? —inquirí con voz ronca.

Frunció el ceño y divisé una cicatriz que iba desde la ceja hasta el límite de su angulosa mandíbula. Era una marca suave, una vieja herida.

—No es mío, pero la gente que lo lleva me deja hacer negocios aquí.

La manera en la que pronunció la palabra «negocios» la hizo sonar ilícita.

Las luces que relampagueaban continuamente en el club se colaban por una ventana enorme que ocupaba toda una pared. Destellaban en su cara y describían en ella un arco iris de tonalidades. Al otro lado del cristal estaba el trío, los dos hombres y la mujer morena, besándose y acariciándose. Recordé el espejo que estaba detrás de ellos.

Me levanté del sofá y observé los muebles variados y poco armónicos. Me paré detrás del cristal y, con la punta del dedo, dibujé el contorno de los tres formando una única figura, como si estuvieran fusionados.

—¿No nos ven? —pregunté, y me sorprendí. Nunca había visto algo igual.

Se unió a mí con su enigmática presencia.

—No. Por la otra parte, esto es un espejo. Sólo se ve desde este lado.

—Qué raro —respondí.

Estaba aún mareada y me costaba concentrarme. Todo se movía a cámara lenta, tenía la boca seca y tirante y me pesaban los párpados. Y no paraba de rascarme la mano.

Siguió mi mirada hasta la marca del sello.

—¿Puedo verlo? —solicitó. Tenía cicatrices blancas en forma de zigzag en los nudillos.

Le miré la cicatriz, que apenas disimulaba su melena, y sus ojos con motas plateadas. Mientras me decidía, vi que la piel debajo de la barba estaba ajada y que su rostro era duro. Estaba serio y esperó con paciencia a que le enseñara la mano, así que pensé que no me podía hacer ningún daño mostrársela.

Al tomarme la mano, noté que tenía la piel fría y seca. Con una de sus yemas

callosas, recorrió la marca inflamada de la estrella. Se llevó la mano al bolsillo y sacó una cajita negra. Contenía un ungüento que olía a una extraña combinación de tierra acre y cítricos. No era desagradable.

Sin preguntar, lo extendió sobre la piel inflamada con un ligero masaje de pulgar. No sabía qué hacer. Una parte de mí pensaba que era una mala idea, que un desconocido en el que no podía confiar me aplicaba un bálsamo que no sabía ni qué contenía. Pero otra parte de mí, la que lo observaba en silencio, se dejaba hacer.

—Ya está —dijo cerrando la cajita y poniéndola en mi mano—. Pronto te sentirás mejor.

Así fue. Ya no me picaba la piel de la mano ni me daba vueltas todo. Pensaba con claridad.

—¿Quién eres?

Sonrió.

—Me llamo Xander, y tú —levantó las cejas— eres Charlie.

Di un respingo. ¿Cómo sabía mi nombre?

—Te he visto en algunos clubes, a ti y a tu guapa amiga.

Se refería a Brooklynn. Todos se fijaban en Brooklynn. Y yo no había visto a este hombre antes, pese a que era difícil no reparar en él.

—Lo siento, encantada de conocerte, Xander, pero me temo que ahora tengo que ir a buscar a mi amiga.

Era verdad. Ahora que sabía qué hacía, me di cuenta de que nadie sabía dónde me encontraba ni con quién.

Creí que se resistiría a dejarme ir o que me convencería para que me quedase. Bloqueaba la salida. Hubo una larga y pesada pausa e intenté calmarme. Pero se retiró de mi camino. De todas formas, seguí sintiendo que tenía algo de depredador, por su manera de moverse y por cómo se posaban sus ojos plateados en mí.

Aferré la cajita con el ungüento y recordé que no me había hecho daño.

—Es por aquí. —Me acompañó por el pasillo oscuro hasta el club. Se quedó conmigo, sujetándome el brazo, no sé si para orientarme o para detenerme. Miramos a la masa—. Ahí está —dijo en voz baja y profunda, casi en la octava del bajo que sonaba.

De pronto, comenzó un revuelo cerca de la entrada y todos miramos hacia allí para saber qué ocurría. Xander me apretó el brazo con los dedos, aunque sabía que no lo hacía adrede. Creo que ni se dio cuenta. Estaba rígido, ansioso y expectante.

La gente se fue apartando y dividiendo. No sabíamos quién había llegado, pero su presencia cargó el ambiente de electricidad estática. Y entonces aparecieron los tres hombres entre la masa de la entrada. Según se acercaban, lo reconocí. Era él, Max. Me quedé sin aliento.

Supe lo que ya pensé cuando lo conocí: él no era de aquí. No como Xander. O como yo. Ni me fijé en sus amigos; solo podía seguir sus movimientos por el club. Ojalá me buscase a mí.

Me quedé quieta cuando sus ojos se posaron en los de Xander con un brillo oscuro. Pero vaciló tan poco que hubiese podido creer que lo estaba imaginando. Me observó luego a mí con su mirada implacable, y yo le devolví la mirada sin pestañear ni saludar. Pensé que me enviaría una señal si me reconocía. Y creí verla en un ligero abrir y cerrar de ojos y una breve sonrisa. Pero fue tan rápido que ni pude procesar la información, y él siguió a su paso.

Me quedé muy decepcionada al ver que Max y sus compañeros pasaban de largo. Me sentí como una imbécil por haber venido a buscarlo, por confeccionar el vestido soñando con él, esperando a que se fijase en mí.

—¿Quiénes son? —pude al fin preguntar a Xander.

Pero cuando me volví, Xander había desaparecido. Comprobé mi mano para cerciorarme de que no lo había soñado y que había conocido a Xander. Ya no me dolía, y la marca de la estrella de seis puntas ya no estaba. Abrí la mano y toqué la cajita del ungüento.

Xander era real.

Y ahora estaba segura de que él tenía las respuestas que yo buscaba.

XANDER

—¿Entonces qué, X? ¿Era ella?

Eden entró como un huracán enfurecido, con toda la energía que contenía. Se sentó en la otra silla, apoyó los codos sobre el escritorio y miró fijamente a Xander.

Este, irritado por la interrupción, escondió de prisa la fotografía descolorida bajo los papeles y se pasó el pulgar por la cicatriz, como era su costumbre. Sin embargo, Eden era una de las únicas personas que podía molestarlo sin consecuencias.

—Todavía no estoy seguro. Puede que sí. —Corrigió—: Estoy casi seguro.

Arriba, la música del club seguía retumbando sobre el techo con un ritmo contagioso. Continuaría así hasta el amanecer.

Eden midió sus palabras y se pasó la mano por su pelo de punta. Le preguntó lo que había estado pensando toda la noche:

—¿La vieron los guardias? ¿Saben quién es?

Como no sabía que decir, él se encogió de hombros.

—No lo sé. La vieron, sí, y creo que saben que estaba conmigo, pero no saben por qué. No tengo ni idea de si han averiguado quién es.

Se paró a pensar antes de lanzar otra pregunta. Se fiaba de Eden, le confiaría su vida, pero se percató de que estaba muy nerviosa y no deseaba darle más problemas.

Ella se levantó y caminó arriba y abajo en aquel espacio bajo el club, uno de sus más recientes escondites. Tampoco podían quedarse mucho tiempo más. No sabía si lo habían seguido y no quería correr riesgos. Los clubes eran un buen lugar para esconderse, para pasar información, pero no se podían descuidar, porque podían ser localizados. Entonces, descubrirían sus secretos y sus planes.

Se irían al romper el alba.

Eden comprobó el pequeño alijo de armas del que disponían, que se abría con una llave que solo ella y Xander tenían. Él preguntó:

—¿Viste quién estaba con ellos esta noche?

Creyó que ella no respondería: sus ojos negros reflejaban el miedo, la preocupación y la alarma. Pero cogió un lanzagranadas manual como si fuese un bebé y dijo:

—Era Max, ¿no?

MAX

Se aproximó a la reina como siempre, con recelo y un gran respeto. Hacía mucho calor en aquel aposento, pues la reina se sentía más frágil desde que había envejecido. Con todo, a él no le preocupaba su estado físico, porque aún tenía una mente aguda y unos cambios de humor terribles.

No era una mujer a la que se pudiera subestimar.

—*Majestad* —susurró en el idioma de la realeza, a la vez que sus dos compañeros repetían estas palabras y hacían una reverencia.

Esperaron una milésima de segundo, y ella respondió con desdén:

—*¡Incorporaos! No tengo tiempo para vuestras tonterías. Id al grano.* —Se dirigió al hombre de piel oscura—. *¿Qué tiene que contarme?*

Como no se dirigía a él, Max se corrió a un lado con las manos detrás de la espalda, hasta que ella le hablase.

—*Creemos que hemos dado con su centro de operaciones, Majestad. Es otro club de la ciudad. Lo estamos confirmando con el Servicio de Inteligencia y, cuando tengamos su visto bueno, actuaremos.*

La reina reflexionó, observando al gigante moreno. Un hombre más pequeño se hubiese acobardado ante su mirada fulminante, pero Zafir le mantenía el pulso. Elegía a dedo a los guardias reales por su valentía.

—*¿Algo más que añadir?* —preguntó al otro hombre de talla monstruosa.

—*No, Majestad* —respondió Claude, lacónico.

Por fin miró a Max, el tercer hombre uniformado, para preguntarle:

—*¿Qué hay de la chica? ¿Alguna novedad sobre ella?*

Al mirar a la reina, estudió su piel gris y arrugada y sus ojos fantasmales. Dudaba de cómo podía ver a través de las bolsas de piel que cubrían sus ojos. Pero sabía que nada se les escapaba, excepto la cuestión de la chica.

—*No, Majestad. No sabemos nada de ella.*

Le fue fácil mentir, y se preguntó lo que sentiría cuando la guillotina separase su cabeza del cuerpo en el caso de que ella descubriese la verdad. También se preguntó por qué no podía confesárselo. Era su reina, y su deber era comunicarle cualquier información que ella le pidiese.

Recordó a la chica pálida de cabello rubio platino que había visto un par de veces en el club y se convenció de que no mentía. No sabía quién era ella. Y no tenía manera de saber si ella era la chica a la que buscaban.

La reina se quedó mirándolo de arriba abajo, con antipatía en su expresión y esperando algo más. Pero no lo había.

—*Marchaos* —ordenó ella, liberándolos por fin de aquel calor cruel.

VI

Estuve despierta casi toda la noche, repasando una y otra vez en mi cabeza el momento en el que Max había irrumpido en el club y me había ignorado conscientemente. Cuando me desperté, me fastidió ver que me había dormido y mis padres se habían ido sin mí. No tenía que ir a clase, y me hubiese encantado poder quedarme bajo las sábanas para evitar el mundo real y olvidarme de lo que había sucedido la noche pasada. Por desgracia, mis padres me necesitaban y no podía fallarles.

Me vestí con rapidez, me peiné con una cinta para apartar el pelo de la cara y corrí hasta la puerta, lanzándome a la calle, ya rebosante de gente y con el sol cayendo a plomo.

Pasar la mañana en el mercado siempre había sido una de mis actividades favoritas. Me encantaba respirar el movimiento y ver las prisas de los Sirvientes, que debían cumplir los encargos de sus señores. A esa hora salían del horno las primeras hogazas de pan y se preparaba té con hojas frescas. A esa hora, además, solo se hablaba en la lengua universal, puesto que los vendedores estaban obligados a ejercer su oficio en la lengua universal.

Sin embargo, la atmósfera en la calle era asfixiante. Había tantos refugiados que apenas podía caminar entre aquel pozo de almas.

Entonces, como casi todos, me detuve, porque observé que habían cambiado las banderas de la plaza. Ya no ondeaban las blancas e impolutas de Ludania, sino que habían colocado las de la reina, con un perfil dorado de la misma monarca sobre un campo sangriento. Sin duda, nos recordaban que la reina estaba por encima del país. Me sentí como si llevase una soga al cuello y me pregunté cuándo acabaría aquella presión. Casi me alegré de ser engullida de nuevo por la masa claustrofóbica. Al llegar al restaurante de mis padres, vi que alguien me esperaba y deseé con todas mis fuerzas haberme quedado en la cama. Di un mal paso y casi me caí cuando intentaba desaparecer.

Allí estaba Max, sentado en una de las mesitas de la parte exterior, con las piernas estiradas, relajado. El ataque de vergüenza se me pasó en cuanto recordé cómo me había ignorado la noche anterior, sin contemplaciones. Se me había quedado grabado y no podía evitarlo. Incluso ni me había dejado dormir.

«Aún puedo irme», me dije para mis adentros, porque no me había visto.

Y en ese instante él levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. No podía moverme ni respirar. Estaba en medio de la multitud, obstruyendo el paso, y la gente tropezaba conmigo e intentaba pasar sin éxito.

A la luz del día, fuera de las sombras y las luces del club, parecía aún más joven.

No sabía qué edad podía tener: dieciocho o, quizá, diecinueve años. Su mirada era tan intensa que sentí que no debía mirarlo fijamente. Pero eran unos ojos llenos de profundidad y de misterio, y también inquietantes. Me quedé embobada.

Quise acordarme de lo que había sentido la primera noche, los nervios y el peligro inminente que me habían empujado a escapar del club cuando oí hablar a sus amigos. No obstante, allí, a pleno día y en el mercado, no lo lograba. Y cuanto más lo miraba, menos podía recordar que me habían asustado.

Lo temía y me latía con fuerza el corazón, aunque por razones diferentes a las del miedo que sentí aquella noche. Se levantó mientras yo caminaba tímidamente hacia él, e intenté captar sus pensamientos, pero tampoco conseguí interpretarlos, como ya me había pasado en los encuentros anteriores.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando estuve junto a él.

Levantó las cejas sutilmente, y ese pequeño gesto me sacudió como un golpe de calor, en una sensación desconocida para mí. Pero me esforcé en que no se me notase.

Sin pensarlo, respondió:

—He venido a verte.

—Eso parece. —Crucé los brazos y eché un vistazo para ver si alguien nos observaba. No quería que después mis padres me interrogasen. Levanté la cara—. ¿Y eso por qué?

—No te gusta mucho hablar, ¿eh? —Me repasó y percibí ironía en sus ojos de color carbón. Esos ojos con los que tanto soñaba. A mí no me hizo tanta gracia y acabé por resoplar ruidosamente. Él continuó—: Bueno, no sé exactamente por qué he venido, la verdad. Igual no debería haberlo hecho. Pero despertaste mi curiosidad y quería verte de nuevo.

—Pues me viste ayer por la noche y no te desperté nada. Ni te diste cuenta de que estaba allí.

Max dudó y respondió:

—Eso no es verdad. Claro que te vi... —Bajó la voz y puso su mano en mi brazo, un aviso discreto—. Debes tener cuidado de con quién te relacionas.

Me cambió la cara, como instigándole a que acabase la frase, aunque sabía que no era necesario, porque recordaba cómo había mirado a Xander.

—¿Por eso fingiste que no me conocías?

Me solté de su mano. Se acercó más y me emocioné; casi se me paró el corazón. Ojalá solo fuese por el miedo: quería temerle. Pero sabía muy bien que había algo más. Y entonces me sorprendió preguntando con delicadeza:

—¿Por qué te fuiste tan rápido aquella primera noche?

No me atrevía a contestar, y allí estaba él, esperando mi respuesta. Titubeé para ver cómo salía de aquella situación, y al final solté:

—No me encontraba bien.

Al mirarlo, sentí que él sabía que le mentía. Pero solo suspiró y me mostró una sonrisa de resignación.

—¿Damos un paseo? —concluyó.

Si hubiese podido respirar y mi pulso no se hubiese descontrolado, tal vez habría sido fácil responder. Negué con la cabeza.

—No, debo entrar. Tengo trabajo.

—*¿De qué tienes miedo?* —preguntó tiernamente, tan educado que ni me di cuenta de que no hablaba en *englaise*. Y tampoco en *parshon*, que era el único idioma en el que podía contestarle. Había oído ese dialecto una vez, la noche en que sus amigos trataban de ligar con Brooklynn en el club.

La ley era tajante con eso.

Pestañeeé y bajé la cabeza. Entonces sí que sentí miedo, terror, amenaza.

—No te entiendo.

Rogué para que me creyese. Levantó mi rostro con su mano y me miró. No podía descifrar su expresión tan fácilmente como sus palabras.

Y oímos el barullo: el gentío clamando en el centro de la plaza del mercado. Una ejecución. Ni me moví.

Pero Max sí. Se sorprendió tan violentamente que pareció que había recibido una bofetada. Y sus ojos se llenaron de una tristeza que parecía conectar con mis pensamientos más íntimos; pensamientos del estilo: «¿Cómo puede alguien celebrar eso? ¿Por qué les gusta presenciarlo?».

Por esa misma razón, nunca pasaba por aquella parte de la plaza.

Me alarmé temiendo que alguien hubiese visto su reacción. La ley no nos obligaba a mostrar entusiasmo en esos casos, pero tampoco convenía demostrar rechazo, con tantos ciudadanos pendientes de delatar a los demás.

Los condenados a la horca eran, en definitiva, considerados criminales: enemigos de la reina y espías.

O alguien que no había agachado la cabeza cuando otros hablaban en un idioma que no le correspondía. Me cogió la mano y pasó sus dedos por el dorso, donde aún escocía un poco la marca del sello.

—¿Estás segura de que no quieres pasear conmigo? Me encantaría conocerte. Creo que eres más que una chica bonita de lengua afilada.

Me ofreció una amplia sonrisa y me miró pícaro. Yo disimulé.

—Solo soy una chica de los Comerciantes. Y llego tarde al trabajo.

Me di la vuelta con el corazón desbocado y lo dejé allí plantado. Me fui por el callejón para escapar de él, y cuando alcancé la puerta de atrás y entré en la cocina, noté la tensión en los músculos. No me había dado cuenta de lo rígida que había estado, casi como una piedra. O de cómo había contenido la respiración.

* * *

Las sirenas que rompieron la tranquilidad de la noche parecían venir de dentro de mi habitación a oscuras. Me incorporé en la cama con el cuerpo aún dormido y mi

cerebro en estado de alerta. Sentí cómo Angelina se despertaba y me buscaba con los dedos.

Intenté despejarme y averiguar qué pasaba y qué eran esas sirenas que retronaban en la calle.

Un ataque, pensé con lentitud. La ciudad estaba siendo atacada. No eran sirenas de una instrucción.

La puerta se abrió de golpe y me asusté. Mi padre me dio las botas y la chaqueta, y mi madre ya cargaba con Angelina y le ponía el abrigo. No había tiempo para estar somnolienta ni perezosa. Me puse la chaqueta.

—*Lleva a tu hermana a los pozos.*

La voz de mi padre sonó enérgica y decidida. Mi madre me entregó a mi hermana y salí temblando con mis botas desatadas.

—¿Y vosotros? ¿No venís con nosotras?

Mi padre se puso de rodillas y me ató los cordones, mientras mi madre le acariciaba el cabello a Angelina. Nos besó a las dos, llorando.

—*No, nos quedaremos por si vienen los soldados. Si tu madre y yo estamos aquí, quizá crean que vivimos solos.* —Me miró a los ojos—. *Así ya no volverán a buscaros a ti y a tu hermana.*

Lo que decía no tenía sentido. Nada lo tenía. ¿Por qué vendrían a buscarnos los soldados, con o sin nuestros padres? ¿Por qué molestarse en buscar a dos chicas que se habían escapado de noche?

Quería negarme, protestar, decir que no iría sin ellos a ninguna parte, pero no me salió la voz.

—*Vete, Charlaina. Ya.* —Mi padre me empujó hacia la puerta—. *No tenemos tiempo para discusiones.*

Me resistí, pero era más fuerte que yo. Angelina se aferró a mi cuello, con Muffin colgado de su manita blanca. Sus ojos reflejaban terror.

Las sirenas me aturdían, pero tenía que poner a salvo a Angelina.

—Cuando haya pasado el peligro, iremos a buscaros —me animó mi padre con un tono más tranquilo.

Tras de mí, mi madre sollozaba.

* * *

En la calle, topé con una marea humana de cientos o quizá miles de personas que también abandonaban sus hogares. Me empujaron y tiraron de mí en todas direcciones, en un ambiente de pánico absoluto.

Las sirenas casi nos rompían los tímpanos una vez a cielo abierto, porque los altavoces funcionaban como un sistema de alarma en una emergencia. Angelina escondió la cabeza en mi chaqueta para evitar el ruido. Se oían gritos de miedo y desesperación, aunque nada indicaba que atacasen la ciudad: ni motores que la

sobrevolaran, ni bombas, ni ecos lejanos de disparos.

No importaba; las sirenas me animaban a huir.

Había refugios antiaéreos por toda la ciudad: en las iglesias, en las escuelas e incluso en pasadizos subterráneos abandonados. La mayoría de la gente se dirigía a estos: eran el punto de encuentro de las familias en caso de disturbios o enfrentamientos.

Ni Angelina ni yo íbamos a los refugios como los demás, porque mi padre nos había advertido que no eran seguros: no eran un secreto para el enemigo. Tal vez sí protegían de los ataques, pero no de las tropas que pudiesen llegar a pie desde el este o de los rebeldes que querían destronar a la reina Sabara. A veces los hombres, al menos los que llevaban tiempo en el frente, eran más de temer que las armas. Los hombres podían comportarse de manera brutal, cruel y mortífera.

Nos esconderíamos en los pozos de las afueras de la ciudad.

Mis botas retumbaban sobre el pavimento mientras me abría paso entre la multitud. Cuanto más nos alejábamos del centro de la ciudad, menos gente encontrábamos a nuestro paso. Hasta que nos quedamos solas y solo nos cruzamos con algún rezagado de vez en cuando.

Estábamos cerca. Divisé el muro que rodeaba la ciudad y que había sido construido para protegernos de nuestros enemigos; ahora nos retenía y nos atrapaba como si estuviésemos en una jaula. Era lo único que nos separaba de los pozos.

Vi a otras personas que trepaban por el muro: habían pensado lo mismo que mi padre.

Alcanzamos el extremo del muro, la barrera de cemento entre nosotras y nuestro destino, y dejé a Angelina en el suelo.

—Tú primero.

Ella se resistió, pero enseguida obedeció. La aupé y la impulsé con tanta energía como pude. No me sentí mal cuando oí que caía con violencia al otro lado, simplemente me apresuré a trepar también con la ayuda de mis botas. Cuando ya casi estaba arriba, resbalé y me golpeé el lado derecho de la cara contra la pared. Sentí el sabor de la sangre en la boca y se me saltaron las lágrimas. Creía que me había roto el pómulo. Pero no miré atrás y trepé más y más. Me ardían los brazos. Pasé una de mis piernas por encima del muro y me impulsé hacia arriba.

Al otro lado estaba oscuro. No llegaban las luces de la ciudad.

—Apártate —le grité a Angelina, sin saber dónde estaba.

Me deslicé por la pared y caí sobre mis pies, apoyando las manos en la hierba. Angelina se acercó en la oscuridad y buscó mis manos. Las sirenas seguían sonando.

Me di prisa y cogí a mi hermana por la cintura, pese al cansancio y el dolor en la cara. La tomé en brazos de nuevo y corrí hacia los pozos. La maleza y las viñas que crecían junto a ellos parecían sombras de sierras dentadas. Continué hacia dentro, sin molestarme en mirar a mi alrededor por si había alguien vigilando. Lo único que deseaba era entrar, encontrar un refugio.

En el pozo, la oscuridad era casi absoluta, pero eso no me detuvo. Me guié palpando las paredes. Conocía estos túneles. Aron, Brook y yo solíamos venir a estos pasadizos cuando éramos niños. Jugábamos a explorar, a montar campamentos y a inventar que estos eran nuestros reinos. Ahora rogaba para que pudiesen protegernos a mí y a mi hermana.

* * *

Permanecimos en los pasadizos mucho tiempo después de que las sirenas hubiesen parado de chillar. Me ardía la mejilla, casi latía al ritmo de mi pulso, y supe que se me inflamaría el ojo hasta cerrarse.

Dejé que mis párpados cayeran y me abandoné al cansancio. Sentí unos dedos que acariciaban la herida, los de Angelina, y a continuación unos labios que la mimaban con ternura. Como haría mi madre.

Apreté sus dedos con los míos y abrí los ojos, en estado de alerta. Pero era demasiado tarde. Sentí que me estremecía con sus caricias. Y el dolor empezó a disiparse.

—No lo hagas —le susurré, agradecida de que la caverna estuviese a oscuras y nadie nos pudiese ver—. No puedes hacer eso. Nunca. ¿Lo entiendes?

Me dirigió la mirada y odié ver su dolor en la penumbra. No quería asustarla ni reprenderla. Solo pretendía protegerla. Pero sus caricias me recordaron por qué estábamos en esta situación, por qué estaba herida, y después me ayudaron a olvidarme de las sirenas, del pánico, del dolor.

No podíamos arriesgarnos a desvelar nuestros secretos a la gente. Nunca.

—Está bien. Estamos a salvo.

Me calmé y la abracé hasta que sentí que se tranquilizaba entre mis brazos.

En un momento, Angelina se quedó plácidamente dormida. En cambio, yo no podía dormir. Estaba cansada, exhausta, pero el miedo me atenazaba y me mantenía atenta. Eso y el incesante desasosiego.

Bajo la chaqueta, el camisón me calentaba poco. Angelina me daba el calor que necesitaba. Me retorcí sobre la dura pared e intenté no despertar a mi hermana, pero tenía el brazo entumecido y me dolían la espalda y los hombros.

Lo que mi padre me había dicho retumbaba aún en mi cabeza: debíamos escondernos para hacer pensar a los soldados que no tenían a nadie a quien buscar —Angelina y yo misma—. Algo de su explicación no me cuadraba.

La luz de un farolillo me cegó y diluyó la oscuridad de golpe. Vi a Aron, y él a mí. Angelina y yo ya no estábamos solas. Entonces, también distinguí al resto de la gente: había familias que se ayudaban entre ellas y personas que venían solas. Conocía a algunos y a otros no, pero ahora estábamos juntos en la tarea de buscar asilo entre aquellas paredes subterráneas.

Aron se alegró y se separó de su familia para venir hasta donde mi hermana y yo

yacíamos abrazadas. Su padre estaba demasiado concentrado en cotillear con los demás para darse cuenta de que su hijo se había alejado, y su madrastra tampoco se inmutó.

—Estaba deseando que vinieses —dije aliviada. Busqué con ansia en la oscuridad detrás de él—. ¿Y Brook?

—No ha venido con nosotros. Creo que su padre la ha llevado a uno de los refugios de la ciudad.

—Y hablando de padres —miré con ironía al de Aron—, ¿cómo ha podido tu padre trepar por los muros? —Me imaginé a Aron impulsándolo como yo lo había hecho con Angelina.

—Ni te imaginas lo espabilado que puede llegar a ser con la amenaza de un ataque en los talones.

Noté que no bromeaba y me conmovió. Aron se acomodó junto a mí y me dejó caer sobre él, tan feliz de que estuviese conmigo que no tenía palabras para expresarlo.

—¿Cómo está? —se interesó por Angelina.

Su pregunta me angustió, pese a que estaba convencida de que no lo decía con doble sentido. Él no especulaba sobre por qué Angelina estaba siempre en silencio, sobre el hecho de que no pudiese hablar como cualquier niño de su edad. Todo eso me preocupaba, porque podía despertar recelos entre la gente y hacerles creer que Angelina también era diferente en otros aspectos.

—Está bien —respondí, seca. Luego me apacigué—. Solo está cansada.

Aron me comprendía. Nos quedamos en silencio, escuchando las voces apagadas de los demás y sus conjeturas sobre lo que podía estar sucediendo tras los muros de la ciudad. Ahora no había división de clases, aunque podía distinguir varios acentos, entonaciones e idiomas. No se lo podía decir a Aron, pero yo los entendía a todos. Unos comentaban la posibilidad de un ataque general y definitivo sobre la ciudad. Otros criticaban las deficiencias de sus defensas. Pedí que las defensas funcionasen, sobre todo porque mis padres estaban todavía allí.

Entonces, desde alguna parte en la oscuridad, una voz retumbó en las recias paredes. Y otra, y otra, y de pronto todos se pusieron de pie y comenzaron a pronunciar la letra, tan familiar para mí, del Juramento.

Cogí en brazos a Angelina. No quería soltarla, ni mucho menos despertarla. Y me uní a los demás.

Juro con mi último aliento venerar a mi reina por encima de todos los hombres.

Juro con mi aliento obedecer las leyes de mi país.

Juro con mi aliento respetar a mis superiores.

Juro con mi aliento contribuir al buen progreso de mi clase.

*Juro con mi aliento informar sobre los que pueden perjudicar a mi reina y a mi país.
Mientras respire, lo juro.*

Aquella noche, las palabras tenían más sentido que nunca. Por miedo o por patriotismo, entonces hice una promesa a mi reina. Y le pedí toda la protección que pudiese darnos.

Al sentarnos de nuevo y apagarse poco a poco las conversaciones, nos rendimos al cansancio y me enrosqué con Angelina para protegerla. Aron dormía junto a mí. Dormir ya no era una opción, sino algo inevitable.

* * *

El eco de unas voces alegres resonó en la cueva. Los gritos me despertaron e intenté desentumecer los hombros y el cuello, que aún me dolían. Angelina estaba sentada a mi lado, confesándole a Muffin secretos al oído.

Le acaricié la pierna.

—¿Estás bien?

Asintió.

Ya había luz fuera y resultaba más sencillo distinguir el trayecto de los túneles. Me dirigí a Aron:

—¿Ha entrado alguien?

Dijo que no con un gesto, y entonces noté que la mayoría de la gente se había marchado, incluida su propia familia.

Sonreí al ver a Angelina jugar con Muffin.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho saltar las alarmas?

—El ejército de la reina Elena ha quebrado las defensas de varias pequeñas ciudades del este. Las sirenas han sido un aviso, por si los soldados enemigos se acercaban.

Buenas noticias. Eso significaba que el Capitolio era seguro y, además, que el sistema de alarma había funcionado. El aviso estaba ensayado, y podíamos confiar en que las sirenas nos alertarían.

Y en que mi padre vendría a buscarnos pronto.

—No hacía falta que te quedases, Aron. Podías volver a casa con tu familia.

Aron arrugó la nariz para dejarme entrever que lo que decía le parecía una tontería.

—Sabes que nunca me iría sin ti, Charlie.

Lo sabía. No necesitaba que me lo confirmase.

—Bueno, yo me hubiese largado sin dudarlo.

Pero Aron no se lo tragó:

—Qué mentirosa. Nunca me dejarías tirado.

* * *

Al vernos, mi padre nos abrazó a mí y a Angelina como si nunca nos fuese a soltar. Aron también se ganó un buen achuchón. Mi padre nos dio un beso a ambas y se disculpó y agradeció que estuviésemos bien. Angelina rio cuando mi padre la lanzó al aire y la recogió antes de que tocase el suelo. Era como presenciar a un oso jugando con una pluma.

Lo único importante era que estábamos a salvo.

Por ahora.

VII

Que la ciudad no hubiese sido atacada de verdad no significaba que todo volviese a la normalidad. No enseguida, al menos.

Había toque de queda. No estaba fijado muy temprano ni era estricto; solo suponía un nuevo gesto de autoridad por parte de la reina: nos demostraba que los rebeldes no habían conseguido restarle fuerza al poder real y al de sus aliados.

Cada noche oíamos tres toques cortos a través de los altavoces. Eran la señal para que abandonásemos las calles y buscásemos un lugar seguro y a cubierto. Era una medida preventiva y temporal.

Un cambio más al que nos acostumbraríamos, como a los que lo habían precedido los días, semanas y meses anteriores. La adaptación era clave para sobrevivir.

Quise preguntarles a mis padres por qué no habían huido conmigo y Angelina aquella noche. Por qué nos habían dejado ir por la calle bajo la amenaza de guerra. Mi padre obvió mis preguntas y dijo que exageraba, que ni siquiera el peligro había sido real y que todo había salido bien. Pero él no lo podía haber sabido. Mi madre cambió de tema hasta que me cansé de insistir.

Todas las dudas se disiparon con el sonido de las sirenas de aquella noche. La vida diaria continuó tal cual, aunque en los días siguientes se respiró una sensación de peligro que nos ahogaba.

Yo también la sentía, siempre haciéndome pensar y condicionando mis acciones: calculaba más lo que iba a hacer, los riesgos reales y los posibles. Pero ese estado de vigilancia fue menguando, y nos confiamos hasta que empezamos a comportarnos como siempre. Pronto me puse a pensar en cosas menos amenazantes que una guerra, menos intensas que ser despertada por sirenas en medio de la noche... en cosas más íntimas. A pesar de que me resultaban igual de preocupantes.

Max.

Cuándo había regresado a mis pensamientos era algo que no podía definir. Pero allí estaba, confundiéndome.

Pensaba en él cuando no venía al caso, en dónde estaría o qué haría en ese momento.

No lo había vuelto a ver desde aquella mañana frente al restaurante, cuando prácticamente me las había arreglado para que me dejase en paz. Desde aquella ocasión, había diseccionado cada palabra y cada uno de sus actos y movimientos. Recordé su voz mil veces. Era lo que más me había gustado de nuestro breve encuentro.

Me encantaban las voces. Las palabras tenían significado, y las voces recogían las emociones.

Otras cosas que me gustaban de él eran que era guapo, alto y altivo, y que, a la vez que me causaba respeto, me atraía irremediabilmente. Y es que la atracción no sabía de divisiones de clases. Sin que nadie lo confirmase, sabía a ciencia cierta que Max no pertenecía a mi clase. Ni yo a la suya. Estaba segura de que era de una clase superior.

Por su dialecto no lo podía averiguar, porque nunca lo había oído antes, aunque eso me pareciese imposible.

Daba igual: la ley era la ley. En el mundo real, el que estaba fuera de mis fantasías infantiles, podíamos relacionarnos solo de forma superficial, o yo como su sirviente.

Además, también estaban las cosas que no me atraían de él. Pecaba de soberbio. Esa parte de él, ese tipo de orgullo, me recordaba a los chicos de la Academia. No soportaba esa arrogancia.

Intenté apartar de mi mente a Max para encarar otro día de colegio y de trabajo. La rutina me ayudaba a olvidarme de los conflictos del país y de la sombra de la guerra que nos acechaba. Me ayudaba a olvidar mi propia guerra interna.

Brooklynn y Aron me esperaban en la plaza para ir al colegio. Le di mi cartera a Aron y sonreí porque las cosas volvían a su cauce. De camino, Aron me dio un codazo e hizo una mueca de disgusto.

—¿Quién es ese? —comentó con un tono que ni se oía.

Lo traspasé con la mirada.

—¿Quién?

—No mires —se alborotó Brooklynn, cogiéndome del brazo y susurrando a mi oído como había hecho Aron—. Allí —y señaló con la cabeza—, parece que has captado la atención de alguien muy apetecible que no puede apartar sus ojos de ti.

Y Aron aún disimuló más y cambió al parshon para evitar que nos entendiese más gente.

—*No tiene gracia, Brook. Nos ha seguido desde la plaza y solo vigila a Charlie. ¿Quieres que vaya y lo mande al cuerno?* —Lo decía mientras seguía caminando hacia el colegio, así que su amenaza no tenía ninguna consistencia.

Miré hacia el otro lado de la calle atestada de gente.

Los rostros se confundían y no me permitían ver de quién hablaban. Afiné la vista y busqué si alguien me perseguía, pero no había nadie. Cada uno hacía lo suyo y estaba pendiente de su camino, o hablaba con su acompañante y miraba tenderetes.

Nadie me observaba.

Justo cuando me disponía a decirle a Aron que su imaginación lo superaba, capté la mirada de alguien que se escondía entre la gente.

Era Xander.

Fue una visión fugaz. Pero aquella única y breve mirada fue suficiente. Me alegré en parte de que fuese él. Me puse de puntillas para buscarlo, pero ya se había ido.

Pensé en cruzar la calle y seguirlo para averiguar por qué había dejado el club de improviso la otra noche, y también para preguntarle por Max. Pero solo lo pensé, y

esos pensamientos nunca pasaron a la acción. Si hubiese querido hablar conmigo, no habría desaparecido cuando lo descubrí.

Con la esperanza de que ni Brook ni Aron percibieran la decepción en mi voz, dije en *anglais*:

—Quiquiera que fuese, ya no está.

Brooklynn se colgó de mi brazo.

—Venga, pasota —y me colgó también un nuevo apodo—. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

Aron ya se había adelantado sin nosotras y nos tocó correr para alcanzarlo.

Decidí que no era Xander a quien había visto, convenciéndome de que era autosugestión, que veía lo que quería ver y que había sido una jugarreta de mi imaginación. ¿Qué se le había perdido a Xander por aquí? ¿Justo hoy?

No tenía pinta de chico que deambula por el mercado.

—Oye, Brook —la avisé cuando ya habíamos alcanzado a Aron—. No me llames pasota.

Cuando sonó el último timbre del día, esperé a Brooklynn y a Aron a la sombra del enorme árbol que se erigía frente a la escuela. Extendía sus trenzadas ramas sobre mi cabeza y proyectaba formas oscuras sobre mi piel pálida, además de protegerme del efecto del sol.

La voz que sonó fue para mis oídos como seda delicada, aunque como un papel de lija para mis nervios.

—Ojalá sea yo a quien esperas —dijo Max.

Di un respingo y me aparté hacia el tronco del árbol. Él era la última persona que esperaba ver en mi colegio.

—¿Qué haces tú aquí? —lo increpé, aunque no me atreví a mirarlo.

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo? —Estaba a punto de soltar una carcajada, según denotaba su voz profunda, pero no lo hizo. Nadie más que yo lo hubiese percibido. Las voces eran lo mío—. ¿Qué, qué pasa?

—¿Eres militar? —pregunté completamente embelesada mientras miraba su uniforme, de color verde oscuro y con botones dorados que brillaban incluso a la sombra del árbol. Su sonrisa se esfumó.

—Sí, estoy en el ejército. Fue la mejor manera que encontré de rebelarme contra mi familia.

Estaba muy nerviosa, pero quería saber más. Busqué sus ojos gris oscuro:

—¿Tu familia no quería que te alistases?

—No, se opusieron rotundamente.

Conjugué eso con el hecho de que hablase un idioma que yo no había oído nunca, y aún tuve más curiosidad por saber quién era y de dónde procedía. Y entonces fruncí el ceño, recordando la forma en la que había reaccionado ante el aplauso que provenía de la horca de la plaza.

—Si estás en el ejército, ¿qué hay de lo de aquella mañana, en el restaurante de

mis padres? Te alteraste cuando la multitud clamó.

No me esperaba para nada una respuesta como la que me dio. Sonrió.

—¿Crees que por estar en el ejército no tengo corazón?

—No, pero yo...

¿Qué? Me sorprendía que un soldado no estuviese de acuerdo con las decisiones de la reina sobre colgar o guillotinar a los que incumplían la ley. ¿Es que no podía tener sus propias ideas y sentimientos?

Miré a mi alrededor, con miedo de que alguien nos oyese comentar la política de la reina. No debíamos discutir sobre eso en público y solo amparados por las ramas bajas del árbol. Y entonces vi algo aún más terrorífico. Al otro lado de la calle estaban los dos hombres que me asustaron con su lengua extraña. Eran gigantes que destacaban entre el populacho. Se me aceleró el pulso.

—¿Por qué han venido? —dije, acusándolo.

—No pasa nada. —Me miró con sus ojos oscuros—. Les pedí que esperasen lejos para que no te asustases.

—¿Y por qué tendría que temerlos?

Era una pregunta absurda. Su presencia, incluso en la otra parte de la calle, me aterraba.

—No te preocupes por ellos. Son inofensivos. En serio.

Y su mano acortó el espacio entre nosotros. Sus dedos se posaron sobre los míos, que apretaban la cinta de la cartera que llevaba colgada al hombro. Quería poner distancia, aunque tuviese que atravesar el tronco del árbol, pero no podía moverme.

—Me gustaría acompañarte a casa. No me digas que no esta vez, por favor. —Lo dijo bajito.

Y yo quería decirle que no, era lo más sensato. En su lugar, me oí decir:

—Yo, yo... ni siquiera sé quién eres.

Quería aproximarme a él, más que huir. Su sonrisa indicó una pequeña victoria.

—Sabes más de mí de lo que yo sé de ti. Si ni me has dicho cómo te llamas...

La poca voz que me salió pronunció un «Charlie Hart». Me sentí muy rara en la presentación.

—¿Charlie? ¿De Charlotte?

Me cogió la mano y yo le dejé apretar mis dedos con los suyos. No era un saludo, sino que mantenía mi mano cogida. No me resistí.

Moví la cabeza, nerviosa y sin apenas poder pronunciar palabra.

—De Charlaina.

Me acarició con su pulgar de forma casi imperceptible, aunque yo lo sentí profundamente. Retiré la mano, asustada por la sensación que había despertado en mí.

—Max —dije por primera vez, disfrutando del sonido de su nombre en mis labios. Y para disimular mi tono meloso, como el que usaba Brook, le pregunté—: ¿Por qué apareces por todas partes? ¿Me estás siguiendo o qué?

Aron nos interrumpió, seguido de Brooklynn. Parecía que Brook ni se acordaba de Max de la noche del restaurante o del club, pero no se cortó ni un pelo para ligar con él. Lo miró con descaro, repasó de arriba abajo su uniforme y siguió observándolo de forma tan seductora que vi claramente por qué ningún hombre podía resistirse a sus encantos.

—¿Quién es tu amigo, pasota? —En realidad, no me hablaba a mí. Creo que no le importaba si yo estaba o no, y menos que le hubiese pedido que no me llamase pasota.

En teoría, no me tendría que afectar, porque Max era un desconocido, pero me asaltaron los celos. Era una sensación extraña y desagradable para mí.

Por su parte, Aron ignoró completamente al intruso.

—¿Nos vamos, chicas? Le dije a mi padre que volvería a la tienda después de clase.

—Tu padre es un capullo —puntualizó Brook sin dejar de mirar provocativamente a Max. Le tendió la mano—. Me llamo Brooklynn.

—Max. —Y le dio la mano en un gesto breve y controlado, como si recuperase su papel de militar.

Yo seguía tensa. Aron no se alteró y miró a Max de reojo.

—A pesar de lo que pienses de mi padre —le dijo a Brook—, tengo que ir a la tienda. ¿Venís o no? —Y fue a coger mi cartera.

Max la alcanzó antes de que Aron tuviese la oportunidad de deslizarla de mi hombro.

—Si no te importa, me gustaría acompañar a Charlie hoy. —Pronunció mi nombre como si nos conociésemos desde hacía tiempo, para crear confianza. Con los ojos puestos en Max, Aron me preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

Max mantenía las distancias con Brooklynn y era abierto cuando se dirigía a mí. No acababa de confiar en él. Pero me decidí:

—Vale, id vosotros dos delante.

Supe que Brooklynn volvería a enfadarse conmigo. Vi cómo se alejaban, siempre con Aron cargando sin rechistar la cartera de Brook.

—¿Vamos? —preguntó Max, colgándose la mía del hombro. Le quedaba muy pequeña, tanto que ni entendía cómo le había cabido el brazo por la cinta.

Comenzamos a andar al mismo paso y quise saber qué harían sus compañeros, también vestidos con el uniforme verde oscuro. Ellos también empezaron a andar a nuestro ritmo, aunque manteniéndose al otro lado de la calle. Era terrible tenerlos de sombras.

—¿Es que siempre te siguen? —reaccioné, viendo cómo la gente se apartaba a su paso.

Levantó los hombros, como si no fuese un tema importante.

—Solemos ir juntos a todas partes, pero les he dicho que no nos molesten. Insisto,

son inofensivos.

Al examinar a los dos hombres, dudé mucho de sus palabras, aunque confié en su tono sincero. Mientras se quedasen al otro lado de la calle, lejos, su presencia solo resultaba extraña. Además, era muy fácil olvidarse de todo cuando miraba a Max.

Tenía que dejar de mirar.

Pasó su mano por mi codo, para dejarla en el hueco de mi brazo y guiarme. Hasta parecía que nos conociésemos y hubiese confianza. Pero no era así. Sentí electricidad de la cabeza a los dedos de los pies. De confianza, nada.

También tenía que dejar de tocarlo. Bueno, no ahora. Quizá otro día.

Conseguí acordarme de todo lo que quería preguntarle. Estudié su perfil.

—¿Cómo me encontraste? ¿Cómo has sabido a qué escuela voy?

No dudó.

—Tampoco hay tantos colegios para Comerciantes en la ciudad, y éste es el más cercano al restaurante de tus padres.

Tenía razón. La Escuela 33 era una de las tres que había dentro de los muros del Capitolio. Las demás estaban repartidas por el resto del país.

—¿Y por qué yo?

—Ya te he contestado a eso. Porque eres fascinante.

Con la otra mano, me retiró un mechón de pelo de la mejilla. Sus dedos dejaron un rastro de emoción sobre mi piel.

—*Eres preciosa* —suspiró en un idioma poco familiar. Por supuesto, no sabía que lo entendía.

—No puedes hacer eso.

—¿Qué?

—Hablarme en otro idioma.

Evité mirarlo, porque me había sonrojado.

—¿Por qué no?

—Porque es ilegal. Soy una Comerciante y haces que incumpla la ley cuando me hablas en otra lengua que no sea el parshon o el englaise. Lo sabes.

—Yo no te obligo a desviar la mirada. Es tu decisión, de ti depende infringir o no la ley.

No sabía si se burlaba de mí o no, y me sentí atrapada por mis propias acciones. Su uniforme me causaba respeto.

Me detuve y me solté de su brazo. Me enfurruñé.

—Sabes muy bien lo que haces —lo acusé—. Tú me has buscado, no yo. Yo no te encontré «fascinante»...

Él también se detuvo.

—Charlie, era una broma. Cálmate. No me interesa lo que oyes y lo que no. Yo solo quiero conocerte. —En sus ojos vi algo verdadero, algo honesto. Intenso. Esbozó una leve sonrisa—. ¿De verdad no te fascino, aunque solo sea un poco?

Estaba confundida. Solía controlarme mucho, controlar mis emociones. Pero con

Max era distinto. Me sentía insegura porque tenía razón. Estaba fascinada. Iba más allá de la atracción.

Antes de que pudiese preguntarle en qué idioma hablaba, me pilló desprevenida cuando giró la cabeza y disimuló. Un grupo de hombres pasó por nuestro lado. Los observé, intentando averiguar por qué Max los evitaba.

Eran cinco militares vestidos con los uniformes de lana azul de la guardia. Tenían un rango inferior al de Max y saludaron en señal de respeto cuando se cruzaron con él. Pero Max los ignoró: ni los miró.

Mantuvo la cabeza, y la mirada, desviada, algo que no pertenecía a su clase, puesto que los militares no seguían las formalidades del sistema de clases. Una vez alistados, la clase no significaba nada: el rango establecía la división.

Uno de los hombres me miró de un modo que me incomodó tanto como el examen del guardia de seguridad de Presa. Como estaba con Max, fue breve, y lo agradecí. Ya tenía bastante con la situación. En ese sentido, no era como Brooklynn. Prefería pasar inadvertida.

Nos quedamos allí, parados y tensos, unos minutos, en silencio, hasta que pasaron los hombres. Luego, Max tomó mi brazo de nuevo, me sacó de aquella acera llena de gente y me condujo hacia travesías menos transitadas.

Debía de estar asustada por quedarme a solas con él, lejos de las calles abarrotadas cercanas a la plaza. Era un desconocido. Pero no le tenía miedo.

—¿De qué iba todo eso?

—¿Qué? —farfulló mientras me arrastraba lejos del movimiento de la gente. Se paró.

—Que por qué no te has dignado a mirar a esos hombres.

Crucé los brazos y me negué a dar un paso más.

—No sé de qué me hablas.

—Sabes exactamente de lo que hablo.

Visiblemente alterado, se pasó la mano por el pelo.

—¿Podemos seguir caminando? Claude y Zafir se darán cuenta de que nos han perdido de vista y vendrán a buscarnos pronto.

Se me puso la piel de gallina cuando mencionó a los dos hombres. Me daba igual. Quería saber por qué se había apartado para evitar a los guardias.

—No hasta que contestes mi pregunta.

—Tienes mucha imaginación. Déjalo estar.

Mentía. No sabía por qué, pero me mentía, y yo quería la verdad.

—¿Por qué lo tendría que inventar? ¿Eres peligroso? ¿Un criminal? ¿Qué escondes?

Se molestó.

—Tú eres la que no cumples la ley. La que no ha desviado la mirada cuando te he hablado en... —y dejó a medias la frase—. Tú eres la que debe tener más cuidado. Sobre todo si has entendido lo que he dicho.

Temblé. Ya no lo escondía, y yo ya no podía dudar de que sospechaba de mí. Él lo sabía.

No tenía que haber confiado en él, ni haber dejado que me llevara con él y me separara de mis amigos, lejos de las calles llenas de gente del centro de la ciudad.

De pronto, Max se había convertido en mi enemigo. Me di la vuelta y empecé a correr sin tener claro hacia dónde me dirigía. Lo único que sabía es que no podía arriesgarme a toparme con sus dos enormes amigos otra vez. Fui en dirección contraria por un largo pasaje.

—¡Charlie, espera! —gritó Max frustrado, aunque percibí que no me seguía—. ¡Charlie, no te vayas! ¿Podemos hablarlo?

Pero yo seguí corriendo, sintiendo los pasos bajo mis pies, hasta que sus palabras no llegaron hasta mí. En especial, las que se suponía que no podía entender.

VIII

Aquella noche me costó trabajar, fingir amabilidad y sonreír a los clientes que vinieron al restaurante. Cruzar dos palabras con ellos me resultó imposible. Estaba demasiado ensimismada, huraña. Enfadada, y también más que asustada. Que alguien supiese mi secreto tenía implicaciones que estaban por encima de toda consideración. Nadie, a excepción de mis padres, sabía lo que yo podía hacer.

Nunca habíamos permitido que nadie lo supiese.

Pero Max lo había estropeado todo. Yo no tenía idea de cómo lo había deducido, ni de cómo me había descubierto yo misma. No había respondido a sus palabras extranjeras, ni había dejado entrever que las entendía.

Y, lo más importante, ni sabía qué idioma hablaba cuando cambió al dialecto de su clase social. Aunque tampoco necesitaba diferenciarlo: me bastaba con ser consciente de que no era el mío ni era *englaise*.

Pero él lo descubrió, y también a mí. ¿Cómo?

Me dijo que despertaba su curiosidad, pero ¿por qué? ¿Había captado algo en mí que mostrara mi capacidad para descifrar palabras y entender todos los idiomas? ¿Fui demasiado transparente aquella noche en el club, o quizá se me había notado el miedo?

¿Por qué le importaba? ¿Por qué me buscaba?

La voz de mi padre interrumpió mis cavilaciones, y me avergoncé por ser tan tonta. Menos mal que él no sabía de qué iban mis tonterías.

—¿Charlaine, has oído lo que te he dicho?

—Perdón, ¿qué? —Y dejé de pensar en Max. Lo necesitaba. No podía confiar en él. No podía permitirme bajar la guardia de nuevo.

—Alguien ha venido a verte. —Ya estaba irritado por tener que repetirlo. Llevaba platos de comida en ambas manos—. Te espera en la puerta de atrás. Pero date prisa, que esto no es un descanso.

Un pinchazo en el estómago. ¿Sería Max? No podía pensar en nadie más. Ni Brooklyn ni Aron entrarían por la puerta trasera. Se sentían completamente cómodos accediendo por la principal, como si fuesen los dueños. Mi madre los sentaba en una mesa y les servía algo de comer mientras me esperaban.

Pensé en si ir o no, pero mi padre me vigilaba y no tuve opción. Si era Max, lo tenía que echar. Aclararle que no podía volver.

Atravesé la cocina y me sentí un poco mareada. Estar en casa, su olor, no disipó mi inquietud.

La puerta de atrás estaba cerrada. Mi padre era suficientemente grosero para dejarla cerrada mientras alguien esperaba en el callejón. Quería disuadir a quien

pretendiese interrumpir mi turno de trabajo.

Inspiré hondo y giré el pomo, insegura. Abrí.

Hasta una leve brisa me hubiese tumbado en ese momento. Claude, el amigo gigante de Max, me observaba. Me quedé aterrorizada y di unos pasos atrás. Casi me caí, y el corazón me iba a mil por hora.

Intenté calmarme y miré a mi alrededor por si alguien se había dado cuenta. Todos en la cocina me miraban, también mi madre, que se secó las manos en su delantal, con la boca abierta.

Me esforcé en devolverle la mirada a Claude, al menos lo más cerca que pude de sus ojos verdes, y hablé.

—¿Puedo ayudarle? —Me temblaba tanto la voz que no parecía la mía.

—Esto es suyo. —Coló por el espacio abierto de la puerta mi cartera. Allí estaba, tan insignificante y barata, colgada de su enorme mano—. Max me ha pedido que se la devuelva. —Su voz resonó por toda la cocina, como si fuese demasiado grande para ese espacio. Todo estaba en silencio, y no necesité mirar para saber que todos nos observaban.

Seguía temblando sin querer.

—Gracias.

No respondió; dio la vuelta y se marchó. Esperé que el suelo temblara con sus pasos; pero, por supuesto, eso no ocurrió.

Solo era un hombre. Un hombre muy grande.

Vi cómo se iba, aún no preparada para el interrogatorio de los demás. Incluido el de mi madre.

Mis sentimientos pasaban de la decepción porque fuese Claude quien había venido, y no Max, a la confusión y la frustración por no poder controlar, precisamente, la manera en que me sentía.

Quería convencerme de que era mejor que Max no hubiese venido. Él lo sabía, y por eso había enviado a Claude. Pero esta lógica no me hacía sentir mejor.

* * *

Esa noche, en mi habitación, abrí mi cartera. Angelina debía estar ya durmiendo, pero, como muchas otras noches, esperaba despierta a que le leyese un cuento.

—Solo si me prometes que no harás ruido. No quiero tener problemas porque aún sigues despierta. —Sabía que mi madre nos pondría en cuartos separados si tenía conocimiento de que le leía a mi hermana por las noches—. Y después no te quejes si tienes pesadillas.

Alcancé mi libro de historia. Angelina asintió con su mirada azul, impaciente.

—Acuéstate, venga. Al menos, intenta dormir.

Le leí lo que estaba estudiando, como una de las profesoras del colegio.

Se conoce como Revolución de los Soberanos el breve periodo de la historia de Ludania en el que la monarquía fue derrocada por el pueblo, que estableció un autogobierno de líderes elegidos mediante el voto popular. Fue una idea promovida por el idealismo y acogida sobre todo por los que se habían levantado contra la reina Avonlea y el resto de la familia Di Heyse. Fue un periodo muy violento, que obligó a los miembros de la familia real a ocultarse, bajo riesgo de ser perseguidos o capturados y ajusticiados en lugares públicos para satisfacer el ansia de sangre del pueblo.

Eché un vistazo a Angelina. En general, me hubiese sentido fatal al contarle a una niña de cuatro años estas historias, pero ella ya las conocía, porque había crecido escuchándolas. Los revolucionarios no eran algo nuevo en nuestra historia como país. Era importante que entendiésemos que nuestra supervivencia dependía de tener una reina. Me acerqué a Angelina e imaginé cómo había sido esa época para los de origen noble, que sabían que debían escapar o que iban a ser ejecutados por su propia gente: quemados, colgados o guillotizados.

Seguí leyendo, ya que mi hermana me esperaba.

Se les requisaron sus bienes, y los nuevos líderes se repartieron entre ellos sus casas y sus tierras. Todos los motivos que recordaban a los antiguos monarcas, como estatuas, banderas, pinturas o monedas, fueron destruidos para no dejar ni rastro de que habían existido.

En la página había un dibujo de la antigua familia real, pues no había sobrevivido ninguna fotografía. Angelina siguió con su dedo la figura de una niña de su edad que había sido ejecutada por tener sangre azul.

Había sido un periodo oscuro en la historia de nuestro país. Me estremecí.

Pero, a pesar del idealismo, la situación del pueblo no mejoró con el nuevo gobierno. A los viejos impuestos abolidos los sustituyeron otras medidas de nueva creación. Un presidente con competencias muy amplias tomó el lugar de una reina que concentraba demasiado poder.

Angelina parecía confundida, así que me detuve e intenté explicarle en *englaise* lo que eso significaba:

—Como todo el mundo podía presentarse para un cargo, sin atender a su condición, se extendió la corrupción. Se adulteraron las elecciones y se volvieron a subir los impuestos para llenar los bolsillos de los que ejercían el poder. Se sucedieron los golpes de Estado teñidos de sangre. Reinas de otros países, con poder legítimo, se negaron a cooperar con el nuevo régimen porque los líderes no eran de descendencia real. —Miré a mi hermana y continué—: Como no teníamos reina, nuestro país se quedó aislado del resto del mundo. No participábamos en el comercio, y el pueblo se dio cuenta de que no éramos un país tan autosuficiente como creíamos y necesitábamos el intercambio con otros países. Fue una estupidez creer que un mero mortal podía ser un dirigente. Llegó la primera gran hambruna, a la que siguió una epidemia.

Abracé a Angelina. Para esta parte ya no necesitaba el libro; me la habían contado infinitas veces y me la sabía de memoria. Sentí que su respiración se tornaba más pesada y, aunque me escuchaba, se estaba quedando dormida.

—Este fue el punto de inflexión para Ludania —le susurré—. El clima de insatisfacción hacia el nuevo régimen se hizo insoportable y se perdieron muchas vidas. Los cementerios estaban saturados de cadáveres, y como tenían que quemar los que no cabían, el país se cubrió de humaredas negras que asfixiaban a la población. La gente se levantó para que regresaran los gobernantes del pasado. Pero ya no existían. Habían sido sacrificados en el altar de la revolución.

Pronuncié estas últimas palabras suavemente, porque Angelina había sucumbido, por fin, al sueño. Bueno, no importaba, porque ya conocía el final de la historia. Todos lo conocíamos.

Las facciones secretas que querían derrocar la nueva «democracia» pidieron ayuda a otros países y mandaron espías para buscar descendientes de la vieja línea sucesoria real.

Necesitábamos un nuevo gobernante. Una nueva reina.

Encontraron una. Una reina que deseaba subir al trono y sacar al país de la senda de la autodestrucción.

Cuenta la historia que era una mujer fuerte, de sangre azul y porte majestuoso. Cuando sus tropas llegaron y ocuparon con facilidad el lugar de los ejércitos débiles y poco entrenados del gobierno en vigor, tuvo cierta clemencia con sus predecesores, que fueron asesinados de forma discreta y tan indolora como fue posible. Una reina tan poderosa fue inmediatamente aceptada por las monarquías de los países colindantes, y se levantaron los bloqueos y las sanciones comerciales. La gente de Ludania tenía comida de nuevo.

Entonces, se impuso un primer sistema de división de clases, pensado para disuadir futuros levantamientos y para mantener a la gente alejada de cualquier idea de rebelión.

El idioma se convirtió en una herramienta para sellar esa división. Se declaró ilegal hablar o entender el idioma de otra clase; era una forma de guardar secretos, de dominar y controlar a los... inferiores.

Eso ocurrió hacía ya siglos, cuando las ciudades tenían nombre, y aunque algunas cosas habían cambiado, tanto el sistema de clases como la monarquía permanecían intactos. E incluso más reforzados que nunca.

Las palabras se habían convertido en la frontera más eficaz. La ley penalizaba comunicarse en otra lengua que no fuese la materna o el *englaise*. Cualquiera que mostrase disposición para aprender o entender otra, era ejecutado. Una condena disuadía a quien fuese capaz de intentarlo.

Tras cientos de años así, la capacidad para comprender los idiomas de otras clases se había perdido, haciendo imposible que unas y otras se entendiesen salvo si hablaban en *englaise*. Éramos impermeables a los dialectos ajenos.

Y a pesar de que todos éramos iguales, yo destacaba porque entendía todos los idiomas. No únicamente en su forma oral, pues era capaz de descifrar cualquier significado en cualquier formato o forma de comunicación, incluidas la visual y la

táctil.

Una vez, mi padre me llevó a un museo, uno de los pocos que no habían quemado durante la Revolución, para enseñarme cómo había sido el mundo en otra época, cómo vivía nuestra nación cuando estaba unificada. Bien, no siempre en paz, pero sí aún no dividida en un sistema de castas.

En el museo había pinturas preciosas que viejas civilizaciones utilizaban para comunicarse... escenas hechas de forma artística y artesanal que sólo podíamos entender si el guía nos las explicaba en *anglais*. Pero cuando nos describió su significado, supe que se equivocaba, que su traducción era errónea.

Yo comprendía lo que esos magníficos dibujos querían decir: conocía el verdadero significado que transmitía el arte, y se lo dije, aclarándole los mensajes de nuestros ancestros.

El guía, muy enfadado, me acusó de mentir y me incitó a pedir disculpas por mi mal comportamiento. Mi padre intentó disimular su miedo mostrando bochorno y pidiendo a aquel hombre furioso perdón por mi imaginación infantil. Le dijo que yo era fantasiosa y complicada de manejar, y me llevó fuera, lejos de los bonitos mensajes y del museo, por miedo a que el hombre descubriese que había acertado en mi interpretación y me denunciase por comprender un idioma que no era el mío.

Mi padre me riñó por la salida de tono y después me abrazó con fuerza para que no tuviese miedo y me sintiese mejor. Me recordó lo peligroso que era mostrar mi habilidad.

A quien fuese.

Nunca.

Tenía seis años, y fue la segunda vez que vi a mi padre llorar.

La primera fue cuando tenía cuatro y tuvo que matar a un hombre.

* * *

Al abrirse la puerta de mi habitación, la sombra de la silueta de mi madre se deslizó dentro con el aroma de la comida que preparaba ya adherido a su piel, tras años de trabajo en el restaurante.

—*Tú también tendrías que estar dormida, Charlaina. Mañana tienes colegio.*

—Lo sé. Casi he terminado —respondí en *anglais*, y cerré el libro. De todos modos, ya no me podía concentrar en la lectura.

Se sentó en la cama junto a mí, me apartó el cabello de la cara y me pellizcó las mejillas.

—*Pareces cansada.*

No le dije que ella sí parecía cansada. Sus bonitos rasgos se estaban marchitando, y su porte orgulloso se había debilitado. Algo me decía que mi madre no había nacido para trabajar tanto.

Tal vez nadie.

—Sí, estoy cansada.

Me besó en la frente, y el conocido aroma a pan caliente llenó mi nariz. Era el olor de mi madre. Me quitó el libro de las manos.

Un trozo de papel cayó de entre las páginas y fue a parar al pesado cobertor que nos tapaba. Mi madre no lo vio, y mientras dejaba el libro sobre la mesita de noche, cogí el papel y lo abrí.

Yo no lo había escondido allí.

Nada más leerlo, no pude evitar lanzar un suspiro.

—*¿Pasa algo, Charlaina?* —preguntó mi madre. Negué con la cabeza y puse la nota bajo las sábanas, apretada en mi puño. Cuando ella estaba a punto de insistir, sonaron los tres toques cortos de sirena que nos indicaban que era la hora de retirarse y que las calles debían permanecer despejadas. Eso la despistó y se dirigió a la lamparilla, para apagarla.

—Buenas noches, Charlie —dijo en *englaise* para mi sorpresa, porque siempre se negaba a usarlo dentro de nuestro hogar.

—*Buenas noches, mamá* —le contesté con una sonrisita y sorprendiéndola también hablando en su idioma preferido.

* * *

Cuando me aseguré de que cerraba la puerta y no volvería, encendí la luz.

Quería leerla otra vez.

O dos veces, o tres... o cincuenta más. Saqué la notita y la abrí de nuevo. Estaba un poco hecha polvo, porque la había arrugado con los dedos para evitar que mi madre la viese. Repasé las palabras borrosas y mis músculos se tensaron; se me puso la piel de gallina.

La releí y memoricé las palabras para recordarlas. Luego, devolví la nota a mi libro y apagué la lamparilla.

Escuché la respiración de mi hermana mientras dormía, al tiempo que soñaba en cómo sería oír esas palabras, y no leerlas. Que me las susurrasen de noche.

En cualquier idioma.

IX

No me atrevía a leerla de nuevo. No lo hice ni una sola vez en los días siguientes, con la nota aún doblada en la solapa de mi libro de texto escolar.

Tenía mucho miedo. Me preocupaban esas palabras, palabras que significaban tanto y llenas de promesas que no había pronunciado.

Él me aterraba.

Quería concentrarme en la clase, en el profesor que la impartía en el centro del aula. Incluso después de años de enseñar la misma asignatura, la historia de nuestra gente, la clase de los Comerciantes, lo hacía con pasión.

El horario estaba organizado en bloques de clases que incluían tres horas de historia: una hora de Historia de los Comerciantes y de nuestro lugar en la sociedad; otra de Historia del País, y otra de Historia del Mundo, bien nutrida de historias de antiguas aristocracias, democracias y dictaduras que habían emergido y caído antes del Tiempo de los Soberanos.

Como éramos Comerciantes, también teníamos clases de ventas, contabilidad y economía. Había también una hora para una materia optativa, que podía estar relacionada con el arte, las ciencias o la cocina. La verdad es que estaban bastante enfocadas a formarnos como Comerciantes, porque el arte suponía aprender sobre la industria textil, sobre la cerámica o cualquier diseño que sirviese para envasar y vender. Instrucción que nos preparaba para nuestro papel en la sociedad.

Tomé apuntes a medias de la clase, como si lo que explicaba el profesor fuese más importante que el papel guardado en el libro bajo mi pupitre.

Moví el pie y, sin querer, tumbé la cartera y todo lo que había dentro quedó esparcido por el suelo. Me agaché para recogerlo, con la cabeza baja para reunir los lápices y las hojas de papel que se habían desparramado. Lo ordené todo con cuidado en la cartera y entonces vi la nota, que sobresalía de la cubierta del libro en el que la había escondido.

Deslicé mis dedos por la superficie, impaciente por cogerla.

«No debería», me dije, y seguí tirando de ella. Me debatía entre la anticipación y el sentimiento de que era un error leerla otra vez. No merecía ni un segundo más de mi tiempo. Él no merecía el espacio que ya ocupaba en mis pensamientos.

Asegurándome de que nadie me veía, me volví a agachar y leí la nota que había memorizado.

Nadie se dio cuenta.

Sujeté la nota y visualicé las siete palabras que tenía escritas. Siete palabras que me sabía de memoria. Siete palabras que significaban tanto para mí. Desdoblé la parte de abajo, otro tercio, desviando adrede la vista.

Contuve la respiración.
Y pude leer con claridad:
Juro que te mantendré sana y salva.

* * *

Pasé el resto del día intentando olvidar la nota y deshacer el daño que me había infligido al querer leerla de nuevo. Ya no podía escapar de esas palabras, como si estuviesen grabadas en mí o hubiesen marcado las letras, a carne viva, en mi propia piel. Su significado me daba dolor de cabeza.

Me pedía demasiado con ese simple juramento.

¿Cómo podía prometerme eso? ¿Cómo podía tomar yo en serio esa promesa? Apenas me conocía, y yo, desde luego, tampoco lo conocía. No tanto como para confiar en él. No con el tipo de información sobre mí que él sabía o que creía saber.

Una información que podía llevarme a la muerte.

No podía creer sus palabras, así que tomé la resolución de ignorarlas. Olvidaría la nota. Lo olvidaría a él.

Ya no me empeñé en concentrarme en la clase y me dediqué a otras tareas. Fui al restaurante después del colegio, pese a que no me tocaba trabajar. Aprovisioné la despensa, lavé los platos, limpié las mesas y los bancos de la cocina. Hice un inventario de los víveres y ayudé a mi madre a trocear verduras. Ya no quedaba nada en lo que ocupar mis incansables manos.

Aun así, me negaba a pensar en la nota que él había escrito.

Hasta que me dije que solo me quedaba una opción.

Cogí una vela y crucé la cocina, salí del restaurante por la puerta trasera y llegué al callejón. Localicé un hueco oscuro en la esquina, lejos de las miradas de los transeúntes, y me puse de cuclillas para prender la vela. Saqué de mi bolsillo trasero la nota.

Pensé en leerla por última vez, pero no lo necesitaba. No necesitaba verla de nuevo, porque aquellas palabras me perseguirían para siempre, incluso en ausencia del papel en el que estaban plasmadas.

Sujeté el papel por un extremo y lo coloqué sobre la vela. Dudé un segundo antes de que el fuego lo absorbiese. Vi cómo la llama lo consumía y lo tiré al suelo antes de que me quemase los dedos.

Se redujo a cenizas, primero naranjas y después de color negruzco y varios tonos de gris, según se las llevaba lentamente el viento.

Me sentí mejor cuando el papel se hubo desintegrado y ya no podía ser una tentación. Así me encontró Brooklynn, en el callejón oscuro, con una vela en las manos y mirando su llama diminuta, por fin liberada.

* * *

Brooklynn era una maestra en convencerme para que hiciese cosas que no quería hacer. Siempre lo conseguía. Cuando no era mucho mayor que Angelina, Brook me convenció para que me cortase yo misma el cabello y me hiciese pasar por un chico. Creyó que sería divertido, como una broma que le haríamos al resto de la clase: había un chico nuevo en el curso.

Por desgracia, a mis padres no les pareció ninguna broma.

Y, lo que era peor, parecía un chico de verdad con mi peinado a trasquilones. Ese año, mis compañeros dejaron de llamarme Charlaina y empezaron a llamarme Charlie.

Me gustaba el apodo, incluso me pegaba más, y me volvió a crecer el pelo. Ese también fue el año en que supe que no me podía fiar de Brooklynn. No porque fuese una mala amiga... No lo era. Tampoco porque fuese vengativa o rencorosa... No. Ella era... temeraria.

No hace falta decir que muchas veces tuve que mantenerme en mis trece para no hacer lo que no me convenía.

Por suerte, esta no era una de esas veces, y Brook había llegado en el momento justo. El momento en que necesitaba su particular forma de distraerme. Cuando quería que me sacase de mi mundo y me invadiera el suyo.

Una noche con Brooklynn era lo que necesitaba para evadirme y alejar mi pensamiento de... otras cosas.

El rally en el parque sería una distracción perfecta.

* * *

Tuvimos que prometerle a mi padre que estaríamos todo el tiempo juntas —algo que era más por el bien de Brooklynn que por mí— y a mi madre que estaríamos en casa antes del toque de queda. La verdad es que no sabía dónde pensaba que íbamos a estar tan tarde, si el parque se quedaría vacío mucho antes de que sonasen las sirenas. Lo último que todos queríamos es que nos pillaran incumpliendo la ley.

Como siempre, llevaba el pasaporte pegado al pecho.

Sabía bien lo que nos encontraríamos antes de llegar a la concentración junto al río. En los tiempos en que empezaron, los rallys eran otra cosa, y su nombre aludía a algo completamente distinto. Se habían creado como espectáculos para apoyar a los que se habían alistado; eran celebraciones para animar a los novatos de nuestras tropas que soportaban una amenaza de guerra inminente por parte de nuestros enemigos de dentro y de fuera de las fronteras.

Pasaron días, meses y años, y los rallys cobraron un significado muy diferente.

Ahora eran fiestas ilegales, reuniones para jóvenes que, con la excusa del patriotismo, se celebraban en el parque cercano al río y eran un pretexto para salir por la noche, bailar, armar alboroto, cantar y divertirse.

La única vez que habían supuesto algún peligro fue cuando una multitud ebria se puso violenta, enardecida por un hombre que llamaba a la desobediencia. La violencia se expandió por todas las calles de la ciudad. Los mismos militares en honor de los cuales se habían creado los rallies mataron a algunos de los activistas.

Ya hacía meses de eso, y ahora había guardias patrullando en estos encuentros mensuales. Mantenían el orden, como una forma de evitar que la fiesta se convirtiese en protesta y caos.

Aquel día, los participantes estaban muy animados, pues la noche era más templada, en una primavera que ya tocaba el verano. La brisa de la ribera del río prometía música, bebida y baile. El sonido de los instrumentos, tocados en una ensayada armonía, llegaba más allá del exuberante paisaje del parque, hasta las calles. Era pegadizo y alegre.

Brooklynn aferró mi mano para asegurarse de que no cambiaría de idea y regresaría. No hacía falta. Me alegraba estar aquí, agradecía su presencia y la distracción que me ofrecía la celebración.

Pasamos al lado de un grupo de hombres que tocaban varios instrumentos bajo un denso conjunto de árboles frondosos. Cantaban, o más bien berreaban. Me hizo mucha gracia cómo alzaban la voz más y más para llamar nuestra atención. Brooklynn se reía y los provocaba saludándolos con la mano, guiñándoles el ojo y moviendo las caderas. Nos pidieron que nos acercásemos y que cantásemos nosotras, pero Brooklynn me incitó a alejarnos.

Nos detuvimos junto a un arbusto florido. Brooklynn cogió una flor roja y me la puso en el pelo, al lado de la oreja. Me besó en la mejilla.

—Estás preciosa. —Y me guiñó el ojo a mí también.

—¿Ya estás borracha? —le dije, cogiéndola de las manos.

Sonrió.

—Bueno, un poco.

De nuevo caminamos cogidas de la mano. Los serpenteantes senderos estaban iluminados con hileras de antorchas según nos aproximábamos al centro del parque, que era el lugar del rally, donde se celebraban todos los actos.

Nos saludaron algunas personas, conocidas y desconocidas. Brooklynn conocía a más gente que yo, en especial a los guardias vestidos de azul. Se animó a presentármelos, pero sabía que habría un momento en que incluso se olvidaría de que estaba con ella y la perdería de vista. Estaba en su naturaleza, y yo lo comprendía.

Nos invitaron a beber, y el líquido refrescante me arañó la garganta, me relajó y apaciguó mi mente. Aunque Brooklynn no necesitaba beber más, se lo tomó igualmente. Pasó entre la gente y los árboles en su plenitud y vi cómo se unía al baile. Tenía los brazos levantados por encima de la cabeza y giraba en círculos hipnóticos

que invitaban a todos a acercarse a ella.

Como siempre, deseé que Aron estuviese conmigo. Estaría a mi lado y no me dejaría sola. Pero Aron no entraba en los planes de Brook. A ella no le gustaba que viniese con nosotras. Ya toleraba bastante tener que competir con él por mi atención durante el día, así que por la noche solo estábamos las dos.

Era una norma absurda, teniendo en cuenta que cada vez que salíamos hacía nuevos amigos y me abandonaba a mi suerte.

Brooklyn bailaba con un chico de pelo desaliñado que la apretaba contra él; la cogía de la cintura y ella lo miraba descaradamente a los ojos, como si solo ellos dos estuviesen allí.

Una voz metálica cortó mis pensamientos y me hizo temblar a pesar de la agradable temperatura de la noche.

—No deberías estar aquí. El parque no es un lugar seguro de noche.

Y sentí cómo la palma de su mano rozaba mi brazo, con ternura y a la par con el tono de su voz.

Sentí mariposas en el estómago, y también angustia porque distinguí un sentimiento que me recorría, una chispa. Lo más cercano a la ilusión que podía imaginar. Disimulé y respondí dándole la espalda.

—Por suerte para mí, no es tu problema adónde voy por la noche. O con quién.

Hice que soltase mi brazo y me dirigí hacia donde la gente bailaba, buscando a Brook para no perderla entre la multitud. Así no tendría que mirar a Max. No tendría que encontrarme con aquellos ojos grises que me desconcertaban.

Oí sus pasos tras de mí.

—Charlie, espera. No pretendía decirte lo que tienes que hacer. —Lo dijo de forma educada, pidiéndome que lo escuchase.

Me negué, cabezota, a hacerlo. Pero, en realidad, me lo negaba a mí misma. Creo que ni se enteró de mi negativa a la luz de las antorchas.

Una parte de mí deseaba que me siguiera, pese a que yo casi corría para escapar de él. Se me aceleró el pulso y, confusa por mi propia reacción, empecé a marearme y a sentirme insegura.

Mi cuerpo se estremecía como si nunca hubiese estado más viva.

Su mano tomó la mía y me detuvo, parándose ante mí. De nuevo, aquella batalla en mi interior que me desbordaba. No sabía qué quería.

No quería que me cogiese la mano. Pero sí quería.

Era como si mi mano estuviese hecha para la suya, pero no podía mirarlo.

—Charlie.

Solo una palabra, ese sonido suave, y ya no pude evitar prestarle atención.

Quería dejar mi orgullo a un lado y no podía. Me acarició con el dedo, y un río de electricidad recorrió mi cuerpo.

Bajé los hombros.

—Vete a casa. No puedo mantener mi promesa si tú misma te pones en peligro.

Su promesa. Acordarme de su nota me produjo escalofríos. Aun así, me resistía a acercarme más a él.

—No me iré —insistí sin atreverme a levantar la vista. Sin atreverme a verlo y a dejar que viese qué quería esconderle tanto.

Que solo quería que estuviese cerca de mí.

Soltó mi mano, y de pronto la sentí vacía y fría. Su tono fue más duro y cortante esta vez:

—¿Y si te obligo a marcharte?

Lo miré indignada.

—¡No puedes obligarme!

Pero lo miré y supe que me equivocaba completamente. Claro que podía.

Su uniforme estaba nuevo, immaculado, e inspiraba respeto. No necesitaba más señal de autoridad para sacarme del parque y llevarme a casa.

No importaba mi opinión. Max podía obligarme a marcharme.

Puse mala cara y di un paso hacia él. Mi único conflicto ahora era solo con él, y no por él.

—¡No te atreverás! Tengo derecho a quedarme. No he hecho nada malo. ¡Yo no molesto a la gente, pero tú sí! Eres tú el que debería marcharse. —Intenté apartarlo de mi camino, pero no cedió. Ni se inmutó—. Quiero estar con mi amiga esta noche. —Mi voz rozaba la histeria—. Si hubiera sabido que estabas aquí, no habría venido.

Intenté pasar a su lado para huir, pero me rodeó con sus brazos en un abrir y cerrar de ojos.

Tenía el rostro pegado a su pecho y podía escuchar sus latidos a través de su chaqueta de lana. Podía sentir el calor de su cuerpo y la forma en la que el mío se moría por estar junto a él. Y su olor especiado, que me mareó. Deseaba más. Mucho, mucho más.

Mi fortaleza se tambaleó y se deshizo en pedazos. Encontré abrigo en sus brazos.

—Y si yo hubiese sabido que venías, habría venido solo para poder verte. —Su voz me acarició el oído. Habló de nuevo en un idioma que debía ser extranjero para mí—: *Lo único que quiero es que estés a salvo, Charlie. Siempre.*

Y con eso terminó el breve e idílico momento en el que estuvimos tan cerca que bajé la guardia. Me puse tensa antes de poder hablar. Ojalá no lo hubiese dicho.

No así.

Me liberé de sus brazos. Al mirarlo, noté que él sabía qué había hecho, en qué se había equivocado. Debía haber hablado en *anglais*.

—Charlie, lo siento.

Pero yo ya me había perdido entre el gentío, y él no me siguió. Aunque una parte de mí deseaba que lo hiciera.

Brooklynn estaba eufórica cuando nos encontramos, y aunque yo ya no estaba de humor para su alegría, lo disimulé. Estaba borracha por el alcohol y por la atención ajena. Era su estado perfecto.

Me sacó de mi escondrijo, entre los árboles de la orilla del río. Las hojas no me aliviaron, pero la oscuridad me había protegido y ocultado. Brooklynn se había empleado a fondo en mi búsqueda, y la había oído gritar mi nombre un buen rato antes de que me descubriese, metida en el agujero oscuro y enfurruñada en silencio.

—He conocido a un chico increíble. Ven a verlo. De verdad, Charlie, ¡te va a encantar!

Sus manos no me hacían sentir tan bien como las de Max. Su piel era suave y tibia, pero me rozaba con los dedos de forma insistente. Salí porque ella tiraba de mí, y me caí en medio del sendero.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no sales tú con él? No me necesitas.

Brooklynn levantó una ceja:

—Porque tiene un amigo. Un amigo guapísimo. —Siguió tirando de mí—. Venga, no te lo puedes perder.

Me resistí a caminar.

—No me apetece conocer a nadie esta noche, Brook.

Se puso brazos en jarras, desafiante. Sus ojos marrones brillaban.

—¿Por qué no? ¿Por tu soldadito?

La miré sorprendida.

—Ah, es eso. Os he visto antes. ¿Y qué, Charlie? También he visto que no te ha seguido. ¿Para qué vas a quedarte sentada aquí sola y dejar que te fastidie la diversión?

Creo que odié a Brook en aquel momento, o lo más parecido a eso.

Me había visto discutir con Max y me había dejado por ahí sola, a sabiendas de que estaba disgustada. Le preocupaba más estar con algún chico que acababa de conocer que el hecho de que yo la necesitase.

Además, estaba la forma en la que había dicho «soldadito», llena de veneno.

¿Estaba Brook celosa?

Recordé aquella tarde en el colegio, cuando Max no le había hecho ni caso pese a que ella se había esforzado para ligárselo. Brooklynn no estaba acostumbrada a que la ignorasen.

Y mucho menos si la ignoraban por mí.

De repente, me pregunté si por eso le gustaba estar conmigo, porque le encantaba ver que los hombres siempre la elegían a ella, y no a mí. Me pregunté si esa era la razón por la que no quería que Aron saliese con nosotras, pues él la conocía y prefería mi carácter.

Y, a pesar de todo, no estaba enfadada con Brook. Ni siquiera me dio envidia que cuando regresamos al rally los chicos que me presentó le hicieran más caso a ella que a mí.

Supongo que debería estar celosa. Debería estar enfadada y dolida y sentirme insignificante por su comportamiento.

Pero solo me daba pena.

Max seguía allí. No lo veía, pero sabía que estaba cerca. Podía sentir su presencia tan bien como la mía propia.

Le seguía la corriente a Brooklynn, como si me estuviese divirtiendo, también para hacerle ver a Max que me importaba un comino que él creyese que debía irme.

Brooklynn tenía razón. El chico que había conocido, el del pelo alborotado con quien había estado bailando, parecía muy simpático. Su amigo, Paris, también era atractivo. Además, eran de los Comerciantes. Iban vestidos con sencillas telas de tonos marrones y grises, a las que estaba acostumbrada. Con ellos no tenía que fingir que no los entendía, independientemente del idioma que hablasen. Ellos eran la clase de personas que me convenía.

Pero no me equivocaba cuando percibí que ambos estaban más por Brooklynn. Incluso Paris, pese a que se esforzó para que me sintiese cómoda, no podía quitarle los ojos de encima.

La verdad es que no me importó. Él tampoco me interesaba. Cada fibra de mi cuerpo quería encontrar a Max entre los asistentes; tanto, que me puse ansiosa y tensa. Yo seguía riéndome con las bromas del chico y le acepté una segunda copa, y eso que mi cabeza empezaba a dar vueltas.

Dejé que me pusiera la mano en la cadera y que me dirigiera a la zona de baile. Nuestros hombros chocaban entre sí. Me apretó contra él más de lo que me pareció bien, pero no entendí mi reacción porque me dio igual, aunque no hacía ni horas que había imaginado estar así con Max. Con Paris me ocurría lo contrario: me repelía que me tocara, no lo soportaba.

Él insistía; sus brazos eran fuertes, y se acercaba más y más.

Miré a mi alrededor e intenté no ponerme nerviosa cuando su aliento, que olía a alcohol, se mezcló con el mío. Se movía al compás de la música y decidí no montar una escenita y seguir bailando, con reservas. Cuándo acabaría la canción y cuándo me podría escapar sigilosamente eran mis únicos pensamientos.

—*Tienes unos ojos muy bonitos* —me dijo en parshon, con sus labios calientes y pegajosos contra mi cara. Me dio risa y pensé en qué momento le había dado tiempo para mirarme a los ojos mientras se comía con la mirada a Brooklynn.

Sonreí ligeramente y aparté la cara.

—Gracias.

Deseaba que la canción acabase ya. Pero no fue la pausa de la música lo que interrumpió ese baile extraño. Fue algo para lo que no estaba preparada. Algo para lo que nunca estaría preparada.

Las sirenas comenzaron a rugir, y el eco parecía venir de dentro de mi cabeza. Un estruendo infernal rompió la tranquilidad de la noche.

No eran los avisos del toque de queda.

Me quedé petrificada, atontada por el súbito caos que se desató a mi alrededor.

No podía oír ni los chillidos con todo el ruido. Me empujaban en todas direcciones; la gente intentaba huir para ponerse a salvo, para escapar del parque y buscar cobijo. Para encontrar un refugio.

Busqué a Brooklynn. ¡La acababa de ver! Y ahora no la localizaba entre la confusión y la presión de los cuerpos.

—¡Brooklynn! —grité, pero mi voz se perdió en la conmoción. Me fijé en que una chica de mi edad se cayó al suelo en plena confusión por escapar. Un hombre la atropelló y le dio con su pesada bota en la cabeza. Ella intentó apartarse arrastrándose hasta un lado del sendero, clavando los dedos en la tierra sucia, pero no podía avanzar con suficiente rapidez.

Levantó la cabeza. Parecía mareada, y la sangre manaba de un lado de su cara. Y entonces la reconocí. Era Sydney, la chica de los Consejeros de la Academia que tanto nos había importunado cada vez que pasábamos por allí para ir a la escuela. La que se había mofado de mí en el restaurante de mi familia aquella noche, creyendo que no la entendía.

Sin pensarlo, me vi corriendo hacia ella. Me arrastraron, me golpearon, me sacudieron y me empujaron. Cada uno tenía la misión de salvarse a sí mismo. Cuando por fin estuve junto a ella, casi la pisé también. Estábamos arremolinados, cuerpo con cuerpo, y por poco le pasé por encima.

Me moví como pude entre la gente, abriéndome camino con esfuerzo. Alguien me dio un tirón de pelo, y sentí como si me quemasen el cuero cabelludo. Aun así, continué mi camino desviando la cabeza y llorando de dolor.

Nadie me oía. A nadie le importaba.

Sydney todavía luchaba por arrastrarse y salir del paso. Estaba exhausta. Me rendí por un momento, pero estaba resuelta a alcanzarla. Por fin la agarré por los brazos y la moví hacia atrás, lejos del sendero, de los pies castigadores que la golpeaban.

Las sirenas continuaban con su lamento, pero no tenía tiempo para averiguar a qué se debía aquel estruendo.

Le grité al oído:

—¿Puedes levantarte? ¿Puedes andar?

Me miró, confusa y parpadeando. No sabía si me había entendido. Pero muy, muy lentamente, asintió y me tendió la mano para que la ayudase a ponerse en pie.

Primero se tambaleó y se balanceó, así que la sujeté hasta que se estabilizó. Abrió la boca para decir algo, pero no la oía. El rugido a nuestro alrededor se tragaba las palabras. Se acercó y pegó su boca a mi oído.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó con la voz rota.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Dónde vives?

Señaló con el dedo hacia el este, justo donde me había imaginado que vivía una familia de los Consejeros, en los barrios de clase alta de la parte este de la ciudad.

Mientras, yo tenía que dirigirme hacia el oeste, hasta los límites de la ciudad.

Hacia mi familia. Hacia Angelina.

Me angustié. Tenía que encontrar a mi hermana.

—¡No puedo acompañarte! —le contesté tan alto como pude—. ¿Podrás llegar allí tú sola? ¿Sabes dónde está tu familia?

Me apretó la mano, dándome una respuesta. No quería que la dejase allí. No quería quedarse sola e intentar llegar a casa.

Vendría conmigo.

Ya no había tanta gente, porque la mayoría había escapado en la oscuridad de la noche, en busca de los refugios donde poder ocultarse. Ya no corríamos el riesgo de ser aplastadas, pero en la distancia empezaron a oírse ruidos extraños, uno tras otro, incluso más altos que el interminable chillido de las sirenas.

Sydney caminó apoyándose en mí, atemorizada con cada explosión. Reconocí aquellos sonidos desconocidos, pese a que nunca los había oído.

Bombas.

Era el sonido de las bombas.

No era ni un simulacro ni un aviso. La ciudad estaba siendo atacada.

Tenía que encontrar a Angelina.

* * *

No habíamos avanzado mucho cuando alguien tiró de mí desde atrás. Antes de que pudiese reaccionar para ver quién o por qué me agarraba, perdí el equilibrio y caí de espaldas.

Caí en los brazos de Max por segunda vez aquella noche, aunque esta vez no tenía la más mínima intención de empujarlo. Tampoco lo hubiese dejado escapar; estar entre sus brazos era como estar protegida por barras de hierro.

—¡Te he buscado por todas partes! —gritó, aunque lo hubiese oído igual—. ¿Dónde estabas?

No podía ni respirar, así que cuando respondí su pecho amortiguó mi voz. Me soltó un poco y pude levantar la cabeza, y nada más mirarlo, cualquier traza de rabia se disipó.

¡Estaba preocupado por mí! Odié que se me ablandase el corazón justo en aquel momento en que las sirenas sonaban amenazantes y el sonido de las bombas retumbaba en el cielo nocturno. Recordé que Angelina me necesitaba y relegué estos nuevos y poco bienvenidos sentimientos. No era el momento para caprichos.

—¡Necesito encontrar a mi familia! ¡Necesito encontrar a mi hermana! —grité, liberándome de sus brazos y echando a correr de nuevo. Dejé a ambos allí, para que decidiesen seguirme o no.

No oía sus pasos, pero sabía que venían tras de mí. Max me alcanzó fácilmente y corrió a mi lado. Pero me preocupaba Sydney. Quizá se había caído y se había quedado atrás, pero no me paré. No podía detenerme. De vez en cuando la miraba por

el raballo del ojo para asegurarme de que nos seguía.

Las sirenas estaban por todas partes, aunque no sabía de dónde procedían las explosiones. A veces creía que corría en dirección a ellas, y otras parecía que estaban muy lejos, al otro lado de la ciudad.

O quizá eran las dos cosas.

Al salir del parque, nos topamos con hombres, mujeres, niños y ancianos que se agolpaban en las calles, pero cuando llegamos a la parte oeste de la ciudad, casi nadie deambulaba por allí. Tal vez era demasiado tarde y mi familia se había refugiado en algún lugar y no podría dar con ella aquella noche.

Porque no quería creer en la otra posibilidad... Que la guerra hubiese llegado a nuestra casa.

Casi me puse a llorar cuando doblamos la última esquina y comprobé que las casas seguían en pie, no dañadas por las bombas que arrasaban otros barrios de la ciudad.

La luz de una vela refulgía dentro de mi casa.

—¡Quedaos aquí! —indiqué a Max y a Sydney.

Sydney hizo una mueca de dolor. Le había costado mucho correr una distancia tan larga, y tan rápido. La sangre caía por su mejilla izquierda y se le había secado en el cabello. Parecía estar agradecida por aquel momento de descanso.

Corrí hacia la puerta de entrada, que se abría hacia fuera. Mi padre llevaba a Angelina en brazos y se abalanzó sobre mí.

—*¡Oh, gracias al cielo! ¡Magda! ¡Magda!* —llamó a mi madre mientras me abrazaba—. *¡Está aquí! ¡Está bien!*

Me abrazó con fuerza, y estrujamos a Angelina entre los dos. Mi madre empujó a mi padre y me apretó; me tocó para comprobar que estaba sana y salva.

Mi padre me pasó su carga, y Angelina deslizó sus dedos por mi pelo y rodeó con sus bracitos mi cuello.

—¡No! —advertí, adivinando sus intenciones—. ¡Esta vez tenéis que acompañarnos! ¡No podéis obligarnos a ir solas! —Prácticamente me desgañitaba, pero quería que me escuchasen.

Sentimos el silbido de una bomba en el aire y me asusté y me tapé la cabeza. Las explosiones eran cada vez más violentas. Y cercanas.

Mi padre negó con la cabeza, y vi su respuesta en su mirada. Lo tenía decidido.

—Nos quedamos. Os irá mejor sin nosotros.

Lo había dicho en *englaise*, algo bastante inusual en él. No sé qué me sorprendió más: que empujase a sus hijas a huir por las calles de la ciudad en guerra o que no hablase en *parshon*.

Mi madre me dio una mochila y me la colgué del hombro.

—*Hay comida. ¡Y agua!* —Nos lo explicaba al tiempo que mi padre nos llevaba hacia la entrada—. *Cuando esto acabe, iremos a buscaros. Hasta entonces, protege a tu hermana, Charlaina.* —Me sujetó por los hombros ya en el portal y me miró

fijamente. Habló con dureza, muy en serio—: *No vuelvas hasta que no tengas ni la menor duda de que es completamente seguro hacerlo. —Me sacudió—. Lo digo en serio, Charlie. Mantente alejada y evita encontrarte con las tropas de ambas facciones. Y, pase lo que pase, nunca, nunca reveles a nadie lo que puedes hacer.*

Tenía el rostro crispado por el dolor y los ojos bañados en lágrimas. Nos besó a ambas en la frente, como si quisiese recordar nuestro aroma. Luego, mi padre me instó a moverme. Di la vuelta, abracé a Angelina y corrí hasta la esquina donde nos esperaban Max y Sydney.

Unas lágrimas amargas castigaron mis ojos, pero obedecí.

Esto no podía ser real. Nada de esto podía estar pasando.

Me angustié por mis padres y por mi hermana. Pero lo peor de todo es que estaba más preocupada por mí misma, y me sentí culpable por ello.

X

Max cargó con la mochila llena de comida y se ofreció a coger también a Angelina, pero ella se aferró a mí. Estaba bien así, porque la necesitaba tanto como ella a mí.

—¡Podemos ir a los pozos! —dije en medio del constante estruendo—. Podemos escondernos allí hasta que acaben los combates.

Fui hacia delante sin saber qué camino seguir. A lo lejos, los techos de algunos edificios ardían, y esas llamas intermitentes nos decían que habían destruido hogares, tiendas y escuelas. Las llamas iluminaban el cielo, y el humo oscurecía la noche.

Las sirenas seguían sonando.

Casi nadie osaba caminar por la calle, que estaba desierta. La red eléctrica no funcionaba, y muchas farolas parpadeaban y se apagaban a nuestro paso. No me explicaba cómo podían seguir sonando las sirenas. Supongo que estaban conectadas a otra red, como una batería o algo así, que las mantenía en funcionamiento.

La oscuridad me abrumaba, y también a Angelina, porque no levantaba la cabeza de mi hombro. La envidié. Ojalá hubiese podido enterrar mi rostro en alguien y elegir no ver cómo el mundo se hundía a mi alrededor.

Menos mal que Max llevaba una linterna de pilas. No era mucho, pero cuando la encendió, pudimos ver como mínimo dónde pisábamos.

Me dolían las piernas y tenía los brazos entumecidos por cargar con mi hermana, aunque abrazarla también me daba seguridad. Y, por mucho que odiase pensarlo, tener a Max a mi lado también me hacía sentir mejor. Sydney no se había quedado rezagada, algo que en nuestras circunstancias parecía un milagro.

Todo cambió en un segundo. Mi plan seguro de ir a los pozos se desintegró como los pedazos de la promesa que había quemado. Delante de nosotros, una luz cegadora, una explosión seguida por un silbido y una detonación intoxicaron el aire. Sentí en mi boca el sabor de la onda expansiva. Me detuve y abracé a mi hermana para protegerla. Me clavó las uñas. Max, a su vez, me rodeó con sus brazos y nos llevó hasta un edificio del otro lado de la calle, lejos de la explosión.

Me pitaban los oídos, y ni siquiera podía ya diferenciar el sonido de las sirenas de la vibración que me mareaba. Me fundí en un abrazo con mi hermana, que también se tapaba los oídos y temblaba.

Una segunda explosión sucedió a la primera, bastante cerca de allí.

Max nos condujo en dirección opuesta al camino que llevaba hacia los pozos, lejos de los ataques. Me pregunté por cuánto tiempo las explosiones serían nuestra única preocupación, cuánto tiempo tardarían los soldados en llegar a la ciudad, causar más caos y provocar una masacre.

¿Cuándo podríamos estar seguros?

Por alguna razón, en ese momento me vino a la cabeza la letra del Juramento y me centré en la parte en la que hablaba de proteger al pueblo de todo peligro y daño. No lo mencionaba. El Juramento solo hablaba de salvaguardar a la reina.

Max me apretó más el brazo, y me percaté de que me estaba hablando. Intenté averiguar qué decía, le leí los labios y me concentré en los murmullos que lograba captar. Me miraba fijamente, intensamente, con el ceño fruncido.

—¿Dónde está el refugio más cercano? —Prácticamente, chillaba.

Cuando levanté la cabeza, me di cuenta de que con la otra mano tenía sujeta a Sydney, que estaba hecha un ovillo, aterrorizada.

Me convencí de que no importaba. No ahora. Solo quería poner a salvo a Angelina. Y Max, y lo que hiciese con sus manos, no era relevante.

Pensé y pensé en todos los sitios a los que habíamos ido en los simulacros, en iglesias y escuelas. Pero todas estaban a pie de calle y eran demasiado vulnerables a las bombas.

Otra explosión quebró el aire e hizo temblar el suelo. Me agaché y cubrí la cabeza de Angelina con mis brazos. Intenté calmarla susurrándole cosas, pero estaba convencida de que ni me podía oír. Me vino a la mente un lugar que podía ser seguro, más que otros. O eso esperaba.

—¡Los túneles! —recordé bajo la intensa mirada de Max. Apenas unos centímetros nos separaban de ellos—. ¡Bajo la ciudad, por donde circulaba el metro! ¡Ahora son refugios!

No necesitaba su aprobación. Me levanté y salí disparada. Corrí con la cabeza gacha y tapando con el brazo la cabeza de Angelina, como si la pudiese resguardar.

La boca del metro no estaba lejos, y esperaba que no estuviese ya bloqueada. «Por favor, que nos dejen entrar».

Angelina y yo llegamos las primeras y bajamos las escaleras seguidas por Sydney. Max esperó arriba hasta que nos cerciorásemos de que era seguro bajar. No lo esperé. Las dos puertas estaban ya cerradas, y dos guardias vestidos de azul las vigilaban.

Por primera vez, me di cuenta de que Max era un soldado y me pregunté por qué estaba con nosotras y si no debía estar en otra parte ahora que atacaban la ciudad. Quizá se saltaba sus obligaciones para acompañarnos.

Me apresuré, y casi tropecé por las prisas para acceder al refugio. Me dolían los brazos tanto que tenía una ganas desesperadas de dejar a mi hermana en el suelo, pero no podía hacerlo. Tenía que sentirla cerca. Era lo único que me daba fuerzas para continuar.

Antes de llegar a las puertas, uno de los hombres se adelantó y nos detuvo con un gesto.

—Ya no cabe nadie más. Tendréis que buscar otro refugio.

Me vine abajo y no pude articular palabra.

—Pero... pero no podemos seguir por ahí. Es muy peligroso. —Tuve que acercarme para que me pudiesen oír.

El segundo guardia, un hombre pelirrojo de piel clara, puso el dedo en el gatillo del rifle que apoyaba contra su pecho. Era una advertencia.

—No es problema nuestro. Los túneles están completos.

Las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza: que cuidara de Angelina pasara lo que pasase.

No lo pensé dos veces y di un paso al frente.

—Al menos, dejadla pasar —les supliqué, empujando a Angelina. Ella se resistió e intentó abrazarme, pero me separé de ella—. Es pequeña y no ocupa mucho. Por favor.

Me moría de pena, pero tenía que ser fuerte.

El guardia pelirrojo, el que portaba el arma, se movió con tal rapidez que me quedé anonadada y en silencio. Se echó el rifle al hombro con un movimiento seco y veloz. No pude ni apartarme, solo coger a Angelina de nuevo.

Sydney balbució algo para recordarnos que seguía con nosotras.

Miré el arma y levanté la mano.

—Lo... lo siento. No quiere... queremos problemas.

Max se acercó rápidamente y me rodeó los hombros. Yo tenía la mirada fijada en el rifle y empecé a retroceder. Angelina se escondía detrás de mí.

Entonces, la actitud del primer guardia me sorprendió. En un movimiento aún más rápido que el del pelirrojo, llevó su mano a un lado y cogió el rifle del otro. Lo desarmó en un instante. El guardia que un momento antes me había apuntado estaba completamente confundido por el giro de los acontecimientos.

Intentó protestar, pero el otro lo miró para dejar claro quién estaba al mando. Nos abrió la puerta y nos dejó pasar. A todos. Miré a Max para saber si él tenía idea de qué pasaba, pero estaba ocupado en ayudar a Sydney. Cogí a Angelina y los seguí, mirando a los guardias con desconfianza.

Las puertas se cerraron a nuestras espaldas.

* * *

Lo primero que noté fue la oscuridad. No era total, pero solo había algún reflejo de una antorcha aquí y allá, y la luz tenue de alguna vela. No veía por dónde pasaba.

La linterna de Max fue muy útil en aquel momento, otra vez, para guiarnos por el andén abarrotado y encontrar un sitio donde descansar.

Eso fue lo segundo que vi: gente. Por todas partes. No cabía ni un alfiler.

Allí abajo ya no había ruido. Ni sirenas. Pero la desesperación inundaba cada rincón y hacía el aire irrespirable. Podía oler la preocupación.

Pasamos con cuidado para no pisar piernas y pies, ayudados por la débil luz que nos permitiría encontrar un hueco donde descansar. Cuando ya no pude más, dejé a Angelina en el suelo y la cogí de la mano muy fuerte. No la soltaría por nada del mundo. La hice pasar delante de mí y la guíé con la mano para que avanzara con

seguridad.

Cuando supimos que no había espacio en todo el andén, Max enfocó la linterna hacia los mugrientos raíles de la vía. Allí, varias caras nos miraron, y Max buscó un hueco entre ellas.

—Allí —masculló por fin, dirigiendo la luz hacia un lugar despejado; mejor dicho, era un agujero entre la masa de gente apelotonada al otro lado de las vías abandonadas.

Parecía lo mejor que podríamos encontrar y asentí. Estaríamos muy apretados, pero al menos nos mantendríamos unidos. Max bajó a las vías, y las piedras resonaron mientras buscaba espacio para caminar entre las personas. Tendió la mano a Sydney, y me odié por tener celos otra vez. Pero tuve que espabilarme para ayudar a bajar a Angelina. Esta vez no se resistió a ir con él y me sorprendió que le tuviese tanta confianza, porque normalmente era reservada y prudente. Pero sus instintos no la engañaban.

En la penumbra, pude distinguir que le sonreía a Max cuando él la dejó con cuidado en el suelo. Y luego cogió la mano de Sydney mientras me esperaba. Si no me hubiese importado tropezar con alguien, no habría aceptado la ayuda de Max y hubiese saltado por mi cuenta. Pero no veía dónde caería, así que estaba obligada a tomar su mano.

Me arrastró hacia él y me vi entre sus brazos. Noté su fuerza, el calor de su cuerpo contra el mío y sus manos acariciando mi cintura cuando me bajaba mucho más despacio de lo que hacía falta, pensé. Sentí que me azoraba, pero que no era importante, que no era real.

Al poner mis manos en sus hombros y mis manos alrededor de su cuello, solo con tocarlo, piel contra piel, me puse colorada. Sentí una sacudida de deseo cuando me cogió.

Suspiré cuando mis pies tocaron la gravilla y deseé que no me hubiese oído, aunque era casi imposible, porque estábamos pegados el uno al otro. Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos, y él seguía abrazándome con sus manos en mi espalda. No me moví. Pensé en qué pensarían a su vez Sydney y Angelina. Pero seguí así, oyendo los latidos de su corazón en mi mejilla.

Oí toser y susurrar a mi alrededor, sonidos que eran continuos, pero que ni había oído hasta ese momento. Di un pequeño paso atrás, y esa separación me pareció infinita. Retiró sus manos de mi espalda, y yo las mías de su pecho, y me dirigí a Angelina. Tomé la mano que le quedaba libre. Me sentía hasta avergonzada de mirar a mi hermana y a Sydney.

Max nos abrió paso hasta el pequeño hueco. Aún era más pequeño de lo que parecía desde el andén, pero la gente se movió para que pudiésemos acomodarnos. Gracias a eso, uno de nosotros podía recostarse contra la pared de ladrillos. Los demás tendríamos que sentarnos sobre la gravilla o reclinarnos unos contra otros.

No cabía discusión sobre que era Sydney la que más necesitaba ese respaldo. De

su mejilla brotaban oscuros ríos de sangre seca y estaba pálida, incluso en la oscuridad. Se desplomó contra la pared. Yo me senté con las piernas cruzadas en la gravilla, para que Angelina se sentase en mi regazo, y Max se sentó a mi lado, hombro con hombro. Podía sentir su respiración y la fuerza de sus músculos. Al otro lado, un hombre me daba la espalda y cuidaba de una mujer y sus tres hijos pequeños.

Miré con ternura a Max y me sentí muy tímida e incómoda, algo a lo que no estaba acostumbrada. Angelina nos miró, primero a mí y luego a Max, en silencio. Se tranquilizó y apoyó su cabeza contra mi pecho. Sacó a Muffin de su abrigo, lo colocó bajo su barbilla y lo usó de almohada. Se quedó dormida.

—Es valiente, ¿verdad?

Miré a Max y no pude evitar sonreírle. Angelina era muy pequeña y parecía frágil, además de que nunca hablaba. Pero todo eso era en apariencia. Era muy lista y se daba cuenta de todo. Yo lo sabía, aunque mucha gente la subestimaba. Nunca se le escapaba un detalle y era una persona fuerte, una luchadora. Pequeña, pero con una gran capacidad para superar dificultades.

Curioso que Max también lo hubiera notado.

—Sí, lo es —contesté—. Mientras estemos juntas, estará bien.

—Quiero darte las gracias —Sydney nos interrumpió, y me sorprendió porque pensaba que dormía. Parecía derrotada—. Por lo que hiciste por mí en el parque... cuando me salvaste de ser aplastada por la gente. —Su rostro mostraba un sentimiento de culpa—. No tenías por qué haberlo hecho. No creo que yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar.

No sabía qué decirle, ni tampoco por qué lo había hecho. Si incluso les había deseado cosas malas a ella y a los otros chicos de su escuela varias veces... La verdad es que no había hecho nada para ganarse mi simpatía.

Pero era un ser humano. Cruel y desagradable, quizá, pero nadie se merecía que lo patearan.

Tampoco ella.

Las lágrimas hicieron brillar sus ojos, en el reflejo de un farol lejano, y no pude odiarla. Borré de mi mente todas las cosas horribles que me había dicho y hecho, y también que me había repetido hasta la saciedad que era de una clase inferior a la suya y a la de sus amigos de la Academia.

—Lo siento mucho —musitó, y derramó una lágrima que rodó por su mejilla hasta la barbilla—. Ojalá me puedas perdonar. —Me tendió la mano para presentarse—: Soy Sydney, Sydney Leonne.

Me mordí el labio y pensé en no responder a su gesto, pero no me veía rechazándolo. ¿O no decidí perdonarla en el momento en que la ayudé en lugar de dejarla tirada allí?

—Me llamo Charlie. Y ella —aclaré señalando a mi regazo— es mi hermana, Angelina.

Angelina levantó la cabeza para que supiésemos que estaba despierta... y

escuchándonos. Se acomodó entre mis piernas sin soltar una palabra.

—Lo siento. Por todo. No te conocía. No sabía lo que hacía... —Sydney estaba nerviosa, y me gustaba que se sintiese incómoda por todos los errores que había cometido. No se lo puse fácil. Esperé. Se encogió de hombros—. Si pudiese cambiar algo... —Sentí que su arrepentimiento era sincero—. Eso, que lo siento mucho.

Asentí. ¿Qué más podía hacer? No le podía decir que me valía su explicación, porque no era así.

Max se sentó en silencio. Pensé en lo que sabía o en lo que podía sospechar. Hasta ahora, había sido más perspicaz de lo que yo quería admitir. ¿Se acordaba de que Sydney era la chica que vio en el restaurante de mis padres aquella noche? ¿O creía que hablábamos de algo que había pasado mucho antes? ¿Entendía por qué se disculpaba? En caso de que fuese así, no lo demostró, y yo se lo agradecí.

Sydney y yo cruzamos nuestras miradas durante unos segundos, y me dejé caer contra la pared, a su lado. Me supo mal que no se pudiera estirar del todo para recuperarse. La dura pared era lo mejor que le podíamos ofrecer en este momento. Cerró los ojos. Estaba demasiado agotada para quejarse.

Ahora estábamos solos Max y yo. Con otras mil personas más a nuestro alrededor.

XI

—¿Me vas a contar lo que pasó en la entrada?

Max se aproximó, como si fuese a contarme un secreto. Como si no estuviese ya demasiado cerca. Sus ojos del color del carbón lucían casi negros en la oscuridad.

—No sé de qué me hablas —respondió, casi rozando sus labios con los míos.

Me aparté y choqué con el hombre que estaba detrás de mí.

—Creo que sabes exactamente de qué hablo. Los guardias no nos permitieron entrar porque tuvieron un ataque de bondad. Habían confirmado que el refugio estaba completo. Uno de ellos incluso me apuntaba con su arma. Y entonces algo sucedió y cambiaron de opinión. —Le hablé adoptando su misma actitud, para ver si conseguía intimidarlo. Pero no se apartó, y me vi peligrosamente pegada a él de nuevo. Quizá sentía cómo me latía el corazón—. Creo que tú tuviste algo que ver.

Hizo una mueca y puso la mano en mi mejilla. Le gustaba, y estaba segura de que percibió los latidos de mi corazón. «Fue por el uniforme», razonó tan bajito que apenas pude oírlo.

Negué con la cabeza, sin querer creer que el asunto fuese tan simple, pero no me quitó la mano de la cara, sino que empezó a acariciarme la comisura de los labios con los dedos, y tuve que cerrar los ojos. Debía haberle apartado la mano entonces. No quería que me tocara... Me repetí que no significaba nada para mí. Menos que nada.

Sus dedos se quedaron en mis labios. Abrí los ojos y él miraba fijamente mis labios.

—Eres tan guapa...

—Basta. Eso no es una respuesta.

Siguió acariciando aún más suavemente mi labio inferior. Sentí escalofríos.

—No me has hecho ninguna pregunta.

Lo miré.

—¿Quién eres?

Fue como si lo electrocutara. Quitó la mano de repente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pregunto que de dónde eres, Max. ¿A qué clase perteneces? ¿Qué idioma hablas? —Quería recordar todas las preguntas que tenía guardadas y que no me había atrevido a formular—. ¿Por qué estás aquí si la ciudad está siendo atacada? ¿No deberías estar en otra parte?

Se puso tenso.

—Estoy justo donde quiero estar.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿No deberías estar con los de tu batallón? ¿No tendrás problemas por no estar con ellos?

Me di cuenta de que había levantando la voz, pues vi que algunas personas giraban la cabeza. Me callé de golpe, avergonzada, y me disgusté con Max.

Cuando se acercó, no pensé en peligros ni en que el deseo alimentaba mis miedos. Apretó los dientes.

—¿Qué tal si intercambiamos secretos, Charlaina? Yo respondo a tus preguntas y tú contestas a las mías. —Levantó la ceja y cambió al dialecto que ya había usado antes... el que nunca había oído antes de la noche en que me fijé en él. El que se suponía que no debería entender.

No me gustaba el curso que tomaba la conversación. Me dolía el estómago.

—Da igual —me defendí, esta vez en voz baja—. Me da lo mismo lo que ha pasado. No me importa quién eres, ni de dónde eres. Es más, cuanto antes salgamos de aquí, mejor, y así no tendrás que preocuparte de que me meta en tu vida nunca más.

—Venga, Charlie. Esto se pone interesante. No vas a dejarlo así, ¿verdad?

—Déjame en paz —y giré la cara. Me ardían las mejillas de rabia, vergüenza y arrepentimiento.

Nunca me había sentido tan confundida.

Me quedé en silencio y no me presionó más. Se oían murmullos a nuestro alrededor, pero el ruido venía de arriba, de la ciudad. Nos recordaba la razón por la que estábamos aquí abajo, escondidos y acurrucados.

A ratos parecía que la violencia y las explosiones que hacían temblar el suelo por encima de nosotros estaban justo sobre nuestras cabezas, y sentía miedo por mí y por mi hermana. Sabía que no dormía, sino que no quería moverse. A ratos, el ruido sonaba lejano, y me venía la angustia al pensar en mis padres, en Aron y en Brooklynn, en quienes no estaban aquí.

No resultaba un esfuerzo no hablarle a Max. El miedo me ayudaba a ser cortante. Me consumía y emergía en forma de enfado. Él tenía la culpa. Sus secretos y sus mentiras me lo ponían fácil para enfadarme con él.

* * *

En un momento dado, nos quedamos dormidos. No podría especificar cuándo había sucumbido al cansancio, que me había perseguido para cerrarme los ojos. Angelina se había rendido a la fatiga mucho antes. Me apoyé en algo tibio... o más bien en alguien. Sentí que un brazo fuerte me rodeaba, y que me cogían la mano.

Y unos labios.

Alguien me había besado en la cabeza.

¿O lo había soñado?

Algo en mi cabeza me decía que debía despertar, que aquello era una equivocación. Pero continué durmiendo, desoyendo esa voz que me avisaba.

Estaba convencida de que los gritos me habían despertado, y también los murmullos. O las luces que habían entrado en el túnel y habían invadido la oscuridad y traspasado mis párpados.

O que me había dado cuenta de que tenía la cabeza sobre el regazo de Max, y mi mano descansaba por casualidad en su muslo.

Lo que fuese que me había despertado, daba igual. El caso es que me incorporé y busqué a Angelina. Procuré no despertarla. Me reproché haberme permitido aquella postura.

Los murmullos aumentaron.

Sucedía algo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Max, que observaba la conmoción que se había formado en la entrada.

Se puso el dedo en los labios.

—Nada —contestó con suavidad—. Quédate quieta y con la cabeza baja.

Miré a mi alrededor e intenté descubrir qué ocurría.

Junto a la entrada, las voces se convirtieron en gritos. Encendieron luces por todo el andén, aunque era difícil ver con claridad desde donde nos encontrábamos.

—¡Sé que estás aquí abajo! —la voz de un hombre emergió de las sombras como un aullido.

Hubo un silencio. Y, después, una voz más floja, de otro hombre, respondió, pero no entendí qué dijo.

Se encendieron más linternas. Estiré el cuello para ver qué pasaba.

—Charlie, baja la cabeza —me instigó Max.

Angelina se había despertado y estaba sentada y callada en mi regazo. La abracé y le dije a Max:

—¿Quién es? Su voz me resulta... familiar.

Max cambió de expresión y negó con la cabeza. De nuevo parecía vencido y atrapado. Me miró unos segundos antes de responder por fin.

—Han venido por mí. —Revolvió el cabello de Angelina y le sonrió—. Sabía que lo harían.

Abrí los ojos de par en par. ¡Lo sabía! Que Max tendría que estar en otra parte, que tendría que estar con su regimiento y no ayudando a un par de chicas de los Comerciantes a esconderse en los túneles subterráneos de la ciudad. Ni siquiera Sydney, que era de la clase de los Consejeros, tenía garantizado ese tipo de protección por su parte.

Me pregunté cuál sería el castigo por desertar. Apreté su mano.

—¿Qué podemos hacer? No tenemos dónde escondernos.

La voz que procedía del andén resonó otra vez.

—¡Sé que estás ahí abajo! ¡Sal ahora mismo!

Ahora lo había reconocido, sin duda. Sabía quién hablaba, o gritaba, en el túnel. Su voz profunda retumbaba contra las paredes y vibraba en el aire. Miré hacia arriba. Encendían más linternas, y él estaba más cerca. La gente se levantaba rápido para salir de su camino.

Era Claude, que parecía imponente con su uniforme, incluso en la miseria de aquellos túneles bajo la ciudad. Y no estaba solo. Le seguía un pequeño pelotón de soldados entre los que figuraba el otro hombre que conocía del club, el que tenía la piel oscura, Zafir. Ni él ni Claude eran el tipo de personas que se podían olvidar fácilmente.

Max me sonrió y me pareció raro. Se acercó y puso su boca tan cerca de la mía que casi me robaba el aliento.

—Pase lo que pase, ¿me prometes una cosa?

No podía ni asentir, por miedo. Y si me movía, nuestros labios se tocarían y entonces estaría perdida: no podría pensar ni hablar ni prometerle nada de nada.

Pestañeé.

Los labios de Max se abrieron.

Se oyeron pasos en la gravilla y la luz de una linterna se acercó. Casi estaban en nuestra zona, y el tiempo se nos acababa.

—Prométeme que, pase lo que pase ahora mismo, no te enfadarás conmigo.

Seguíamos cogidos de la mano, casi como parte del juramento.

El hombre de al lado se levantó y apartó a su familia del paso de los soldados que se aproximaban. El repiqueteo, que sonaba como si se tratase de mil pies, se detuvo delante de nosotros, pero Max continuó mirándome.

—Levántate —la voz de Claude rompió el silencio mientras todos los que estábamos allí observábamos la escena. Impaciente, habló en un idioma que nadie había oído nunca—. Levántate ahora mismo o te llevo a rastras. A la reina no le va a gustar nada esto cuando se entere.

¿La reina? ¿Qué le importaba a la reina la deserción de un soldado?

No tuve la oportunidad de preguntárselo. Max suspiró y sostuvo mi cara entre sus manos. Me besó con ternura y me arrastró a uno de mis sueños, al beso que soñé mientras dormía. No era momento para fantasías. Max estaba en un aprieto.

Pero parecía no importarle.

Se levantó, y noté que su actitud era demasiado relajada para la situación.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó a Claude, que mostraba muy mala cara.

Claude alzó su linterna y enfocó el rostro de Max. La luz bailaba por sus bonitas facciones. Aún sentía sus labios sobre mi piel, ahora tibia por su breve beso. Me ardían las mejillas. Me puse muy nerviosa, porque no sabía qué iba a pasar con Max.

—No es tan difícil. La gente se fija en ti. Uno de los guardias de la entrada te ha reconocido enseguida —respondió con dureza Claude.

En la distancia, uno de los guardias gritó una orden a la gente del túnel. No sabía

qué decía, pero la orden fue seguida por más gritos. Uno, y otro, y otro... El rumor se transformó en un rugido cuando las palabras del soldado llegaron a todo el gentío allí reunido. La orden que no había oído y que estaba por saber. Miré a Sydney, por si tenía idea de qué sucedía, pero estaba tan perdida como yo. Y en ese momento, los que estaban junto a nosotros empezaron a arrodillarse. ¿Qué decían para que no pudiesen permanecer en pie?

El otro hombre enorme, Zafir, se mofó.

—*¿Cuánto tiempo creías que podrías permanecer oculto?* —le dijo a Max con un vozarrón como el de Claude.

Max me miró, muy serio. Me alargó su mano y yo la tomé, para que me ayudase a levantarme.

—El máximo tiempo posible —contestó en *englaise*.

Fruncí el ceño y me pregunté por qué se comportaban de esa manera tan extraña. Por qué no lo arrestaban. Por qué se quedaban allí, de pie, charlando, mientras los demás se arrodillaban.

De detrás de mí, aparecieron el hombre y su familia y oí al hombre decir, al tiempo que hacía una reverencia: «Alteza».

* * *

Me costó asimilar aquellas dos palabras. Ni siquiera podía pensar a quién se las decían. Max me observó y esperó para ver cómo reaccionaba. Entonces lo entendí. Fui lenta, pero surgieron las respuestas.

El idioma secreto. Que Max pudiese moverse con libertad a pesar de pertenecer al ejército. La mención a la reina.

La orden para que todos se arrodillasen en señal de respeto. No ante Claude o Zafir o cualquier hombre vestido de uniforme.

Frente a Max.

Se arrodillaban ante el príncipe Maxmilian, el nieto de la reina Sabara.

Su Alteza Real.

Di una vuelta, con la gravilla crujiendo bajo mis pies, y miré a la gente arrodillada. Angelina estaba junto a mí, también observando.

El silencio llenó los túneles subterráneos y retumbó en las paredes. Ni los soldados se atrevieron a hacer ruido.

No podía ni tragar. Me pesaba la lengua. O hablar. Me dolía hasta el aire, caliente y árido, que entraba en mis pulmones.

El tiempo parecía haberse detenido.

Era como si tuviese los ojos llenos de arena. Le rogué a Max con la mirada que todo esto no fuese verdad y que él no fuese más que un... joven que había desertado.

«Lo siento», vocalizó sin voz... Palabras en sus labios, los labios que habían acariciado los míos. Los labios que me habían mentido y me habían traicionado.

Max era de la realeza. Por eso nunca había escuchado su lengua. Era el idioma de los nobles... Un idioma que solo unos pocos podían oír.

No precisamente una simple Comerciante.

Cogí de la mano a mi hermana y nos arrodillamos. No era bueno llamar más la atención ni que pareciésemos desleales a la corona. No me explicaba cómo no me había dado cuenta antes de quién era. Pero ¿cómo? Era un príncipe, un varón, y no había monumentos en su honor, ni banderas ni monedas con su perfil. Tampoco tenía un especial interés en la descendencia real. No hubiese podido reconocer su cara.

De pronto, el alboroto volvió, como si nunca se hubiese detenido. Claude me cogió con firmeza del brazo, me levantó y me llevó hacia la entrada. Me deshice de él, furiosa.

—No iré a ninguna parte contigo. Me quedo aquí.

No se atrevió a tocarme, pero me miró de forma intimidatoria. Le habló a Max.

—*Debemos averiguar lo que sabe.*

Angelina aferró mi mano. Tal vez percibía qué significaba lo que Claude hacía y la tensión en su voz.

Me pregunté qué quería decir con «lo que sabe». ¿Le habría confesado Max sus sospechas sobre mí a Claude? Me mantuve con la cabeza alta, para no darle la satisfacción de que me notaran agitada y nerviosa.

Por suerte, al menos en esa ocasión, Max era el único que decidía y negó con la cabeza.

—*Ella se queda aquí con su hermana* —afirmó de forma implacable y regia. ¿Cómo no me había percatado antes de ese tono?

Desvié la mirada y no quise ver cómo se marchaban. Max iba el primero y no volvió la cabeza.

Solo me quedé allí, sin moverme, sin querer sentir las emociones encontradas que batallaban en mi interior, sin poder responder a las mil cuestiones que bailaban en mi cabeza. Me concentré en mantener a Angelina a mi lado. A salvo.

SEGUNDA PARTE

XII

No recuerdo cuánto tiempo me quedé allí, en pie, o cuánto más siguieron arrodillados los que estaban conmigo, pero estuvimos inmóviles un buen rato. De otra parte, surgió el rumor de más pasos que no levantaban tanto estrépito como los soldados de Max.

Lo que sí sé es que la última persona a la que esperaba ver en ese momento estaba allí mirándome cuando levanté la vista.

Xander. Encabezaba un grupo variopinto de hombres y mujeres cuyas caras estaban enmascaradas por la penumbra de los túneles subterráneos. La decepción que me había llevado por lo de Max eclipsaba cualquier idea que tuviese respecto a Xander. Y es que tampoco era capaz de sentir nada, más allá de un resquicio de alivio.

Ya no estábamos solas mi hermana y yo.

Habían accedido allí desde la parte de atrás de los túneles, y no desde la entrada; por las galerías abandonadas por las que alguna vez habían circulado los convoyes bajo la ciudad. Xander se adelantó con calma. Su pequeño ejército distaba mucho del que había dejado los túneles hacía un instante. Angelina se aferró a mi pierna.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo nos has encontrado? —le pregunté cuando estuvo frente a nosotras.

Pero se puso el dedo en los labios, en señal de que no preguntase. No me dio ninguna explicación.

Alargó la mano y tuve que decidir. No fue difícil. No soportaba quedarme allí, con todos los que habían visto el episodio con Max. No soportaba ver los interrogantes en sus miradas.

Cogí su mano y me percaté de que Sydney no quería quedarse allí tampoco y también siguió a Xander. Caminamos por los pasadizos oscuros tras él.

* * *

No tenía ni idea de dónde estábamos, pero era un sitio magnífico. Quitaba el aliento.

Una ciudad subterránea, muy distinta a los túneles por los que habíamos llegado a nuestro destino. La gente —de los Marginados, creo— deambulaba por allí libremente, con sus faroles iluminando el lugar como si fuese de día.

Como en los clubes, todo era muy colorido: alfombras, vestidos multicolores, telas que cubrían superficies por todas partes y que hacían de separadores como paredes y puertas, para obtener privacidad y aislar del barullo... Olía a especias y a tabaco, a humo y a comida, y también al moho de las paredes. El sonido de

instrumentos de cuerda se confundía con las risas y los llantos de los bebés.

Un niño que escapaba de otro mayor, no sé si chico o chica, porque los rizos le llegaban a la barbilla, se coló entre Sydney y yo. Madres mecían a sus bebés mientras los niños jugaban a sus pies y los hombres estaban reunidos jugando a juegos de azar. El ronroneo del mercado me era familiar. De hecho, era como estar en medio de un gran mercado, pero sin el cielo azul sobre nuestras cabezas.

La actividad era incesante. Y el único idioma que se oía era el *englaise*. Me sentí de repente en paz.

—¿Qué es esto? —dije mientras dejaba a Angelina en el suelo, maravillada por el caos a mi alrededor. Nos paramos a observar cómo una niña dibujaba unas rayas en el polvo y un grupo de niños vestidos con los colores más diversos se dividía en grupos para empezar un juego. Los dedos de la niña estaban cubiertos por capas de mugre, y sus mejillas eran sonrosadas. Estaba muy concentrada en perfilar perfectamente unos cuadrados enormes.

Xander sonrió.

—Esta es mi casa.

Una mujer se acercó a recibirnos, o más bien a saludar a Xander, y me acordé de que ya la había visto. Era la chica del bar de Presa. Su pelo azul destacaba incluso con la luz artificial de las lámparas de gas.

—Charlie, ella es Eden.

Nos presentó e incliné la cabeza. Pensé que no existían unos ojos tan negros en todo el mundo. Tuve también la extraña sensación de que Eden no sonreía a menudo. Apenas me enseñó los dientes cuando intentó parecer hospitalaria. Supuse que era otra de las consecuencias de que los Marginados no se rigieran por las normas de la sociedad. Intenté devolverle la sonrisa. Angelina no se separó de mí, al igual que Sydney.

Xander nos invitó a continuar nuestro camino, y Eden nos siguió.

—No te preocupes, aquí estarás segura. —Miró con cariño a Sydney—. Os llevaremos de vuelta a casa cuando las sirenas dejen de sonar.

Me detuve.

—¿Cómo sabes que dejarán de atacar la ciudad y que las sirenas... pararán?

La sonrisa de Xander tenía algo de depredador, como había percibido en el club.

—Porque nosotros hemos puesto en marcha el ataque. Y nosotros lo detendremos.

No lo podía creer. Tenía tan poco sentido como que existiese aquella ciudad subterránea.

—¿Por qué? ¿Por qué lo habéis hecho?

Suspiró.

—Ven conmigo, Charlaina. Tenemos que hablar.

* * *

Angelina se quedó sin rechistar con Sydney en el cuarto que nos habían preparado. Por lo que pude deducir, había pocas estancias de uso individual, y estaba muy agradecida de que nos hubiesen asignado una. Era fría y húmeda y olía a suciedad de sótano, pero al menos disponíamos de camastros para dormir.

Me preocupaban mucho las heridas de Sydney. Necesitaba cuanto antes atención médica, y deseé que descansar le hiciese bien.

Antes de dejarlas solas, besé a Angelina en la mejilla. Aproveché para hablar con ella sin que nadie pudiese oírnos.

—No la ayudes, Angelina. Guárdate los cuidados. —Vi el miedo en sus ojos: no quería que me fuera—. Volveré lo antes posible. No tardaré —le prometí.

Angelina sabía que le decía la verdad. Nunca podría mentirle, y se tranquilizó. Accedió a quedarse con la chica.

Examiné a la mujer armada que estaba parada al lado de la entrada de nuestra pequeña habitación. Intimidaba más que cualquier otro soldado que conociese. Otra extravagancia que nos concedía nuestro anfitrión.

* * *

—¿Quién eres? ¿Quién es toda esta gente que se esconde aquí abajo? —le pregunté ahora que Angelina ya no estaba—. Me parece que son Marginados, pero ¿cómo os habéis reunido aquí?

Xander se sentó tras su improvisado escritorio, una robusta tabla de madera llena de muescas y con el barniz desgastado. Sobre ella se extendía una colorida selección de mapas y de listas desparramadas de forma caprichosa. Era como un cuartel general, establecido en otra de estas estancias esculpidas en la roca.

—No todos son Marginados, Charlie. Muchos están aquí por voluntad propia, porque han dejado su clase para vivir en libertad junto a los Marginados que no siguen las estrictas reglas de la sociedad... Otros, digamos, tienen una doble vida.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué quieren vivir en dos lugares a la vez?

—Esto no es solo una ciudad subterránea donde la gente puede entrar y salir libremente, un lugar sin normas —me explicó mientras se incorporaba en la silla y colocaba los codos sobre el escritorio—. No lo entiendes, ¿verdad? Los que están aquí tienen fuertes convicciones. Estamos juntos porque compartimos un objetivo y tenemos un enemigo común. Estás en el cuartel general de la resistencia.

Sabía que esperaba una reacción por mi parte, pero me sentía confusa y me costaba asimilar sus explicaciones. Xander rompió el silencio.

—¿Lo comprendes, Charlie? Somos los revolucionarios. —Su sonrisa estiró su cicatriz y me deslumbró—. Y yo soy su jefe.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

—¿A qué te refieres? —me atreví a preguntar. ¿Qué era aquello: una broma pesada? Me quedé mirándolo. Él irradiaba autoridad, como si irradiara calor. No lo

había percibido en el club, tal vez porque estaba demasiado temerosa de su extraña mirada plateada. O porque estaba demasiado concentrada en Max. De cualquier manera, allí estaba Xander, esperando a que me uniese a ellos.

—No... no bromeas, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Cuántos sois?

Nadaba en un mar de dudas, y por mi cabeza rondaba una nebulosa de preguntas que ni podía plantear. Él me miró con mucho interés, como yo lo había hecho.

—¿Aquí? Miles. Esta ciudad subterránea se extiende kilómetros y kilómetros. Hay entradas ocultas en cada zona del Capitolio, y tenemos tantas rutas para escapar como soldados dispuestos a morir por la causa. —Sonrió, satisfecho, y añadió—: Y fuera del Capitolio tenemos campamentos en prácticamente cada ciudad importante del país. Somos más poderosos de lo que puedas pensar, más fuertes de lo que la reina cree. —Su expresión era de gravedad—: No podemos perder, Charlie. No puedo abandonar a esta gente. Confían en mí.

Me quedé callada.

No importaba que su discurso pareciese sensato ni que creyera firmemente que su causa era justa. Daba igual si yo pensaba que Xander era un hombre bueno que trataba de cambiar el mundo para mejor.

Era un criminal. Era el líder del movimiento rebelde que pretendía destruir las bases de nuestro país. Si lo conseguía, si por algún capricho inconcebible de la imaginación llegaba a derrocar a la reina Sabara, el país se vería abocado al caos. Todas nuestras creencias, todo lo que nos habían enseñado, no servirían de nada.

Ya lo habían intentado antes. Y había resultado un fracaso.

Sin la magia que solo podía poseer una reina, no sobreviviríamos.

LA REINA

La reina esperaba, musitando con impaciencia. No estaba a gusto con tanta calma. Cuando al fin se abrió la puerta de sus aposentos y apareció Baxter, profirió un disimulado suspiro de alivio.

—¿Ha hablado? —exigió—. ¿Habéis conseguido que confiese?

Baxter vaciló. No era una buena señal.

—No, Majestad —se disculpó, tan cabizbajo y en reverencia como su espalda se lo permitía—. Aún no, aunque creemos que estamos a punto de hacerlo hablar.

Sopesó la frase, esa seguridad en el triunfo, y consideró la posibilidad, más real, de que podían matar al chico antes de que colaborase. En ese momento, ella necesitaba toda la información que pudiese recopilar sobre las actividades de la resistencia, y matar a cualquiera que tuviese detalles valiosos era contraproducente.

—Que me lo traigan —afirmó.

Baxter alzó la cabeza.

—¿Majestad?

Ella levantó las cejas y apretó los labios.

Baxter se aclaró la garganta y se retractó.

—Sí, Majestad.

Lo observó mientras él salía de la estancia de manera torpe, y se preguntó por cuánto tiempo le sería útil. Había durado en su puesto muchos años más que sus predecesores, pero empezaba a sobrepasarse con sus opiniones, a cuestionar a su reina, aunque fuese solo de pensamiento. Eso era traición. Una razón suficiente para sentenciarlo a muerte.

Tal vez, pensó, la nueva reina tendría entre sus consejeros un puesto para un traidor. Sonrió con amargura e intentó eludir el dolor que sentía hasta los huesos.

Ojalá encontrasen una nueva reina a tiempo.

* * *

Tuvieron que cargar con el chico hasta la habitación. No se podía sostener en pie ante su reina, aunque ella dudaba de que lo hubiese hecho aunque hubiese sido capaz.

Su extensa red de espías, que controlaban toda la ciudad, lo había delatado. Los espías estaban en todas las clases: entre los Consejeros, los Comerciantes y los Sirvientes, e incluso entre los mandos del personal militar. Sabían cómo obtener información mediante recompensas y promesas de mejora, convenciendo a la gente poco a poco para que revelara pistas, una tras otra.

Sabía que el chico en sí no representaba una amenaza, porque no era nadie. Pero

poseía información importante, o eso le habían asegurado.

Hizo un gesto, y los guardias soltaron al chico, que cayó como un saco a sus pies, murmurando y tocándose las costillas. Tenía los ojos hinchados, llenos de golpes oscuros, y los labios cortados y llenos de sangre. Y esas eran solo las heridas visibles.

Se esforzó por resultar convincente y educada. Algo difícil, porque ningún sentimiento la unía al chico.

—*Eres estúpido. Sea como sea, vas a decirnos lo que queremos saber.*

El chico ni se movió, lo que ella entendió como una señal de que su sensatez seguía intacta, pues había usado la lengua real. No consideró la otra posibilidad: que estaba ya tan herido que no podía responder en ningún idioma.

Lo intentó de nuevo, esta vez en *anglais*, buscando respuesta.

—No queremos hacerte daño —mintió—. Solo queremos a la chica.

Levantó la cabeza unos centímetros. Abrió la boca para contestar, pero solo pudo susurrar algo con sus labios destrozados. En su cara se veía la derrota.

Explotó con furia.

—¡Idiotas! ¡Dadle agua! ¿Me traéis a un prisionero sin haberlo preparado?

Baxter dio la señal, y una sirvienta se apresuró a cumplir la orden de la reina. Mientras esperaba, el nieto de la reina entró en la sala, seguido de sus guardias leales. Siempre con esa actitud de autosuficiencia. Inútil, como era de esperar de un heredero varón.

Estaba furiosa porque se había desembarazado de sus guardias una vez más. Era un varón, pero seguía siendo un miembro de la familia real. Tenía que cumplir unas normas y respetar las precauciones. Ya era suficientemente malo que se hubiese degradado a la clase militar.

Contuvo su ira para dejar en el ámbito privado las cuestiones personales. La insubordinación de un nieto se podía tratar en otro momento.

Maxmilian sabía cuál era su lugar, desde luego, y se mantuvo al final de la sala, en silencio, mientras ella gestionaba la cuestión.

El chico bebió ansiosamente, derramando el agua por su cara, que cayó en su camisa manchada de sangre. Cuando ya no pudo beber más, la reina decidió que era momento de preguntar.

—Sabemos que te has relacionado con un miembro de la resistencia. Te prometo que esto terminará si nos revelas su nombre.

Giró la cabeza con dificultad y miró a la reina.

—No sé de qué habla —la cortó.

Una sombra de sonrisa cruzó los finos labios de la reina.

—Venga ya, chico. No te servirán de nada las negativas. Tenemos información de primera mano, te lo aseguro. Si no sabes de qué amiga hablamos, dinos los nombres de todas y ya lo averiguaremos nosotros.

Él movió la cabeza en un gesto de negación.

—No lo haré. No implicaré a todo el mundo. No puedo.

La reina dio un respingo y se plantó ante el maltratado cuerpo del chico. Temblaba de rabia. ¡Por supuesto que quería que incriminase a sus amigos! Necesitaba localizar a los revolucionarios, aplastarlos antes de que pudiesen hacerle más daño al país. Necesitaba detenerlos. ¡Necesitaba nombres!

—¡Habla! ¡Te ordeno que hables! —gritó. La saliva se le acumulaba en las comisuras de la boca. Señaló la garganta del chico y apretó la mano, convirtiéndola en puño. Se sorprendió ante su propia reacción, ante el hecho de que se permitiese el uso de la magia, pero no pudo controlarse a tiempo.

Sintió la fuerza de su poder correr por la punta de sus dedos hacia él y rodear su garganta como una soga hecha con un cable eléctrico.

El chico se quedó rígido. Contrajo todos los músculos y luchó por respirar. Se llevó las manos al cuello y puso los ojos en blanco. Con sus dedos parecía querer abrir alguna vía en su carne, para poder respirar. No sabía contra qué luchaba.

La reina observó la escena con indiferencia, sin inmutarse por los intentos del chico por sobrevivir y disfrutando de su demostración de poder.

Ese chico era un tonto. ¿Prefería morir a confesar los nombres de sus amigos? ¿Se sacrificaría por los que estaban contra la reina? Era un tonto y un traidor.

Al fin, cuando creyó que le había dado una lección, cerró los ojos y bajó la mano. Lo liberó de su poder. Se recostó en su trono e intentó que no se le notase el cansancio.

El grito ahogado del chico llenó la estancia, seguido por un segundo y un tercero. De las marcas de uñas que había dejado en su propio cuello al luchar contra la fuerza invisible brotaban gotas de sangre fresca.

—Llévoslo —ordenó la reina, retirando la vista de él como si no pudiese seguir mirándolo—. Que consigan la información que necesito. A cualquier precio.

MAX

Max ni pestañeó, algo en lo que empleó toda su determinación mientras le tocó presenciar la escena. Entendía que era preciso mantener el orden, pero no podía aprobar de ningún modo la manera con que su abuela, la reina, manejaba sus asuntos. ¿Cómo podía justificar esa clase de tortura?

A su lado, Claude y Zafir seguían inmóviles. No les convenía intervenir.

Sin embargo, no era el chico el que había llamado la atención de Max una vez que la reina había regresado a su trono tras liberarlo de su encantamiento. Observaba a la reina con disimulo.

Aún conservaba el poder tan férreo como siempre, como había demostrado. Pero una demostración de ese calibre requería una energía que Max estaba seguro que ella tenía que ahorrarse. Ya era demasiado vieja para esas muestras de fuerza. Nadie lo había percibido, pero la reina se estaba consumiendo ante sus ojos.

Los guardias levantaron al chico del suelo. Dos hombres lo sostenían, y Max sintió angustia al ver su maltrecho rostro. No era la primera vez que daba gracias al hecho de ser varón y que las obligaciones referentes al gobierno de Ludania no recayesen sobre sus espaldas.

Mientras se lo llevaban a rastras, el chico levantó la cabeza un poco. Lo suficiente. Vio a Max. Y Max lo reconoció casi inmediatamente. Se le aceleró el pulso. Ahí sintió que aquello podía acabar muy mal.

Si hubiesen estado solos, Max habría avisado al chico, le hubiese recomendado que no hablase.

Pero no lo estaban.

Y la reina, así como todos los que estaban en aquella estancia, oyeron cómo el chico acusaba a Max cuando se dio cuenta de dónde lo había visto antes.

—¿Dónde está Charlie? —Aron se revolvió contra los guardias, intentando liberarse de ellos, y gritó, sin darse cuenta de que le había regalado a la reina lo que quería: un nombre—. ¿Está aquí, hijo de puta? ¿Qué le has hecho a Charlie?

XIII

—No podéis vencer —resumí, pese a que no sabía si estaba en lo cierto. Pero tenía sentido, porque él hablaba de derrotar a un ejército.

—Podemos y lo haremos —insistió Xander, y sus ojos metálicos brillaron—. Sabara ha derrochado demasiada energía luchando contra nosotros en pequeños conflictos. Ni siquiera se ha dado cuenta de que mientras tanto hemos conseguido aliados fuera de nuestras fronteras. Ya es demasiado tarde. Hay muchas reinas que quieren ver el fin del gobierno de Sabara. Somos poderosos, Charlie, más de lo que ella cree.

Había tanto que asimilar que no entendía nada. Además, mis pensamientos estaban perdidos en preocupaciones y miedos.

—¿Cómo puedes hacerle daño a tu propio pueblo? ¿Cómo puedes atacar la ciudad?

Xander hizo una mueca y bajó la guardia. No sabía por qué me confiaba sus secretos tan fácilmente.

—Hemos intentado causar el menor daño, pero a veces no se puede evitar la violencia. Tiramos bombas e incendiamos edificios por razones estratégicas. Eran instalaciones militares y puestos de control. Nos mantuvimos alejados de los refugios cuanto pudimos y no atacamos los barrios hasta que las sirenas avisaron a todos para que evacuaran la ciudad.

—¿Y si no querían marcharse? ¿Y si quedaba gente en las casas? —No pude evitar pensar en mis padres.

Se tocó la mejilla de forma mecánica, siguiendo la pálida línea de su cicatriz.

—Espero que ya no quedase nadie.

No servía como respuesta, y ambos lo sabíamos.

—Necesito volver. Necesito saber que mi familia está bien. Y mi amiga... No la encontré en el parque...

No sabía si Brooklynn había conseguido llegar al refugio y me sentí culpable.

La reacción de Xander fue inesperada. Recuperó su actitud altiva.

—¿Te refieres a Brooklynn?

Sabía su nombre.

Asentí, pestañeando una, dos, tres veces. Aquella noche en el club, Xander admitió saber mi nombre, así que no debía sorprenderme que supiese también el de Brook.

Xander le hizo un gesto a Eden, que estaba allí, al margen de la conversación, observándonos con sus impolutos ojos negros. No la había visto moverse, pero estaba segura de que también le había hecho un gesto.

De las sombras surgió un grupo de soldados de Xander que marchaban al unísono con sus uniformes poco conjuntados y sus armas destartaladas. Eran lo contrario a unos militares, pero parecían igual de formidables. Se acercaron poco a poco, con un comportamiento muy ordenado para un grupo que parecía tan desorganizado.

Una chica dio un paso al frente de la milicia, dirigiendo el paso, con un rifle de combate colgado del hombro.

Era Brooklynn.

* * *

Hice caer la silla cuando me levanté para acercarme apresuradamente a ella. La sujeté por los hombros, sin creer que estuviese allí, la abracé y le susurré a su mejilla sucia:

—Estás bien. Gracias al cielo que estás bien.

Pero la persona a la que abrazaba parecía otra Brook. Y su aspecto era diferente.

Se apartó de mí y miré su rostro, más duro de lo habitual. Más fuerte.

—Nunca corrí peligro, Charlie. —Incluso su voz sonaba distinta. ¿Cómo podía haber imaginado todo esto?

No sabía cómo reaccionar: me dolía la cabeza y sentí que se me partía el corazón. En un solo día, demasiadas cosas habían cambiado.

Xander se puso junto a mí y observé por un momento una pequeña sombra de la antigua Brooklynn, de mi amiga de siempre, tras la fría fachada que ahora la ocultaba. Al mirarlo, la adoración por él era evidente.

—Que tu equipo salga fuera —ordenó Xander a Brooklynn. Era una orden, con un tono significativo—. Que vayan a la casa de los padres de Charlie y les hagan saber que Charlie y Angelina están a salvo, que están bajo nuestra protección ahora.

Me acarició el hombro. Tenía una mano fuerte, y sus palabras me aliviaron. Pero entonces la luz se apagó en los ojos de Brooklynn.

Xander. Brooklynn sentía algo por Xander.

LA REINA

La reina Sabara esperó hasta que la habitación estuvo vacía, hasta que solo quedaron ella, Max y sus dos guardias, y entonces habló. Aprovechó para recuperarse un poco. Pero su voz sonó tan dura como el acero.

—¿Quién es esa chica, Maxmilian? ¿Quién es la chica que el Comerciante ha mencionado?

Su nieto se adelantó con expresión seria. Pero su voz no supo disimular que mentía:

—Nadie importante, solo una chica que conocí en un club.

Su lealtad había quedado en entredicho. Ella lo observó y apretó tan fuerte los reposabrazos que le dolieron los nudillos. Tenía que ser astuta.

—¿Qué club? ¿Tal vez el último en el que se refugió la resistencia? ¿Ese club?

Él levantó una ceja, sin querer, y entonces ella tuvo la respuesta antes de que las palabras tocasen el aire.

—No me acuerdo. Puede ser ese club.

—¿Y la chica estaba con alguien conocido? ¿Tal vez con miembros de la resistencia?

Él se inclinó en una reverencia caballerosa, aunque la reina sabía perfectamente que aquella no era una muestra de respeto. Quería ocultar la mentira que se reflejaba en su rostro.

—No, Majestad. No estaba con nadie.

Uno de los guardias carraspeó y la reina se enfurruñó. Sus palabras resonaron:

—Te recuerdo que el perjurio contra tu reina está castigado con la muerte. Si tienes algo que añadir, es el momento de hacerlo.

La única respuesta que recibió fue la inoportuna aparición de Baxter en la sala del trono, interrumpiendo la advertencia. Ella y su nieto mantuvieron la mirada. El chico no había despertado su interés hasta entonces, pero ahora sospechaba de él como autor de un engaño, de ocultarle información, importante o no. La subversión podía llegar de tantas maneras...

—Te advierto, Maxmilian, que si descubro que esa chica es un miembro de la resistencia, no dudaré en mandarte a la horca con ella.

La sangre corrió por sus labios, de tanto que los apretaba. No bromeaba.

—Por supuesto —contestó el chico con tranquilidad, como si estuviesen discutiendo sobre una fiesta o un cuadro o sobre el tiempo... y no precisamente sobre una amenaza de ejecución. Se inclinó para saludar de nuevo antes de salir de la sala.

Cuando él y sus guardias hubieron abandonado la estancia, Sabara se desplomó sobre su trono, sin aliento y abrumada por un sudor frío. Le costó darse cuenta de la

presencia de su consejero.

—Cueste lo que cueste, Baxter, quiero que encontréis a esa Charlie antes de la salida del sol. Si posee información sobre la resistencia, quiero saberla.

Baxter se estiró y aclaró la garganta.

—Sí, Majestad. Enviaré a nuestros hombres a localizarla inmediatamente. Si ella sabe algo, lo averiguaremos.

La reina no conseguía sacarse de la cabeza la imagen insolente de su propio nieto. Despreció a Baxter con una mirada rabiosa, contenta de que alguien mostrase miedo ante ella.

—¡No! Tráela aquí. Si sabe algo, yo misma se lo sacaré. —Sus labios se abrieron para formar una sonrisita cruel—. Además, siento curiosidad por saber quién es la chica por la que mi nieto está dispuesto a arriesgar su vida con tal de protegerla.

MAX

Max se adentró en sus aposentos y esperó a oír cómo se cerraba la puerta. Sin ni siquiera mirar, sabía que no estaba solo.

—¿Nos condenarías a todos por una chica? —Era Claude quien lo acusaba.

Max le daba la espalda a sus guardias. Le traía sin cuidado que estuviesen enfadados con él. No tenía tiempo para considerar sus opiniones y su preocupación. Siempre había sido leal a su país y a la Corona, pero no podía dejar de pensar en Charlie...

... y en lo que su abuela —su reina— haría si la encontraba primero.

—No tengo por qué daros explicaciones —les contestó con desinterés. Pero sabía que estaba siendo injusto, y se dio la vuelta para decir—: Además, ¿desde cuándo eres tan ingenuo? Nunca has corrido peligro. No he mentido. No sé dónde está.

—Pero sabes tan bien como yo que conoce a Xander. Los vimos juntos en el club. E independientemente de que pertenezca o no a la resistencia, estar con su líder es un asunto peligroso. A la reina le encantaría saberlo.

—¡No! —dijo Max bruscamente—. Eso es irrelevante. Está tan involucrada en la resistencia como yo.

Le dio la espalda, dando por concluida así la conversación.

Claude tenía razón, desde luego. Max ya había hecho sus conjeturas aquella noche, cuando vio a Charlie con Xander. Pero él conocía un detalle que ni Claude sabía.

Una verdad que no podía arriesgarse a que su abuela descubriese.

—Tenemos que salir de aquí —Max se acercó a la puerta otra vez, a sabiendas de que Claude y Zafir lo seguirían—. Tenemos que encontrarla antes de que la reina lo haga.

Tenía que mantener a Charlie a salvo.

Había hecho un juramento.

XIV

No me quedaba otra que esperar para saber algo de mis padres. Y la espera era insoportable. Hasta aquel momento, lo único que me había preocupado era proteger a Angelina, y ahora ya estaba lejos de cualquier peligro. Xander lo garantizaba.

La abracé en el camastro que compartíamos, con mi barbilla contra su cabeza. Así solíamos dormir muchas veces. Sydney estaba muy inquieta en su propia cama, y no hice caso a sus quejas. Estaba acostumbrada a lugares más lujosos, a colchones mullidos, a sábanas finas y a la calefacción.

Los ruidos de fuera ya resultaban un poco más difíciles de ignorar. No teníamos puerta, sino una apertura tallada en la roca. Lo único que nos separaba de la actividad externa era una sábana colgada de la pared de piedra. No había diferencia entre el día y la noche, ni un toque de queda que acatar.

Hacía más frío aquí abajo, y Angelina temblaba. Le coloqué la manta enmohecida sobre los hombros y la abracé con fuerza. Sin noticias de mis padres, no podía dormir, al contrario que Angelina y Sydney. No hasta que Brooklynn regresara.

Brooklynn. Era muy extraño sentir que ese nombre ya no le iba a la chica. Brooklynn, mi Brooklynn, era despreocupada y egocéntrica. Esta Brooklynn, la que había conocido hoy, no tenía nada que ver con ella. Era una soldado.

¿Cómo es que no sabía de esta otra Brook? ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? ¿Y cuál era la verdadera Brooklynn?

Se oyeron unas carcajadas más allá de nuestras paredes. Tanta alegría no encajaba mucho con las frías cavernas de una ciudad asediada. Un país en guerra civil. Pero la verdad es que a esta gente, los Marginados que compartían un solo idioma, se les veía más contentos que los que vivíamos en la superficie, los que estábamos segregados por las palabras y gobernados por el miedo.

Cerré los ojos y apareció una vez más Max, y también deseé, una vez más, que desapareciese de mis pensamientos. Solo me faltaba agobiarme por sus decepciones mientras esperaba recibir algún dato sobre mis padres.

Pero él seguía allí, dentro de mi cabeza.

Un príncipe. Nacido para llevar una vida noble y haciéndose pasar por... menos. Por eso su familia se oponía a su puesto en el ejército. Por eso, Claude y Zafir eran su sombra allí donde iba. No eran ni sus camaradas ni sus amigos. Eran sus guardias, que habían jurado defenderlo con sus vidas. Cada miembro de la realeza los tenía, hasta una chica Comerciante lo sabía.

¿Por qué yo? ¿Por qué interesarse por una vulgar hija de Comerciante?

Dijo que yo le despertaba curiosidad.

Pero por curiosidad uno no se metía en enredos inconvenientes, y menos aún si

eran románticos. La curiosidad pasaba a ser entonces excentricidad.

Y mis labios seguían ardiendo.

Los rocé contra la cabeza de Angelina, para ver si borraba su beso.

Era injusto. Podía haber elegido a cualquier otra chica, y ella hubiese sucumbido feliz a sus encantos, incluso sabiendo que era una relación pasajera.

Pero era yo la que había despertado su curiosidad.

XANDER

Xander recorrió los oscuros y poco transitados pasadizos donde podía estar a solas. Le preocupaba haber sido tan franco con Charlie sobre quién era, quiénes eran todos ellos. Si todo acabase ahí... Pero pronto tendría que revelarle el resto, y temía perder su confianza. Se negaría, de eso estaba seguro. ¿Cómo no hacerlo? Era una chica sensata, y nadie en su sano juicio podría aceptar lo que él sabía.

—X, el equipo ha vuelto. —Eden interrumpió sus cábalas. Al girar la cabeza, se percató de que estaba acompañada por la belleza morena a quien había puesto al mando de la misión.

Brooklynn había resultado ser una pieza muy valiosa para la resistencia. Había sido una espía competente que se ayudaba de su belleza para conseguir aflojar la lengua a muchos hombres. Los miembros del ejército no eran inmunes a las atenciones de una chica guapa. La mayoría de ellos no se daban cuenta de su inteligencia.

Xander sabía que no podía subestimarla. Era tan ambiciosa como astuta, una combinación mortífera. Una ventaja siempre que se manejase con cuidado.

—¿Y? —preguntó Xander, ya que ninguna de las dos mujeres armadas hablaba—. ¿Qué ha sucedido con los padres de Charlie?

Brooklynn dio un paso atrás, con expresión seria. Se puso nerviosa, le costaba hablar, aunque él se preguntó si era una pausa ensayada, como otras muchas cosas que hacía para causar impresión.

Eden, más impaciente, odiaba el suspense calculado.

—Han llegado tarde —contestó a Xander, firme y con expresión dura—. Los padres de la chica se habían ido ya.

XV

El desayuno fue interesante. El comedor estaba organizado más como un frenético bufé libre que como el limpio y tranquilo restaurante de mis padres. La «cocina» estaba situada al final de un pasadizo sin salida y rodeada por filas y filas de mesas, sillas, cajones y cajas variadas que se usaban para comer. Algunos comían también de pie, llevándose directamente la comida de sus boles a la boca, sin molestarse en utilizar cubiertos o preocuparse por los modales. Otros estaban tirados en el suelo, en hileras, en los espacios que quedaban libres por los rincones y contra las paredes. Preferían estar solos a sentirse como sardinas en medio de los que estaban sentados a las mesas.

Ocho tinajas enormes se alineaban frente a una pared. En cada una había cereales cocidos para desayunar, tan pasados que eran más una crema pastosa. Los hombres y las mujeres que se encargaban de las tareas de la cocina controlaban la distribución de los cereales calientes para que nadie se sirviera más cantidad que la marcada por su bol individual.

Angelina, Sydney y yo esperábamos nuestro turno en silencio. Angelina miraba y escuchaba fascinada. El hombre que teníamos detrás no paraba de comentarle cosas. No le quedaba ni un diente, y los labios se le pegaban a las encías. Le preguntó a Angelina su edad, dónde vivía y cómo se llamaba su muñeca, sin ni siquiera respirar entre frase y frase y sin pensar en que ella no le contestaba.

Cuando nos tocó, cogimos nuestros boles de forma educada y dejamos que una mujer grande que llevaba un delantal a cuadros nos pusiera una rebosante cucharada en el bol, y luego buscamos tres sitios en las mesas.

Los cereales no olían a nada ni tenían color, pero alimentaban. Eran consistentes y saciaban, y animé a Angelina a comer, a pesar de que ella no quería. No sabía cuánto tiempo nos quedaríamos allí ni cuándo podríamos comer de nuevo.

Solo sentía incertidumbre.

Sydney estaba sentada frente a mí y Angelina y tenía un aspecto muy diferente al de la noche anterior. Entonces, su complexión era tan enfermiza que la palidez la hacía parecer estar más cerca de la muerte que de la vida. Me había quedado despierta solo para asegurarme de que respiraba. Esta mañana, a pesar de que había dormido con dificultad, de nuevo tenía las mejillas sonrosadas y la mirada clara, aunque la sangre seca seguía impregnada en su pelo y en un lado de la cara.

—¿Vino un doctor a veros a ti y a Sydney mientras yo me ausenté anoche? —le pregunté en voz baja a Angelina. Pero ella negó con la cabeza y se quedó mirando con expresión culpable el bol de cereales. Le cogí la mano por debajo de la mesa y la obligué a mirarme.

—Te dije que no la ayudaras —la reprendí bajito para que Sydney no nos oyese—. No puedes ir por ahí curando a la gente. ¿Y si alguien te ha visto, qué? ¿Y si Sydney se da cuenta de lo que puedes hacer? —Apoyé mi frente contra la suya—. Debes tener cuidado —repetí las palabras de mi padre— siempre.

Sydney desconocía que se sentía mejor gracias a Angelina. Se notaba en la manera en que actuaba, más atenta a su bol de cereales, que dudaba en probar, que a nosotras. No disimuló el asco que le daba la comida.

—No está tan mal —insistí a Angelina, que observaba la expresión de horror de Sydney—. Solo tienes que acostumbrarte a la textura. Venga, pruébalo.

Sydney se metió la rústica cuchara en la boca y tragó otro poco. Intentó sonreír para que Angelina se animase, para mostrarle que tampoco estaba tan mal, pero no resultó muy convincente, incluso para una niña de cuatro años.

Angelina aún apretó más los labios. Nos quedamos sorprendidas cuando Brooklynn se sentó a su lado y dejó su bol encima de la mesa.

—Traigo esto. —Sacó del bolsillo un botecito con caramelo y vertió una generosa cantidad en el bol de Angelina—. Lo mejora. No lo hace delicioso, pero sí lo mejora.

Mi hermana sonrió a Brook, nuestra amiga de siempre, alguien a quien conocía desde que era un bebé. Brooklynn le devolvió la sonrisa. La Brooklynn de siempre. La verdadera Brooklynn.

—¿Qué es este lugar para ti? —le pregunté a Brook.

Angelina estaba más animada después de haber comido, y mecía mi brazo mientras paseábamos. Dormir y comer eran la mejor cura para los menores de diez años.

Por desgracia, yo estaba en otra categoría.

—Para mí es como un hogar lejos de mi hogar, pero para muchos de los que están aquí, esto es su hogar. —Brooklynn nos lo explicaba mientras nos guiaba por los túneles y nos enseñaba la ciudad.

Sydney había optado por volver al cuarto para echarse en la cama, ofreciéndonos un falso bostezo para darnos a entender que estaba agotada. Pero su negativa tenía más que ver con huir de Brooklynn, que miraba inquisitiva a la chica de los Consejeros en cuanto tenía ocasión.

—La mayoría de estos pasadizos estaban en desuso desde hace años, y algunos ni existían cuando los Marginados empezaron a llegar aquí. Hemos cavado nuevos túneles que conectan los del metro con los pozos fuera del Capitolio. Como si tuviésemos nuestra propia ciudad aquí abajo.

—¿No te da miedo que te cojan? ¿Que los hombres de la reina te encuentren?

Brook puso cara de que yo decía tonterías.

—Para eso tendrían que saber dónde encontrarnos. Y aunque hallaran una entrada, los túneles son largos y laberínticos. Se perderían antes de llegar hasta nosotros. —Sus dientes resplandecieron, perfectos y blancos—. Llevamos casi una década aquí abajo, y nadie nos ha encontrado nunca.

Angelina me soltó la mano cuando topamos con un grupo de niños que jugaban. Se quedó mirándolos en silencio. Frente a nosotros había un dibujo como el que la niña trazó en el polvo el día que llegamos. El juego estaba en marcha y hacían turnos para lanzar guijarros a los cuadrados, para luego avanzar hasta el recuadro donde había caído su guijarro. Cuando ya no quedaran piedras que lanzar, usarían sus cuerpos como fichas, para eliminar a los otros jugadores.

El juego era «Príncipes y peones», un pasatiempo basado en la estrategia que todos los niños del reino conocíamos.

Los niños reían, algo que Angelina no hacía casi nunca. Pero tiró de mi mano para pedirme que nos acercásemos, que la ayudase a acercarse a ellos.

—Ve a ver si te dejan jugar con ellos —le susurré.

Le sonreí a Brooklynn mientras Angelina se alejaba hacia el animado grupo que jugaba.

—Y tú, Brooklynn —al final saqué el tema, ya que Angelina no nos podía escuchar—, ¿cómo llegaste aquí?

No vaciló.

—Siempre he estado aquí, Charlie, aunque no lo supieses. Casi nací aquí. Mi madre era miembro de la resistencia antes de que Xander se convirtiese en nuestro líder. Ella creía que el mundo sería mejor si no existía el sistema de clases. —Los ojos marrones de Brook se enternecieron cuando empezó a hablar de su madre—. Hasta que no fui suficientemente mayor, justo antes de que muriera, no me confesó sus verdaderos ideales y su pasión por la causa. Por entonces, yo ya conocía a esta gente. Había pasado tanto tiempo aquí abajo que me sentía parte de ellos. Aquí nadie tiene que aparentar lo que no es. Solo hay un idioma, una única clase. —Cambió el tono—. A veces, en lugar de ir a casa, vengo a dormir aquí. Mi padre ni siquiera se da cuenta de que no estoy.

Me sentí avergonzada por no haber hecho nada cuando estaba tan sola.

—Entonces, ¿tu padre no apoya la causa?

Hizo una mueca.

—Qué va. No tiene ni idea. Está contento con su vida rutinaria. No causaría problemas, ni mucho menos rechazaría a la reina.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros, como si su respuesta no tuviese ninguna importancia.

—Creo que si mi padre hubiese sabido que mi madre estaba por la causa, la habría denunciado él mismo.

—¿De verdad? —Me sorprendí con su afirmación—. Pero se quedó destrozado cuando ella murió... Desde entonces no parece la misma persona que era.

—No he dicho que no la quisiera.

—¿Me lo ibas a decir?

—No —confirmó. La negativa fue total, pero me pareció notar cierta culpa en su voz. Luego dio la vuelta y se alejó. Me sentí decepcionada y abandonada. Necesitaba

respuestas.

XVI

Golpeé la pared con el puño, totalmente frustrada.

—¿Qué quieres decir con eso de que «te está costando» encontrarlos? Tú mismo me confirmaste que ya no hay combates. ¿Es tan difícil? Tienen que haber regresado del refugio. —Odiaba esa sensación de que me escondía algo, de que había algo que no me había dicho—. ¿Miraron en nuestra casa? ¿Y en el restaurante?

Xander dijo que sí, cogiéndose las manos con tanta parsimonia que tuve que contenerme para no tirarme sobre él, sacudirlo y gritarle que se equivocaba, que habían buscado en los lugares equivocados.

Pero sabía que la que me equivocaba era yo. Brook se había encargado de dirigir al equipo de búsqueda, y ella sabía exactamente dónde buscar a mis padres, dónde podían estar.

—Seguiremos con la búsqueda, Charlie. Te juro que los encontraremos. Hasta entonces, debes descansar. ¿Has podido dormir?

No respondí. No estaba de humor para contarle si dormía o no.

—¿Cómo acabará todo esto? —dije, levantando las manos, exasperada—. Si derrocáis a la reina, ¿qué pasará?

Xander sonrió y no se resistió a cambiar de tema.

—¿Qué quieres saber, Charlie?

—¿Qué pasará con la reina? ¿Quién gobernará cuando derroquéis la Corona? —Lo miré fijamente—. ¿Tú? No creo que puedas hacerlo sin los poderes de una reina. Ya lo intentaron otros.

Xander habló con calma, sin dudar.

—No sé qué pasará con la reina. —Se encogió de hombros—. Eso es asunto suyo. Si pretende complicar las cosas, tendrá que morir...

—¿Será ejecutada? —le reté.

—Exacto —asintió. ¿Por qué me sentí aliviada de que no intentase mentirme? ¿Por qué con esa simple confesión se ganó un poco más mi confianza, aunque fuese solo un poco? Oí pasos tras de mí y descubrí a Brook—. Por lo que respecta a un nuevo gobernante, tienes razón. Necesitamos a una reina que la reemplace.

Me burlé de su respuesta.

—¿Estáis chiflados! ¿Dónde vais a encontrar a otra regente que quiera venir a nuestro país y ocupar el lugar de la reina?

—No necesitamos acudir a otra casa real. Ya tenemos una en nuestro país. Los descendientes de la original, los que sobrevivieron al derrocamiento hace más de doscientos años.

—¿Y dónde están? ¿Por qué nadie sabe que existían?

Xander mantuvo la compostura.

—Han estado ocultos. ¿Cómo no? Su sola existencia es una amenaza para la monarquía. Si los hubiesen descubierto, habrían sido capturados y ejecutados por la Corona.

—¿Y qué es lo que ha cambiado?

—Se nos agota el tiempo. Sabara se hace vieja y necesita una heredera ya. Ha estado buscando también a esos descendientes, con la esperanza de encontrarlos antes que nosotros y traspasarles su maldad antes de que los hagamos partícipes de nuestras ideas, de que el sistema de clases ya no es necesario. Si los encuentra, los embrujará.

No entendía ni una palabra de lo que decía. Si son los verdaderos descendientes, ¿no los apoyaría el pueblo? ¿Por qué no habían luchado por recuperar su reino en todo este tiempo? ¿Por qué nadie había intentado devolverlos al poder?

—Es muy sencillo: porque no existía ninguna niña entre ellos. Tiene que haber una princesa que herede el reino.

Le dirigí una mirada escéptica.

—¿Hay una ahora?

Brooklynn se movió, pero no habló.

—Eso creemos.

Algo extraño corría por el aire, porque se me puso la piel de gallina.

—¿Cómo lo sabéis?

Brooklynn intervino para contestarme ella, y no Xander:

—Charlie, creemos que la hemos encontrado.

Estaban equivocados. Todo esto era una locura. Ni mi familia ni yo teníamos nada de reales. Yo era una Comerciante, así de claro y simple. Éramos comerciantes que trabajábamos al servicio de la Corona.

* * *

Miré a Angelina, que dormía. Sus mechones rubio platino creaban un halo en la oscuridad. Era absurdo imaginar que fuese noble. No éramos princesas.

—Despierta. —Le hablé con suavidad y la sacudí un poco. Me sentí culpable por dejarla dormir tan poco, pero teníamos que marcharnos. Teníamos que salir en busca de nuestros padres, y después de todo lo que me había confiado Xander, no nos lo permitirían.

Pestañeó somnolienta.

—Levántate. Nos vamos.

Le puse la chaqueta. Muffin colgaba del bolsillo interno. Me cogió la mano sin dudar y salimos a tientas del cuarto, con mucho cuidado de no despertar a Sydney, que dormía profundamente. La mujer que había hecho la guardia el día anterior ya no estaba, así que fue fácil confundirnos con el barullo incesante de la ciudad subterránea. No llamábamos la atención. Angelina me seguía el paso pese al

cansancio. Sus ojeras y su palidez lo evidenciaban.

Repasé las paredes para detectar cualquier posible salida. Pensé en varias posibilidades. Los que vivían aquí iban y venían a su antojo, y había incontables túneles y puertas que salían al mundo exterior.

Pero no tenía muy claro si despertaríamos más sospechas al tomar una u otra ruta. Eso era lo que Angelina y yo menos necesitábamos ahora: llamar la atención.

Nos pegamos a la pared para evitar a tres hombres borrachos que salían de un oscuro túnel. Gritaban y hacían eses, chocaban unos con otros y tropezaban entre risas. Bajé la cabeza y me alegré de que ni nos mirasen. Estaba segura de que venían de arriba.

Fuimos en la dirección de donde venían. Cuando llegamos a una zona donde ya no había lámparas de gas, el corredor se hizo más estrecho y oscuro. Desde alguna parte, goteaba agua. Un olor fétido me hizo pensar que estábamos cruzando una alcantarilla. Angelina me apretó la mano; no sé si por miedo a la oscuridad o porque le repelía el olor.

—Estoy aquí —la reconforté mientras calculaba cada paso. Con la mano que tenía libre, tanteaba la pared, a veces resbaladiza. Me venían arcadas. Cada paso era un peligro.

Caminamos un rato en esas condiciones, escuchando atentamente todos los ruidos, hasta que por fin un rayo de luz deshizo la oscuridad. Vi unos escalones rudimentarios que conducían a una apertura en el techo. No sabía dónde apareceríamos, pero era la mejor vía de escape que teníamos.

Quise pasar primero, por si acaso, pero Angelina no quería quedarse sola, así que la empujé. «Voy detrás», le prometí.

Trepó con facilidad y desapareció por el hueco pese a que insistí en que esperase. Yo trepaba de forma más inestable e insegura y respiré aliviada cuando pude salir.

Angelina me tendía la mano.

—No sé dónde estamos. No me suena de nada.

Era un área más industrial que residencial, con enormes naves y depósitos de almacenamiento. No había nada destruido por las bombas en esta parte de la ciudad, por lo que no debía de haber ningún destacamento militar cerca. La grieta por la que habíamos salido era solo eso, una hendidura en el asfalto, y nadie nos había visto salir por ella.

No tenía noción del tiempo, aparte de ver que era un poco tarde, casi de noche, por la escasa luz. No sabía si ya había sonado el toque de queda, así que debíamos tener cuidado. Tenía que prepararme para lo peor: que hubiesen sonado ya las sirenas y siguiésemos en la calle, contra la ley.

La red eléctrica funcionaba de nuevo, y las farolas brillaban en medio de la noche. Apostamos por elegir una dirección, bajo la suposición de que pronto algo nos resultaría familiar.

Angelina estaba cansada, y yo estaba tentada de llevarla en brazos, pero no quería

que se durmiese, o no podría hacerla caminar de nuevo. Por ahora, era mejor que siguiera en movimiento.

Al cabo de un rato, empezamos a ver tiendas de venta al por mayor y al detalle, sitios que de día estarían abiertos. Cuando por fin vimos a gente sentada en un pequeño café, supimos que estábamos a salvo. El café era ruidoso y bullía de actividad.

Oí la entonación del parshon y supe que estaba cerca de la parte oeste de la ciudad. Era mi gente.

Daba igual lo que Xander dijese.

Doblamos la esquina y nos topamos con la devastación. Las bombas de Xander habían aniquilado prácticamente un vecindario entero. El olor acre del humo se extendía más allá de la zona dañada, y las columnas negras se elevaban hacia el cielo de la noche. Deseé que no hubiese heridos, o algo peor, por las explosiones.

Soldados con uniformes azules y verdes, ahora cubiertos de hollín, trabajaban en el desescombro y la limpieza de la zona. Podíamos haber atajado si hubiésemos atravesado los escombros, pero indiqué a Angelina que me siguiera. No quería darles a los militares la oportunidad de que nos pillaran, así que torcimos a la izquierda, dando un rodeo al área destruida.

Al llegar a la otra parte del barrio, por fin reconocí algo. Estábamos cerca del restaurante, de nuestro restaurante, en las callejuelas de detrás del mercado. Deambulamos un poco y llegamos a la plaza central. Casi nunca pasaba por allí, pero reconocí el sitio. Le tapé los ojos a Angelina con mi brazo. No quería que viese el lugar de ejecución de tantos hombres, mujeres y niños, aunque yo no podía apartar la vista del cadalso de la horca. La sogla oscilaba mustia, sin vida.

—Solo un poco más —le prometí mientras pasábamos junto a la horca, viendo que arrastraba los pies—. Casi hemos llegado.

Angelina no respondió.

Desde fuera, tras el ventanal del restaurante de nuestros padres solo se divisaba oscuridad. Ni un solo rayo de luz encendió mis esperanzas de que estuvieran allí. No tenía sentido detenerse.

Disimulé para que Angelina no se diese cuenta de mi tristeza. ¿Qué esperaba? Sabía que Brook no me había mentado cuando dijo que no había nadie en el restaurante. Pero no me rendiría.

Aceleramos el paso, animadas por estar cerca de casa. Angelina empezó a tropezar y la cogí en brazos. Se desplomó sobre mí.

Había muchos edificios destruidos, muchos daños que empañaban el aspecto de la ciudad, pero eso no era lo importante. Al llegar a nuestra calle, me puse muy nerviosa. Ralentiqué el paso y repasé cada mínimo detalle. Todo estaba como siempre, sin rastro de la violencia que había sacudido la ciudad la noche anterior. Parecía que había pasado un siglo desde que mis padres nos habían hecho huir por las calles en guerra.

Delante de nosotras, nuestra casa se levantaba en silencio y en completa oscuridad. Me desesperé tanto que pensé que no podía respirar. Dejé a Angelina en el escalón de la entrada y comprobé si se abría la puerta.

No estaba cerrada con llave.

Mis padres nunca habían dejado la puerta abierta. Fue fácil entrar, acompañada por el crujido de las bisagras. Angelina se escondía tras de mí, aunque no estaba segura de qué la protegía.

Como éramos Comerciantes, en casa no teníamos electricidad. Era un lujo que no nos podíamos permitir. Busqué la lámpara al lado de la puerta, pero no estaba, ni tampoco la mesita en la que solíamos dejarla. Me moría de miedo.

—Quédate aquí —le pedí con calma a Angelina, pero ella se aferró a mí sin querer que nos separásemos. Intenté acostumbrar mis ojos a la oscuridad y pisé unos cristales al avanzar. Angelina me apretó aun más. Estaba haciendo demasiado ruido.

Rebusqué en la oscuridad y me sobresalté al chocar contra la robusta mesa de madera donde comíamos, que al menos me sirvió un poco de guía.

Exploré con los dedos la superficie llena de marcas que tan bien conocía y respiré al tocar el candelabro del centro de la mesa. Bordeé la mesa y llevé el candelabro hacia el armario. Revolví en un cajón donde sabía que había cerillas. La pálida llama me pareció más bella que una puesta de sol. Suspiré. Con la luz me sentí más fuerte para llamar a mis padres en su idioma. Di una vuelta, con Angelina pegada a mí.

—¡Mamá! ¡Papá!...

Me callé en seco. Quizá mi casa, nuestra casa, estaba más dañada por alguna bomba de lo que aparentaba. Pero no, no era el caso. Las sólidas paredes seguían en pie.

Angelina me pellizcó la mano.

—No lo sé.

Busqué por cada rincón, por cada espacio al que llegaba la luz. Ojalá no hubiese nadie y quienes habían hecho esto se hubiesen ido. Sabía con certeza que mis padres no estaban. Algo los había obligado a marcharse. La ausencia de la lámpara junto a la puerta era una primera señal. Nuestro hogar había sido saqueado. Habían volcado los muebles, rajado los cojines y cubierto el suelo con el relleno de tela. Los libros y las fotografías estaban desparramados como si hubiese pasado un furioso huracán. Incluso habían arrancado trozos de suelo.

No tenía ni idea de con qué objetivo.

Mi primer impulso fue huir con Angelina, por si los responsables de aquello volvían. Pero este era nuestro hogar, y no sabíamos adónde ir. No sin algunas respuestas. Me moría por saber qué les había pasado a nuestros padres.

* * *

Angelina dormía sobre el sofá que había rehecho con los restos de los cojines. No

quería dejarla en la cama porque estaba demasiado lejos de donde yo trabajaba para poner un poco de orden y reparar lo que podía. Ni se había resistido. Se había acurrucado y bostezado mientras la tapaba con una manta. Creo que tampoco quería estar lejos de mí.

Coloqué lo mejor que pude los muebles y barrí los cristales de la lámpara de la entrada, además de recoger del suelo los libros y las fotografías. La mayoría de los papeles eran entrañables: recetas escritas a mano, libros infantiles que nuestro padre nos leía en voz alta, primero cuando yo era pequeña y ahora a Angelina, y un montoncito de fotografías que mis padres habían podido pagar con sus modestos ahorros.

Pero también encontré otras cosas menos conocidas. Una cajita tallada estaba hecha trizas junto a un hueco de una tabla del suelo. También había viejos documentos, más viejos incluso que mis padres, como de otra generación. Eran papeles delicados con las puntas enrolladas y la tinta medio borrada por el tiempo. Les eché un vistazo, pero no me llamó la atención nada en especial. Eran viejas escrituras, leyes y correspondencia personal, sobre todo del tiempo de la Revolución de los Soberanos. Y también había retratos de gente que no conocía, muy desgastados. Eran viejos, pero muy bonitos. Y me inquietaban.

Me senté y los ojeé, acariciando los rostros que me devolvían la mirada. Conocía a esos desconocidos. A esos hombres, mujeres y niños. Conocía sus poses, sus expresiones, sus rasgos. Al mirar la foto de un hombre, su sonrisa tocó mis labios cuando observé su boca, sus ojos y su delicado cabello rubio. Tenía la misma cara que mi padre. «Y que mi hermana», pensé al mirar a Angelina dormida en el sofá.

Pasé los dedos por mis pómulos, mi nariz y mi barbilla. Y la misma cara que yo.

¿Quiénes eran? ¿Por qué nunca había visto estos retratos? Los miré cien veces, a ver si obtenía alguna pista.

En varios retratos, los hombres llevaban fajines con un emblema parecido. Acerqué las fotos a la luz de la lámpara para ver mejor la insignia, pero la imagen estaba demasiado descolorida.

Me quedé frustrada, intentando saber qué me desconcertaba tanto de aquella imagen. Cogí la cajita rota y me di cuenta de que conservaba partes del mismo símbolo que llevaban los hombres de las fotografías, pero este estaba astillado. Empecé a juntar las piezas, como si fuese un puzzle, guiándome por las fotografías.

Oí voces en la calle. Parecían venir de muy lejos, como de otra vida.

Cuando lo acabé, examiné el emblema. Estaba tallado de una forma delicada, y el trabajo era exquisito. Pero no me decía nada. Era solo un dibujo. Hecho con mucho gusto, eso sí.

Pasé el dedo por la superficie ornamentada y de repente se me nubló la vista. Era como si solo sintiese lo que tocaba y como si el tiempo se hubiese detenido.

Recorrí de nuevo la talla, sintiendo cada curva, hasta que noté que no era un dibujo cualquiera. Era un idioma, un idioma táctil.

Y me hablaba.

Aparté la mano y me la puse sobre el corazón, que latía con fuerza. Ojalá no hubiese hecho eso, ojalá no hubiese sentido esa ligera quemazón en mi dedo al acariciar la cajita recompuesta. Quería olvidarme de lo que había leído.

No solo se trataba del emblema que lucían en unas fotografías esos hombres que se parecían tanto a mi padre y a mí.

Era un sello. Un emblema.

Y había pertenecido a la hacía tiempo derrocada familia real.

XVII

Los ruidos que había oído hacía un rato estaban justo delante de mi puerta, casi en mis narices. Me quedé tan anonadada que no sabía ni qué hacer. Tenía la yema del dedo como si me hubiese quemado con una llama, pero sabía que lo que me escocía era mucho peor. Era el conocimiento de algo que tenía que haber permanecido escondido, enterrado bajo el suelo de madera sobre el que había caminado toda mi vida.

Xander estaba en lo cierto. Casi estaba segura de ello.

Mi padre era uno de los descendientes de la Corona. De la Corona primigenia.

Lo que significaba que yo... que Angelina y yo...

Éramos las primeras niñas, como Xander casi me había confirmado.

La puerta se abrió y odié que hubiesen roto la cerradura. Estábamos atrapadas. Salté y me coloqué delante del sofá, porque lo único que me importaba era que Angelina estuviese a salvo.

A mi espalda tenía sujeto el atizador de la lumbre. Estaba preparada para lo que fuera. Intentaba convencerme a mí misma de que podría salir de allí luchando.

Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para enfrentarme a la persona que apareció en la puerta y ocupó toda la entrada. Él observó las fotografías y los documentos que se desperdigaban a mis pies, y sobre todo el emblema de la cajita que había recompuesto. Entonces me miró y vio mi expresión de derrota y el atizador que llevaba en la mano.

—Siento que te hayas tenido que enterar de esta manera.

* * *

—¿Lo sabías? ¿Cuántos secretos más te reservas? —Lo evité, rodeando la mesa mientras él intentaba alcanzarme. La mesa era la frontera entre los dos. No quería ni su comprensión ni su compasión—. ¿Y dónde están tus matones? Supongo que no muy lejos, ya que siempre vais todos a una.

Max no se rendía con facilidad. Se acercó a mí paso a paso.

—Estaba preocupado por ti, Charlie. ¿Desde cuándo estáis aquí?

—Me da igual si estabas preocupado o no. Yo lo que quiero son respuestas, lo que aún no me has contado. ¿Estamos en peligro?

Intenté bajar la voz para no despertar a Angelina, pero estaba histérica. Tenía muchas preguntas que hacer y me venían a la mente todas a la vez.

—No creo. Nadie sabe que estás aquí. La reina piensa que eres un miembro de la resistencia. No sabe que yo...

No acabó la frase, y especulé con qué quería decir: «¿te conozco?», «¿te besé?».

Menos mal que la reina no sabía nada.

—¿Y tus guardias tampoco se lo han dicho? ¿Están por aquí? ¿Nos denunciarán?

—Están en la puerta para que nadie entre —explicó Max—. Solo dirán lo que yo les ordene, que es solo lo que tú quieras contar. Puedes confiar en mí, Charlie. Nunca he querido hacerte daño. No quería decepcionarte.

Se acercó más, pero lo frené con las manos.

—Pues tienes una manera bastante rara de demostrarlo. ¿Así que es cierto?

Necesitaba oírlo de sus labios. Tardó en contestar, y pensé que no me había entendido.

Asintió de forma casi imperceptible.

Cerré los ojos. Necesitaba su confirmación, más incluso que la de Xander.

Yo era una princesa. Y también mi hermana pequeña. Mi padre era un príncipe, un miembro de la familia Di Heyse, aunque eso no era significativo en una familia de varones, por más que perteneciesen a la realeza.

Solo las mujeres podían gobernar.

—¿Cómo lo supiste? —pude pronunciar al fin. Max se acercó aún más. Negó con la cabeza.

—No lo he sabido con certeza hasta ahora mismo. —Miró la cajita de nuevo. Allí estaba el emblema de la familia Di Heyse, que debía haber sido destruido hacía más de doscientos años, con los demás distintivos de esos soberanos. Pero no, estaba en mi casa—. Lo sospeché la primera vez que te vi en Presa.

Sacó del bolsillo una cadena de oro bastante pesada, un collar con un medallón que llevaba grabado ese mismo emblema. Al abrir el relicario, allí estaba esa foto diminuta.

El parecido era evidente, incluso a la luz tenue de la vela. Era como mirarme a un espejo. Lo miré. Tenía tantas preguntas que hacerle...

—La reina Avonlea —dijo—, fue la primera que murió durante la Revolución. —Había tristeza en sus ojos oscuros—. Mi hermano y yo jugábamos a buscar tesoros en los sótanos de palacio. Ni mi abuela se enteró de que esto se perdió. —Me lo ofreció—. Ahora te pertenece.

Di unos pasos atrás, como si el medallón me fuese a quemar.

—No lo quiero. No puedo...

Max no me presionó y se metió el collar en el bolsillo.

—Y cuando te vi con tu amiga, me pareció que entendías a mis guardias... —Me miró pensativo—. Nadie los podía comprender. —No me acusaba, pero me sentía señalada. Desvié la mirada.

—¿Solo te pasa con el idioma Real, Charlie, o con otros? —Dio un nuevo paso hacia mí. Estaba tan cerca que solo con levantar la vista tendría sus ojos frente a los míos. Pero no lo hice. Me quedé de piedra—. ¿Nunca te preguntaste cómo podías entenderlos? ¿Cómo la hija de un Comerciante entendía un idioma que nunca había

oído? —Me acarició la barbilla con el dedo—. *Porque no lo habías oído, ¿verdad?*

—No se molestó en hablar en *englaise*, y yo ya no aparenté que no lo entendía.

Le miré. Mi corazón latía con fuerza.

—*¿Tus padres lo sabían?*

Asentí lentamente.

—*¿Y nunca te explicaron por qué? ¿Por qué tenías esa habilidad?*

Lo miré como única respuesta. ¿Qué sabía él de mis padres? ¿Qué derecho tenía a cuestionar por qué me lo habían contado o no?

—*Sabes* —continuó sin detenerse, pese a mi mala cara— *que solo las que pueden ser reinas tienen poderes. Solo las mujeres de la realeza.*

Tropecé con la mesa y respondí:

—Lo mío no es ningún poder. No es nada, o menos que nada.

Sonrió, aunque no fue un gesto cálido o amigable, sino uno de triunfo y satisfacción.

—*¿De verdad, Charlie? Díselo a los que solo entienden el idioma de su clase.* — Entonces señaló a Angelina, de solo cuatro años, un bello ángel durmiente cuya vida estaba a punto de cambiar—. Y ella, ¿ya sabes lo que es capaz de hacer?

—*¿Ella qué?* —dije, frunciendo el ceño. Me estaba mareando. Max tomó mi mano y me sentí tan abrumada que no pude negarme. No sabía si podía confiar o no en él. Pero no tenía a nadie más. Y él me hacía sentir cosas que no tenían que ver con la confianza. Si era sincera conmigo misma, me gustaba tener mi mano en la suya.

—No estoy seguro. Eso depende de ti. —Lo dijo en *englaise* para que me sintiese más cómoda. Me acariciaba la mano en círculos, como si quisiese trazar un nuevo idioma y comunicarse conmigo por medio del tacto. Lo entendía, a pesar de no conocer ese dialecto—. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Me sobresalté por el estrépito de un choque fuera. Retiré mi mano y la puse en mi espalda, para esconder cualquier muestra de intimidad.

—No te muevas —me ordenó, pese a que yo ya estaba con Angelina, que se había despertado con el ruido. Me lanzó una mirada de advertencia para decirme que era serio, pero la puerta ya se había abierto.

Claude entró corriendo.

—*Hay alguien ahí fuera que insiste en ver a la chica.*

Me pregunté si él sabía que lo entendía.

Max siguió el juego desde la oscuridad.

—*¿Quién es?*

—*Xander.* —La forma en que pronunció el nombre me hizo temblar. Estaba cargada de miedo y de amenaza—. *Y no ha venido solo.* —Claude sonrió y, como había denotado en la sonrisa de Max, no había nada cálido ni amigable en la suya. Era temible—. *¿Quieres que me encargue de él?*

Max calculó mi reacción antes de responder. Sabía que había estado con Xander aquella noche en Presa, pero no estaba segura de si él sabía también su papel dentro

de la resistencia.

—*No, déjalo entrar. Pero solo a él.*

Claude parecía decepcionado, pero acató la orden y dejó pasar al líder de los revolucionarios.

—¿Qué le has contado a Xander? ¿Qué sabe? —me preguntó Max rápidamente cuando estuvimos de nuevo solos.

—Nada, no le he contado nada. —Me levanté del sofá y dejé a Angelina allí, al tiempo que intentaba recordar si Xander había imaginado lo que yo era capaz de hacer—. Pero ha sido él el que nos ha desvelado quiénes somos. O, al menos, quiénes cree él que somos.

Max hizo una mueca cuando Claude volvió acompañado de Xander. Hasta ese momento no me había percatado de lo grande que era Xander; casi igualaba en altura a Claude. Era menos corpulento, quizá, pero también musculoso de una forma más armoniosa y sutil. Xander parecía un depredador de la selva, listo para el ataque, y Claude representaba a un toro a punto de embestir. Los dos llamaban la atención a su manera.

—*Vigilad la puerta. Que nadie nos moleste* —ordenó Max a Claude.

Xander no habló con Max. De hecho, apenas se fijó en él. Vino directamente hacia mí. Me agarró la mano, la misma que hacía unos segundos Max había apretado con ternura para demostrarme confianza.

—No tienes ni idea del peligro que corréis lejos de nosotros, Charlie. No podemos protegeros si no nos dejáis.

—Ella no necesita tu protección.

Max interpuso la mano entre Xander y yo. Xander rio con sorna.

—*¿Por qué? ¿Les ofreces la tuya? Estaría más segura en un nido de víboras. También puedes entregarla a Sabara con la soga ya puesta en el cuello* —afirmó, para mi sorpresa, en la lengua real.

Estaba hecha un lío. ¿Por qué Xander hablaba el idioma de la realeza?

—*¿Y crees que estará más segura contigo y con tu banda de soldados marginales? ¿Ya le has dicho quién eres? ¿O lo que eras?*

Xander dirigió su mirada hacia mí, como si pensara que sus palabras y su significado se me escapaban. Vi que no sabía mi secreto, que no sabía que entendía lo que decía. Angelina era la única que no podía comprenderlos.

—*Por supuesto que está más segura con nosotros. Nosotros solo queremos su bienestar.*

—*Tus intereses son tan egoístas como los de la reina. Necesitas a alguien que gobierne y crees que Charlie puede cumplir con la tarea.*

—*Y puede. Es la persona adecuada. Y tú lo sabes también, o si no no estarías aquí por encargo de la reina.*

Max apretó los dientes y avanzó hacia Xander.

—*No sabes por qué estoy aquí, y la reina tampoco. No tenéis ni idea.*

Xander calló por un segundo.

—*Ella debe de saber algo, o no...* —Repasó con la mirada cómo habían saqueado la casa—... *o no retendría a los padres de Charlie.*

Me llevé la mano al pecho y me senté junto a Angelina.

—¿Crees... crees que la reina Sabara tiene a mis padres?

Xander olvidó su ira hacia Max y me miró. Supo que lo podía entender. No pidió explicaciones, sino que frunció el ceño, como si se disculpase.

—Creo que sí, Charlie —dijo en *englaise* para evitar cualquier malentendido—. Y tú eres su única oportunidad. Pero ahora necesitamos sacarte de aquí. —Miró a Max con rabia—. Antes de que envíe a alguien a buscaros, a ti y a tu hermana.

* * *

De pronto, mi hogar era una trampa, y permanecimos en ella el tiempo que tardé en coger a Angelina en brazos y salir corriendo por la puerta. Brooklynn me esperaba fuera con un pequeño destacamento de los soldados de Xander, y me sorprendió ver lo bien integrada que estaba. Formábamos un grupo bastante raro, entre soldados, civiles, rebeldes y realeza, aunque cualquiera que nos viese desconocería nuestros verdaderos orígenes.

Una vez decidimos que el lugar más seguro era la ciudad subterránea, caminamos hacia allí en silencio. Era un silencio incómodo y tenso.

Claude y Zafir habían expresado sus reservas respecto a acompañar a los de la resistencia, y Xander tenía sus dudas en cuanto a permitir que el nieto de la reina y sus dos guardias entrasen en la base de operaciones bajo tierra. Pero no había otra alternativa, otro lugar en el que la reina no pudiera localizarnos a Angelina y a mí.

Brooklynn caminaba a mi lado, no sé si por obligación o como mi amiga de toda la vida. Odiaba cuestionarme su lealtad. Max estaba al otro lado, rodeado por sus imponentes guardias, que lo protegían como podían de Xander y su gente.

No tomamos el camino por el que Angelina y yo habíamos venido, ni entramos por la pequeña fisura en el asfalto. Xander nos guió a través de la puerta trasera de un restaurante que estaba cerrado por la noche. Entramos primero por la cocina en penumbra, para bajar luego a lo que se suponía que era la bodega, pero que en realidad conducía a un corredor interminable. Ya había lámparas encendidas por todo el pasadizo. Estaba más limpio y olía mejor que la alcantarilla por la que habíamos pasado mi hermana y yo hacía unas horas.

No sé si fue por miedo o por atracción, pero me pegué a Max. Lo toqué con el hombro y sentí emoción por su proximidad.

Dejé a Angelina en el suelo, entre Brooklynn y yo, porque me dolía el brazo de cargarla. Cogió la mano de Brook y comenzó a balancearse entre nosotras mientras caminábamos. Me aliviaba ver que Angelina aún confiaba en ella.

Solo empezamos a hablar cuando dejamos la escalera que conducía al restaurante

y nos adentramos totalmente en el túnel. Xander rompió el silencio para hablar con Max.

—Si no fuiste tú, ¿cómo se enteró la reina de la existencia de Charlie? —Su voz retumbó con eco en el corredor casi a oscuras.

Noté que Max no quería responder a esa pregunta. Y yo estaba deseándolo. Lo miré para ver su expresión. Levantó una ceja.

—No sabía quién era hasta que fueron a su casa y descubrieron quiénes eran sus padres. —Miraba a Xander como acusándolo—. Te buscaban a ti, y querían interrogar a todos los sospechosos de tener contacto con tus revolucionarios. Obtienen información a la fuerza.

—Pero ¿qué he hecho yo para despertar sus sospechas? ¿Cómo podía saber dónde está Xander?

No entendía nada.

—Tú no has hecho nada, Charlie. —Max me cogió la mano y la apretó, sin que me diera tiempo a calcular qué significaba eso. Su siguiente frase lo aclaró todo—. Una de las personas a las que torturaron es tu amigo Aron.

Ni me di cuenta de que me había detenido hasta que Angelina tiró de mi mano para recordarme que estaba allí, que todos estaban allí, observándome. Tragué saliva, tragué la angustia que amenazaba con formar un nudo en mi garganta y los miré, uno a uno. A Max y a Xander. A Claude y a Zafir, los guardias que habían jurado por sus vidas proteger al príncipe. A los bien armados revolucionarios de Xander, incluida Brooklynn, que me devolvió la mirada con sus ojos azules.

Aron. No podía comprenderlo. Habían torturado a Aron para encontrarme a mí. Ni tan siquiera por ser quién era, sino por lo que podía saber.

Y, por casualidad, como premio, habían encontrado a la familia real oculta en el proceso. Sentí que me moría. Max me sujetó cuando me fallaron las piernas. Le apreté las manos para mantener el equilibrio.

—Ellos...

No pude acabar la frase. Brooklynn, que había estado callada, la terminó por mí, y por cómo habló, por su tristeza, sentí a la persona que había conocido antes de que se entregase a la rebelión.

—¿Lo han matado? —susurró como una pregunta de las dos, con dificultad.

—No —respondió Max—. Cuando salí, aún vivía.

Sentí su suspiro de alivio como si fuese el mío.

Por lo menos, había alguien que sentía lo mismo que yo: Brooklynn estaba conmigo y sufría porque Aron había sufrido. Me sentí más fuerte para enfrentarme a lo que fuese.

Me liberé de Max y demostré que me sostenía por mis propios medios.

—Tenemos que salvarlo. Y a mis padres. De algún modo, esto tiene que acabar bien.

XVIII

Brook me cogió la mano y me llevó aparte, buscando la poca privacidad que permitían aquellos túneles tallados en la piedra que penetraban en la Tierra.

—Yo no lo sabía —dijo en voz baja y asegurándose que nadie nos podía oír—. No quería que nadie resultase herido, y mucho menos Aron. —Sus ojos oscuros reflejaban tristeza y arrepentimiento.

—Ya lo sé —intenté reconfortarla. No era ni la chica descuidada que conocía desde pequeña ni la dura revolucionaria en la que pensaba que se había convertido. Era apasionada, leal, atenta. Y, sobre todo, mi amiga—. Pero sabes que habrá muchos heridos si entramos en guerra, ¿no?

—No es lo que queremos, Charlie. No queremos luchar, pero tampoco podemos continuar así. Merecemos elegir lo que queremos ser, quiénes queremos ser.

No es que no estuviese de acuerdo con ella, pero no sabía qué decir.

—¿Y yo? ¿Desde cuándo sospechas...? —Me costaba encontrar las palabras justas—. ¿Cómo has sabido quién soy?

—Solo lo imaginábamos. Tu padre ocultó su identidad muy bien. De hecho, hemos vigilado a otras familias de las que sospechábamos. Y entonces pasó lo de aquella noche, con la chica de la Academia...

—Sydney —apunté. Brook hizo un gesto de disgusto cuando dije el nombre.

—Aquella noche en que salpicaste con agua a Sydney en el restaurante, oí a tus padres discutir en la cocina. Tu padre estaba preocupado por si alguien descubría la verdad si no tenías cuidado. Tenía miedo de que la reina conociese tu existencia. Ahí me convencí, e intenté que coincidieras con Xander para que él comprobase si encajabas con la descripción.

—¿En el club? —Ahora lo entendía todo. Brook asintió.

—Pero nos marchamos demasiado temprano esa noche, y Xander no había llegado aún. Por eso me enfadé tanto contigo cuando me arrastraste fuera del club. Pero por suerte fue fácil llevarte allí de nuevo. —Me golpeó con el hombro, en actitud de broma, como si hablásemos de chicos, del colegio o de cualquier otra cosa menos la que ocupaba la conversación—. Pero ahí tampoco sabía aún cuál era tu don, qué poder escondías. —Me sonrió con malicia—. Ojalá me lo hubieses dicho, Charlie. ¡La de cosas increíbles que hubiéramos podido hacer con ese pequeño truco!

—¡Estás como una cabra! —Y le devolví el golpe en el hombro, riendo, a pesar de que no era el momento de carcajearse, con mis padres encerrados.

—¿Sabías lo que iba a suceder la noche del parque?

Brook asintió avergonzada.

—Sabía que habían organizado algo. Me ordenaron que no te quitase el ojo de

encima, así que pensé que la mejor manera era salir por ahí. —Me miró de reojo—. No era mi intención perderte en el parque. Cuando saltaron las sirenas, te busqué por todas partes. Al final, creí que te habrías ido con... él.

No pronunció el nombre de Max, como si todavía sintiese rabia, y yo me pregunté si seguía celosa o si siempre había sabido quién era él. También recordé la noche en la que había ligado de forma descarada con Claude y Zafir, y me pregunté si era todo teatro para ganarse su confianza y conseguir información. De pronto, me vino a la cabeza que Brooklynn siempre elegía militares.

Ni me molesté en preguntarle.

—Estamos a punto de conseguir —siguió explicando— lo que siempre hemos deseado, por lo que tanto hemos luchado. —Le brillaron los ojos—. Y tú nos lo puedes dar, Charlie. Tú puedes cambiarlo todo.

Negué con la cabeza y me puse a llorar. No sabía ni por qué.

Brooklynn se equivocaba. Aceptaba que mi padre pertenecía a la realeza, o más bien no podía negarlo. Había visto las pruebas con mis propios ojos. Incluso podía aceptar que aquella era la razón por la que podía entender otros idiomas, que la interpretación era la habilidad que tenía como hija noble.

Pero no había nacido para gobernar... Yo nunca podría ser reina.

—Sí, Charlie —me refutó Brook. Tomó mis manos y las besó—. Es tu deber.

Cerré los ojos y odié tener que decepcionarla y discutir con ella. No ahora que la había recuperado.

* * *

Ya en la ciudad subterránea, Xander tomó el control de la situación.

—Brook, lleva a Angelina a su cuarto para que podamos hablar a solas con Charlie.

—Pero ¿no debería estar yo presente?

Una mirada de desaprobación apareció en la cara de Xander. Brook no debía discutir, porque era una orden.

—Déjala con Sydney —concedió— y puedes regresar.

Xander y Eden intercambiaron una mirada. Ella mostraba sus emociones como otros lucían sus vestidos: flotaban sobre ella y ocupaban el espacio en el que se encontraba. Ahora, lo que yo notaba era un pesado velo de reticencia.

—Ve, Brooklynn —insistió Xander. Cuando Angelina y ella se alejaron, me confesó—: Sydney ya no está aquí, Charlie.

—¿Cómo? ¿Y dónde está?

—Se encontraba mejor y la mandamos a casa con alguien que la acompañase.

—¿No te preocupa que lo cuente todo? ¿Que te denuncie?

Xander sonrió.

—No lo hará. Le importas, Charlie. Te está muy agradecida por lo que hiciste por

ella. Además, aunque intentase llegar hasta aquí con alguien, se perdería.

Recordé los pasadizos por los que habíamos pasado, interconectados y laberínticos. Y me acordé también de lo que me había dicho Brooklynn sobre que llevaban una década allí y nadie los había descubierto.

Pero seguía siendo un riesgo.

—No podíamos retenerla aquí para siempre, Charlie. Tenía que reunirse con su familia. —La voz de Xander sonaba conciliadora, menos solemne.

Max habló suavemente, con su aliento rozando mi cuello.

—Yo pienso que lo que te gustaba era que te siguiera como un perrito —bromeó, y yo sonreí y le propiné un codazo tan disimuladamente como pude.

Por desgracia, el gesto no pasó nada inadvertido. Todos lo vieron.

Y se desató un infierno.

En menos de un abrir y cerrar de ojos, los dos enormes guardias reales avanzaron hacia mí con la expresión torcida. Sin poder reaccionar, vi a los hombres de Xander empuñar sus armas y apuntar a Claude y a Zafir.

Xander se puso delante de mí para protegerme y me tiró al suelo. No podía respirar. Por entre los brazos de Xander, también vi a Max intentando interponerse entre sus malcarados guardaespaldas y yo.

—¡No! —gritó con firmeza, enfadado. Levantó ambas manos—. ¡Deteneos todos vosotros!

Empujé a Xander para poder respirar. La cabeza me daba vueltas.

—Lo digo en serio —repitió mientras repasaba con la mirada a todos los soldados a su alrededor. Solo Claude y Zafir obedecieron la orden de su príncipe, sin osar moverse.

Nadie respondió, y siguieron apuntándolos. Xander me soltó, aunque no del todo.

—¿Estás bien? —susurró cerca de mi cabeza.

Pude asentir, y entonces su voz rugió desde su pecho:

—Bajad las armas, soldados.

No los veía, pero pude oír cómo bajaban las armas y se relajaban. Cuando Xander se puso en pie, estaba furioso.

Max me atrajo hacia él y me cogió por la cintura en actitud protectora. Yo no me hubiese atrevido a negociar con nadie de los que estaban allí, incluida Eden, que cargaba un rifle en su hombro.

Xander habló con calma a los soldados, aunque su expresión denotaba que se guardaba la rabia. Era como una serpiente, lista para picar con una precisión peligrosa si alguien se movía en aquel pequeño espacio.

—¿Alzáis vuestras armas sin mi orden? ¿Cómo podéis poner a nuestra invitada en peligro? —Hablaban de mí, y todos lo sabían.

Primero miré a Claude y después a Zafir, para comprobar su reacción ante la reprimenda de Xander. Quería saber si ellos ya sabían quién era yo. Zafir parecía aburrido, con sus ojos marrones casi cerrados, y Claude estaba indignado, como si

tuviese ganas de cortarles el cuello a todos.

Me di cuenta de que aún no sabían nada.

—Podrías haberle hecho daño —continuó Xander, manteniendo la calma—. Quiero que la protegáis con vuestras vidas. Todos vosotros. —Y después pronunció las palabras que me dejaron sin aliento—: Como si estuvieseis protegiendo a vuestra futura reina. —Puso su mano en la mejilla de Eden, con los músculos del antebrazo en tensión. Pasó la mano por su cara y ella apretó los ojos—. ¿Me explico?

Una mezcla de emociones se desprendió de ella como una nube de tormenta: miedo, arrepentimiento, devoción y algo que parecía ser pasión. Con los ojos cerrados, derramó una lágrima que se deslizó por su cara. Asintió y miró con sus ojos negros más allá de Xander, a mí.

—Entiendo —juró. Un juramento para mí.

* * *

—¿Cómo es posible? ¡Si solo es una simple Comerciante que conociste en un club! —Claude levantó la voz y gritó en el idioma real. Ni me miraba desde que los hombres de Xander habían bajado las armas. Desde que Xander había soltado la bomba de quién era yo.

A Zafir no le chocaba tanto la idea.

—¿Cómo crees que reaccionará tu abuela cuando se entere?

Que me recordasen que la reina Sabara, la mujer contra la que Xander y sus revolucionarios estaban en guerra, era la abuela de Max me desconcertaba. No me cuadraba. Pero no debía olvidarlo, me dije. No sabía a quién era leal Max.

—Estará encantada —los interrumpió Xander—. ¿Cómo no estarlo, si Charlie puede ser la heredera que tanto ha buscado, la que no pudo venir de su familia? Y yo me aseguraré de que la vieja no le ponga las manos encima.

Zafir se pasó la mano por la cabeza, como si aceptase las afirmaciones de Xander. Yo me quedé en un rincón. Los miré y no pude evitar quebrar mi silencio:

—No tengo ninguna intención de ocupar el lugar de la reina.

Solo Claude y Zafir se sorprendieron. Todavía no podían creer que pudiese entender la lengua real.

—¿Nos comprende? —La robusta cara de Zafir se iluminó con una sonrisa.

—Sí —respondí, como si me hubiese hablado a mí, aunque no era el caso.

—¿Y qué más sabe hacer?

Max le contestó en anglais:

—Aún no lo sabe. El tiempo lo dirá.

Por primera vez, pensé en la posibilidad de que tuviese más habilidades aparte de entender otros idiomas.

—¿Y la niña? ¿Ya ha demostrado tener algún don?

Lo dijo Claude, como irritado por estas novedades. La única diferencia fue que él

sí se dirigió a mí.

—No. —Max negó con la cabeza, porque sobreentendió mi silencio cuando estuvimos en mi casa como una negativa.

Xander le pasó la mano a Eden por los hombros. Un gesto de hermanos, como de camaradas. Pensé en cuánto llevaban juntos en la lucha.

—Tenemos que decidir qué haremos ahora. —Levantó las cejas—. Yo opino que Sabara debe saber que tenemos a Charlie.

—¿Y mis padres? ¿Y Aron? —grité, harta de que decidieran por mí como si fuese mercancía, como ganado que podían manejar a su antojo—. Tenemos que recuperarlos.

Xander se puso serio y habló con indiferencia:

—Quizá ya es demasiado tarde. No podemos preocuparnos por ellos ahora.

—¡No, no, no! ¡No os enteráis de nada! —Moví la cabeza y crucé los brazos—. Deben ser vuestra principal preocupación —advertí a Xander, a Eden y a Max—. ¿Creéis que es demasiado tarde? ¿De verdad? —les rogué.

—No creo que estén muertos, si es lo que quieres saber. —Max se acercó y me miró intensamente con sus ojos grises, intentando entrar en mi mente para saber si podría soportar la información que me iban dando—. Pero mi abuela es despiadada, y si cree que hay alguna posibilidad de que sepan dónde estás...

Me quejé a Xander de nuevo, sin querer que Max acabase la frase y también sin querer imaginar las palabras que no había dicho.

—¿Ves? Están vivos. —Me revolví para llamar su atención—. Quiero ir allí. —Me dirigí a Max—: Quiero que conciertes una audiencia con tu abuela.

—Es una mala idea, Charlie —replicó Xander, sin gritarme—. No puedes fiarte de Sabara.

—No puedes negociar con ella —repitió Claude.

—Tienen razón, Charlie —concluyó Max—. Ella es mi reina y mi abuela, y ni así confío en ella. Solo dirá y hará cualquier cosa que suponga salirse con la suya. —Y me tomó las manos como si quisiese convencerme con sus caricias.

Estaba cansada de esta conversación. Eran mis padres. ¿Qué se suponía que debía hacer? Rechacé sus manos.

—Tengo que hacerlo —susurré—. Por favor, arréglalo.

Xander se empeñó:

—¿Y si no te permito ir?

Pero no lo decía con autoridad alguna. Me irritó su respuesta.

—¿Es que tienes otra alternativa? Necesitas mi colaboración, así que a menos que me ayudes con lo de mis padres... —Y dejé que sobreentendiera el resto.

Me miró con cariño, aunque con el ceño fruncido.

—Así que podemos contar contigo. ¿Aceptarás ser nuestra reina?

—He dicho que no os garantizo mi colaboración si no me ayudáis.

Xander sonrió con gusto.

—Ya veo a una potencial y prometedora negociante —bromeó. Pensé que no había seguido su verdadera vocación: debía haberse dedicado a la diplomacia—. Serás una reina excelente.

XIX

—Hay ciertos detalles que debes saber, ahora que la vas a conocer en persona — me explicó Xander, cuando se suponía que Max o uno de los guardias reales eran los más adecuados para aconsejarme. Seguramente tenían más información de primera mano. Aun así, parecían satisfechos con que Xander tomase la iniciativa.

—Aunque no lo parece, es astuta. No te dejes engañar por su apariencia débil. Y es despiadada, no lo olvides. —Dio unas vueltas por la estancia. Me costaba seguirlo, me estaba mareando—. Ojalá te pudiéramos acompañar. Preferiría que no te quedases a solas con ella.

—¿Y si no quiere recibirnos? —questionó Max a Xander.

Este hizo un gesto de negación con la mano.

—Por supuesto que querrá recibir a Charlie. Lleva años esperando este momento. Por lo visto, Max tenía tan poca información como yo, pues dijo:

—¿Cómo sabes lo que tiene en mente?

—Sé más de lo que piensas, más de lo que nadie sabe, probablemente.

Lanzó una carcajada y nadie se atrevió a replicarle. Sin embargo, aún no me podía explicar cómo un rebelde conocía tan íntimamente a la dirigente de su país.

Se paró ante mí y me miró con una ternura que me resultó tan familiar que olvidé quién me miraba. Y era Xander, no Max, quien lo hacía con adoración.

—Tiene intención de que le prometas compartir el trono con ella.

—Eso no tiene sentido —intervino Max—. ¿Cómo puede gobernar con otra reina? Los súbditos se dividirían, ¿y cómo solucionaríamos las disputas?

—Su magia es antigua. Tiene más años que el cuerpo en el que habita. No es la primera vez que ocupa el trono. —Lo que Xander nos contaba parecía una fantasía de niños, pero nadie lo discutió.

—¿De qué habla? —le pregunté a Max, en lugar de dirigirme a Xander. Pero fue Zafir el que contestó con su voz de tenor, casi melódica:

—Tiene razón. El alma de la reina, su Esencia, como ella la llama, ha pasado de un cuerpo a otro desde que aceptó ocupar el trono de Ludania. Es la misma reina en cuerpos distintos.

Xander prosiguió con el relato:

—Es muy poderosa, pero debe contar con el permiso de otra persona para intercambiar sus cuerpos. Ahora está desesperada porque se le acaba el tiempo. Necesita tu aprobación para transferir su Esencia a tu cuerpo. De otro modo, se quedará atrapada en su cuerpo actual y, si este muere, morirá con él.

—¿Por qué mi cuerpo? ¿Por qué no puede hacerlo con el de cualquier otra persona?

La respuesta parecía obvia, pero quería oírla.

—Porque tú tienes sangre real. Eres la única heredera que tiene.

Me enfurruñé.

—¿Ah, sí? Mi madre no tiene sangre azul y mi padre tampoco es de ascendencia completamente noble, ¿no? ¿Tan real es mi sangre?

Xander tenía todas las respuestas, y contestó con suavidad y certeza.

—No funciona de esa manera, Charlie. La sangre de una mujer, sin importar su lugar en la línea sucesoria, resulta tan pura y poderosa como si perteneciese a la primera generación real. Sus dones son tan potentes como los de sus antecesores.

Hizo un gesto indicativo, por si tenía más preguntas. Tenía una más.

—¿Y qué me sucederá si acepto su... su Esencia?

—No te va a pasar nada —Max me interrumpió, sujetándome por los hombros— porque no lo vas a hacer. ¡La vas a mandar al infierno!

Xander no se inmutó con el arranque de Max, y respondió:

—De lo que estoy seguro es de que solo hay lugar para una de vosotras en tu cuerpo.

El silencio devoró el aire a nuestro alrededor. La reina intentaría negociar: mi vida a cambio de mis padres. Ya había dicho Xander que era astuta. Pues bien, yo tendría que ser aún más astuta.

—Max está en lo cierto —afirmé, mostrándoles que había tomado una decisión—. Puede irse al infierno.

* * *

Todavía discutían sobre cuál era el mejor mensaje que debían hacerle llegar a la reina cuando salí de la estancia. Max quería dárselo él mismo, para asegurarse de que no malinterpretaba la misiva y para hacerle prometer que no me haría daño. Pero Xander no estaba de acuerdo porque no acababa de fiarse de Max. Al final, Claude fue el elegido, junto con uno de los soldados de la resistencia. Aún no habían decidido quién sería ese soldado.

Como estábamos bajo tierra, siempre en la oscuridad, no controlaba si era de día o de noche cuando pasaba por los túneles, pero sí era consciente de que me dolían los huesos. Entré en la habitación y Angelina estaba despierta. No sabía si había dormido. Me puse de rodillas, y ella se echó en mis brazos. Olía a sudor, a dormida y a suciedad, como comprobé al abrazarla. En sus ojos azules se notaban las noches de poco descanso y de sueños interrumpidos. Cuando la miraba, no me costaba imaginar que fuese una persona muy especial.

Por otra parte, yo sentía los ojos cansados. Me picaban y me los froté para ver si me quitaba el cansancio de encima.

Observé el camastro en el suelo, la almohada y la sábana raída. Brook se llevó a Angelina a desayunar y yo me rendí a un sueño inquieto, lleno de ensoñaciones de

soldados, reinas y almas perdidas.

* * *

Me desperté con el sonido del agua que vertían de un recipiente a otro. No era un sonido fuerte, pero lo oí. Abrí los ojos y esperé que lo que presenciaba no fuese una ilusión: una gran bañera de metal de la que emergía vapor.

Un baño. Alguien me había traído un baño.

Eden descorrió la tela que tapaba la entrada y entraron dos hombres cargados con enormes cubos de agua que volcaron en la bañera.

—Claude ha vuelto. Saldremos tan pronto como todos estén listos. —Me miró con sus ojos negros—. Xander pensó que te gustaría bañarte antes. —Y se dispuso a salir—. Estaré aquí fuera.

—¡Espera! ¿Dónde está Angelina?

Con un semblante calmado, asintió. Era más fácil de tratar cuando se mostraba así, porque también me hacía sentir relajada, incluso cuando me acababa de informar que íbamos a ver a la reina.

—Ya ha comido, pero quería quedarse a jugar con otros niños y he pensado que le iría bien. Aquí el tiempo pasa despacio si no tienes nada que hacer.

Por supuesto, tenía razón. No quería que Angelina se quedase encerrada en aquella oscura habitación todo el día. O toda la noche, no sabíamos.

—Muy bien —acepté.

Corrió la cortina y miré el agua. No me había imaginado que un baño resultaría tan tentador, sobre todo en una bañera de metal. Me desnudé rápido y me deslicé bajo el agua. Como no había jabón, me limité a chapotear y a disfrutar del tacto del agua sobre mi piel. Vi que aparecían moratones en mis costillas, de cuando Xander me había lanzado al suelo, y los toqué, dolorida, con los dedos. Cabía muy justa en la bañera y era un poco incómodo, pero conseguí recostarme y meter la cabeza y la cara bajo el agua. Me pasé los dedos por el cabello y lo froté como pude. Era como rozar el paraíso.

Pero tampoco pude quedarme mucho rato, porque el agua se enfriaba. Me puse de pie y cogí la toalla raída que me habían dejado. Vi entonces una pila de ropa limpia a los pies de mi camastro. Mi ropa, de mi casa. También estaba la de Angelina. Parecía arriesgado haber enviado a alguien a nuestra casa para traernos ropa limpia.

Me sequé y me vestí rápido, y me senté al borde del camastro mientras me secaba el cabello con la toalla. Me peiné con los dedos. Era como si hubiesen pasado siglos desde la anterior vez que me había aseado y había dormido, unos auténticos lujos desde que había empezado todo aquello. Y solo habían pasado dos noches desde los ataques.

Noté unos pasos suaves cerca de la entrada.

—¿Charlie? —Era la voz de Max.

Me di cuenta de que estaba sola y se me aceleró el pulso.

—Entra —respondí.

Cuando lo hizo, no pude esconder una gran sonrisa, a pesar de que no quería darle a entender que me alegraba de verlo.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el espacio junto a mí en el camastro.

Asentí, seria, aunque estaba muy nerviosa por tenerlo sentado a mi lado.

—¿Cómo te sientes? Ya sabes que no tienes que hacerlo.

—Todo irá bien —afirmé, mordiéndome el labio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Xander hizo bien en no enviarte a ti? ¿Podemos... puedo confiar en ti?

Sonrió y me apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—Puedes confiar en mí, Charlie. Y también Xander, aunque a veces tenga ganas de darle un puñetazo en la cara. Lo sabe, pero no quiere admitirlo.

Su sonrisita era una tentación a la que quería ser inmune, pero no me incliné hacia él. La lámpara del rincón parpadeó y dibujó sombras en su rostro, cambiando sus rasgos y su color. Daba igual cómo bailaba la luz sobre su cara, porque seguía siendo muy guapo.

Su boca se acercó a la mía y miré fijamente sus labios, sin aliento.

—¿Qué hora es? —pregunté para evitar que se acercase más.

Sonrió y pude ver sus dientes en detalle, hasta una pequeña marca que no se distinguiría desde una distancia lógica. Su aliento era cálido y olía a promesa.

—¿Por qué? ¿Preferirías estar en otro sitio ahora? —Tenía una voz grave y áspera, con algo que me hacía levantar los dedos de los pies.

Cuando sus labios tocaron los míos, sentí que mi corazón dejaba de latir, como si perdiera su ritmo por el beso. Cerré los ojos y quise apartarme de él, pero no pude.

Al principio solo fue un amago, un breve encuentro entre nuestros labios rozándose. Como la caricia de una pluma... o más suave aún. Mi pulso irregular hablaba su propio idioma.

Pero me acerqué más en lugar de alejarme, como me advertía a mí misma, para responder a su petición ofreciéndole la mía. Respondiéndole que quería más.

Me pasó los dedos por mi cabello aún húmedo y me abrazó contra su pecho en un profundo beso. Llevé mis manos a sus hombros y me aferré a él mientras mis labios se separaban, insegura de lo que hacía, pero con la urgencia de sentirme más cerca de él. Deslizó su lengua en mi boca y sentí como si un fuego líquido corriese por mis venas y me hiciese temblar de deseo y de temor a la vez.

Nunca había deseado algo tanto en toda mi vida.

Nunca había estado más asustada por lo que sentía.

Todavía temblaba cuando bajé la cabeza y puse fin al beso. Nada me había costado tanto de hacer. Sentí mis labios como hinchados, secos y fríos sin el contacto de los suyos. Max tenía los ojos vidriosos, como seguramente estaban también los míos. Nunca había visto cómo era la expresión de la pasión interrumpida, pero sin

duda era lo que estaba presenciando ahora. Desilusión.

Él se recuperó más rápido que yo y en unos segundos respiraba con normalidad. Eso me dio rabia, porque era como si tuviese más práctica que yo. Lo miré para olvidarme del arranque de celos que ese pensamiento me había provocado.

—¿Qué estamos haciendo? —musité.

—Creo que besarnos.

—Chisss —lo reprendí. Le tapé la boca con la mano sin querer pensar en lo que esos labios habían hecho sentir a los míos. No quería que Eden nos oyese.

—Pero ¿qué pasa, Charlie? ¿Estás enfadada porque te he besado o porque me has correspondido?

Bajé la voz:

—No sé cómo acabará esto. ¿Qué puede surgir de aquí? ¿De nosotros?

Me sujetó la barbilla y sentí una punzada en el estómago.

—¿Quién dice que tiene que acabar?

Acarició con los dedos mi labio inferior. Cerré los ojos para no mirarme en los suyos, para no imaginar mirarlos para siempre.

—Soy la hija de un Comerciante, Max. —Al decirlo, se me partió el corazón.

Max me obligó a mirarlo a los ojos y respondió:

—Tú eres una princesa, Charlie.

Todo a nuestro alrededor se quedó congelado mientras Max me miraba. Nunca me acostumbraría a esas palabras. Una cosa era hablar de audiencias con la reina, o de que mi hermana y mi padre eran miembros de la antigua familia real, y otra muy distinta era que me identificaran como de la realeza. Quería obviarlo.

Pero sí, él lo había dicho: yo era una princesa, aunque entre sus brazos me olvidaba de todo. Entre sus brazos, solo era yo misma.

—¿Entonces es eso? —No quería preguntárselo, pero necesitaba saber la verdad.

Max me miró confuso.

—¿De qué hablas?

—Esto. El beso. La razón por la que desperté tu curiosidad... ¿fue porque sospechabas que era una princesa?

¿Quién sino podría ser adecuada para una persona de la categoría de Max?

Me desarmó con su sonrisa. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me acarició el corazón con su voz poderosa.

—Me las habría ingeniado para que estuviésemos juntos aunque fueses hija de un Comerciante, Charlie. Tú me fascinas, pero no por las razones que piensas.

Se acercó y me besó de nuevo. Un beso dulce, suave y tierno que acalló mis argumentos y me robó el corazón. No entendía cómo un gesto tan simple podía resultar tan trágicamente maravilloso.

LA REINA

La reina se reservó la sonrisa, su real sonrisa, pese a que se sentía muy complacida.

—¿Habéis localizado su base de operaciones? ¿El corazón de sus movimientos?

—Sí, Majestad —asintió Baxter.

Ella apretó los labios.

—¿Estás seguro? No toleraré otro error.

Él bajó la cabeza al acordarse de sus limitaciones. A pesar de su constitución robusta, temblaba.

—Por supuesto que no, mi reina. Esta vez estamos seguros. Los rebeldes enviaron a un pequeño grupo de soldados a la ciudad para escoltar a alguien hasta la parte este. Nuestros confidentes nos han dicho que pudieron seguir al contingente rebelde hasta su escondite subterráneo. Esta vez los tenemos.

Estaba casi temblando de la emoción. Sus siguientes palabras serían las que tanto tiempo había esperado pronunciar:

—¿Cuándo estaremos preparados para atacarlos?

Baxter observó brevemente a la mujer sentada en el trono.

—Cuando lo ordenéis, Majestad. Las tropas solo esperan vuestra orden. —Ya no pudo contener más su sonrisa.

—Muy bien, Baxter. Eso está francamente bien.

Percibió cierto alivio en la cara de su consejero. Él sabía que se había librado de una sentencia de muerte gracias a esta noticia. Ya no podía decepcionarla más.

—Por cierto, Baxter. —Se puso uno de sus arrugados dedos sobre los labios, como si pensara en los preparativos.

—¿Sí, Majestad?

—Que corra la voz. No me importa cómo te las arregles, pero no quiero que nadie cuestione mi decreto. Que sepan que pronto tendrán una nueva reina.

XX

—Debes esperarme aquí, Angelina. No hay tiempo para discusiones. Te prometo que no tardaré en volver. —Me incliné para decírselo al oído—. Y, si te portas bien, te traeré una sorpresa. —Le sonreí. Seguro que podía encontrar algo especial que le gustara a una niña de cuatro años—. Eden se quedará contigo. —Le lancé una mirada a la mujer de pelo azul que nos acompañaba—. Ella me ha prometido que te cuidará muy bien, ¿verdad Eden?

Eden asintió sin entusiasmo, tan fría como un soldado. Miré a Angelina.

—Confías en ella, ¿no?

Angelina fijó sus ojos en los míos y tardó en responder. Eso me preocupó. Necesitaba la respuesta de Angelina. Y entonces sus ojos brillaron y asintió levemente.

Nadie más hubiese entendido el significado de ese gesto. Con él, Angelina me había dicho que Eden era honesta. Así descubrí cuál era el otro don de Angelina. Lo que yo creía que era una extraña intuición, una inspiración de en quién se podía confiar o no, era más que eso. Como su don para curar.

De ahí que nuestros padres se preocuparan tanto, que nos protegieran y nos enseñaran a mantener en secreto nuestros inusuales talentos. Siempre habían sabido quiénes y qué éramos.

Me alegré de que mi hermana estuviese satisfecha con el trato. Le di un beso en la mejilla y noté el dulzor que desprendía su boca. Parecía que su niñera ya le había dado un regalito. No era de extrañar que se quisiese quedar con Eden.

Me dirigí a Max e intenté respirar para calmar los nervios y reafirmarme.

—De acuerdo. Estoy lista.

Aparte de mi hermana, Max me repitió:

—Sabes que no estás obligada a hacerlo, ¿no? —Sus palabras contenían una sombra de duda.

—Lo sé. Pero es la única manera de asegurarme de que mis padres están vivos. Ya oíste a Claude. La reina ha prometido no hacerles daño si voy a palacio.

—Pero no ha prometido liberarlos —me contradijo Max para recordarme, otra vez, que su abuela sabía muy bien qué palabras usaba—. Todavía puedes negociar un encuentro en otra parte. El palacio es su terreno.

—Este es su país, Max. Allá donde vaya es su terreno. ¿De verdad piensas que no nos superaría en apoyos dondequiera que nos encontrásemos? Además, cuanto más lejos estemos de Angelina, mejor.

Detuve a Max, como una excusa para cogerle de la mano. Me arrastró hacia él y me llevó a un sitio más tranquilo donde pudiéramos hablar en privado. Miró cómo se

entrecruzaban nuestros dedos. Mil mariposas me recorrían el estómago. Sentía su aliento en mi mejilla y deseaba ladear la cabeza para que mis labios se encontrasen con los suyos. Sus caricias me distrajeron, y tuve que esforzarme para recordar de qué quería hablar con él a solas.

Muy bajito, le pregunté:

—¿Quién es Xander?

Max movió la cabeza de manera brusca.

—¿Quién es? Pues el líder de los revolucionarios.

Sabía que no me creería esa mentira. Aunque no tenía a mi hermana al lado para confirmarlo, no colaba.

—Sabes exactamente lo que digo, Max —insistí, con los brazos en jarras—. Quiero saber por qué habla el idioma real como tú. ¿De dónde es? ¿Por qué sabe tanto sobre la reina?

Ya no podía negarlo, y se quedó en silencio. Al final, suspiró:

—Es de palacio, Charlie. Xander es mi hermano.

* * *

—Te lo tenía que haber dicho antes —insistió Max una vez estuvimos dentro del vehículo que nos esperaba. Se sentó a mi lado, pero parecía estar a kilómetros de distancia—. Pero no encontré el momento. De todas formas, creo que eso ya no importa ahora.

Íbamos solos en el asiento de atrás. Max había insistido para que Xander, Claude y Zafir fueran delante. Así que, si hablábamos en un tono normal, podían oírnos. Max siguió hablando en voz baja, casi suplicando. Y yo seguí sin decir nada, tozuda.

Era la primera vez que subía a un vehículo que funcionaba con gasolina. Me sentía como si flotase en una nube. Corría con suavidad, como la seda, por las calles empedradas. Los automóviles eran escasos, incluso en las calles del Capitolio. La gente se apartaba a nuestro paso y miraba fascinada desde las aceras. Casi nadie de mi clase se podía permitir algo así.

Hasta que recordé mi verdadero lugar y sentí que me equivocaba. De hecho, este era uno de los lujos dignos de alguien de mi estatus. No sabía si me acostumbraría a él alguna vez.

Miré por la ventanilla y vi los muros de cemento de la ciudad. Pasamos por los puntos de control sin detenernos. No nos pidieron la documentación ni inspeccionaron el vehículo. Ni cuestionaban que no fuésemos legales.

Era el día de las primeras veces, porque tampoco había visto nunca el campo. Había nacido y crecido dentro de los muros de la ciudad. Me habían contado historias de los prados, los bosques y las pequeñas aldeas, y había visto dibujos. Pero experimentarlo me pareció increíble. Era casi tan dulce como mi primer beso. Se me puso la piel de gallina al pensar en los labios de Max sobre los míos, y me acordé de

que seguía junto a mí. En el coche reinaba un silencio pesado, pero por mucho que quería ignorarlo, deseaba hablarle. Y él se había disculpado varias veces.

«La curiosidad es una droga muy adictiva», solía decirme mi padre cuando yo no paraba de preguntar. Quería acatar las advertencias de mi niñez respecto a mi naturaleza inquisitiva, pero me ganó mi interés. Sin mirar a Max, le pregunté:

—¿Cómo puedes negar a tu propio hermano?

Su expresión se apagó.

—Yo no le di la espalda. Fue él quien decidió que ser noble no era suficiente. Él quiso cambiar el mundo.

Miré a los hombres sentados delante de mí, la nuca de Xander. ¿Cómo no me había percatado del parecido entre él y Max, en su mirada llena de tonalidades metálicas, en su constitución y en sus modales? Hasta tenían voces similares. Me había concentrado tanto en las diferencias que había pasado por alto las similitudes.

Max intentó acortar distancias cogiéndome la mano. Me resistí.

—Cada mentira que descubro tiene que ver contigo.

Mis palabras eran ciertas y, sin embargo, sabía que podía confiar en Max. Angelina me hubiese advertido si él no fuese leal.

Inspiró con impaciencia, y Zafir giró la cabeza y levantó las cejas para comprobar si su príncipe estaba bien. Max sacudió la cabeza para convencer a su guardia de que sí.

—Charlie, por favor, no te pido que tomes partido ni por mí ni por mi hermano. Pero vas a encontrarte con mi abuela. Permíteme estar a tu lado. —Estrechó mis manos y me miró como rogándome—. Ten fe en que quiero lo mejor para ti y en que haré todo lo que esté a mi alcance para mantenerte a salvo.

Max me hacía el mismo juramento que había escrito en la nota que encontré en mi libro de historia. Al percatarme de hacia dónde nos dirigíamos, se me hizo un nudo en la garganta.

Al palacio. Al palacio de la reina.

Cerré los ojos y me dejé caer sobre el asiento.

* * *

No existía otro lugar como el palacio. Antes de que pudiésemos distinguir los edificios, atravesamos sus tierras durante un buen rato. El césped parecía haber sido cortado a mano, y cada brizna de hierba era tan perfecta que nos hacía navegar por olas de verde. Había estanques que relucían, poblados de aves acuáticas, y bosques hasta donde el ojo alcanzaba a ver. Si el paraíso existía, tenía que ser como aquello.

Los nervios y la angustia contribuyeron a que perdonase a Max. Sí, necesitaba su apoyo.

—Todo irá bien —me aseguró—. Estoy aquí.

Inspiré cuando el vehículo atravesó los portones de palacio, abiertos porque se

esperaba nuestra visita. A cada lado del camino de baldosas había setos podados a mano que no me dejaban ver el entorno y que me obligaban a mirar hacia delante.

Estaba ansiosa por ver el palacio por dentro y me incorporé un poco en mi asiento para intentar evitar a los tres enormes hombres que iban delante. Pero ocupaban demasiado y apenas capté pedazos de piedra, de hierro y de vidrio. Nada que pudiese saciar mi ingente curiosidad ni calmar mis crispados nervios.

Todo ocurrió demasiado rápido para que pudiese disfrutar de cualquier vista. El vehículo se paró y se abrió la puerta. Tenía el pulso a mil por hora. Max salió antes y sabía que me esperaba, pero no podía moverme.

Xander me miró con admiración desde el asiento delantero.

—Puedes hacerlo, Charlie. Eres mucho más fuerte de lo que piensas.

Me pregunté si me diría lo mismo si supiera cómo me temblaban las manos, que tenía escalofríos como el hielo y que me desmayaría si me movía demasiado rápido. O si respiraba.

«Mis padres están ahí —me dije—. Y Aron. Me necesitan».

Fue suficiente para que me pusiera en marcha.

Tomé la mano de Max y dejé que me ayudase a salir del refugio del vehículo. Contuve el rechinar de mis dientes y busqué sus ojos. Necesitaba que me contagiase su calma.

Su ternura acabó con mi miedo y me dio fuerzas.

Al salir del coche, la opulencia del palacio me impresionó, más que los mil soldados uniformados que lo protegían formados en perfectas filas. Cada músculo de su cuerpo estaba alineado mientras esperaban... algo. Eran muchos y se mostraban poderosos y autoritarios. Resultaba abrumador verlos.

Contuve la respiración y abrí los ojos.

Max me tomó del brazo y me animó a andar. Zafir y Claude caminaban con nosotros, uno a cada lado.

De la multitud de hombres emergió una voz con una orden, y en un instante las mil cabezas hicieron una reverencia y los mil hombres se arrodillaron al unísono. Me sobrecogí ante esa muestra de respeto y los coordinados movimientos de reverencia.

Solo había presenciado algo así una vez, en el refugio subterráneo de la noche de los ataques. Cuando supe que Max era un príncipe.

—¿Lo... lo hacen por ti? —pregunté a Max al tiempo que cogía su mano, sin importarme quién nos viese.

Esperé la respuesta mientras repasaba la visión de los soldados arrodillados en señal de respeto.

—No, Charlie. Es por ti.

LA REINA

Se quedó de pie junto a la ventana, observando cómo sus hombres, los guardias y los soldados, le hacían la reverencia a la chica. Baxter había hecho circular el mensaje por todas las esferas del ejército para asegurarse de que la nueva reina tendría una bienvenida apropiada.

Ella era la chica a la que tanto había buscado. Ella era la heredera que deseaba encontrar. Tendría que ir con pies de plomo para asegurarse de que cooperara. No podía cometer ningún error. Si jugaba bien sus cartas, esa chica podía suponer otra vida como reina. Un nuevo comienzo.

Si se equivocaba, si lo que sabía de la chica no era verdad, todo estaba perdido. Todo.

Alexander salió del vehículo, y ella se puso tensa. Visualizó los días en los que contaba con su apoyo, el único chico que tenía su beneplácito. Era el primogénito de su hijo, un niño travieso que siempre había tenido una tendencia a la bondad. Nunca le había afectado su apariencia implacable y sus miradas de hielo. Cuando se subía a su regazo y le sonreía, algo que ningún otro niño osaba hacer, se le derretía su gélido corazón. Le daba dulces y regalos. Le había permitido acceder a su parte más íntima y lo había educado y acogido entre los muros de palacio para tenerlo cerca.

Lo quería.

Y él le dio la espalda.

Y allí estaba, un enemigo de la Corona, junto a la chica. Ver a su alguna vez amado nieto le heló la sangre. Estaba ansiosa por ver su cara cuando le entregase la sorpresa que le tenía reservada.

Y allí estaba también Maxmilian, su otro nieto. También acompañaba a la nueva heredera. Pero él no la conmovía. Le preocupaban más sus leales protectores, que también flanqueaban a la chica. Siempre se mantendrían fieles a Max, al niño que habían jurado proteger, y si este ya había decidido de qué parte estaba, si estaba embelesado por una cara bonita, también lo estaban ellos.

No había que subestimar el poder de los guardias reales.

Por suerte, la reina tenía su propio plan. Un plan para acabar con todos que ya estaba en marcha.

XXI

En mis oídos resonaba el eco de los gritos de Max mientras se lo llevaban los guardias de su Majestad. No habíamos previsto que nos separasen a nuestra llegada. Eso sí, ninguno de los guardias armados que nos rodeaban se atrevieron a tocar ni a Claude ni a Zafir, aunque ellos también estaban incluidos en la detención, solo que los tenían controlados. No me imaginaba la cantidad de huesos rotos que hubiese supuesto luchar contra ellos.

Me superaban las circunstancias. No esperaba que la reina Sabara nos hiciera prisioneros. Se trataba de una audiencia, quise creer. Lo único que deseaba era tener la oportunidad de negociar con la reina. Pero lo que más me sorprendió fue que Zafir se negase a acompañar a Max, al príncipe que había jurado proteger con su vida, y que se quedase conmigo. No lo entendía, y él tampoco quiso explicármelo. Nadie se atrevió a cuestionar al gigante cuando tomó mi brazo y se resistió a separarse de mí. Contaba con su protección, lo quisiese o no.

Caminé hasta una ventana, dejando mis huellas marcadas en la pesada alfombra.

—¿Cuánto tiempo más nos va a retener aquí?

Zafir no respondió. Yo no paraba de repetir las mismas preguntas, y él optó por no contestar. Eché un vistazo fuera, a las tierras por las que habíamos pasado de camino a palacio. Las que me habían resultado idílicas ahora parecían desoladas. Una barrera más entre nosotros y la ciudad que habíamos dejado atrás.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero me negué a llorar. ¿La audiencia estaba concertada, o todo esto solo era una trampa desde el principio? Si era así, ¿a quién querían capturar? ¿A mí o a Xander?

Me sentí culpable por haber aceptado que Xander viniera. Era responsable de los que lo apoyaban y confiaban en él. No tenía que haberle permitido que me acompañara a palacio. Se lo debía haber prohibido.

Pasé la mano por el alféizar de la ventana. El trabajo de artesanía que recogía hasta el más mínimo detalle de la habitación me pareció maravilloso. La talla a mano era exquisita. Había memorizado ya cada detalle lujoso del dormitorio en el que me retenían. Llevábamos allí horas. Era la habitación más opulenta que había visto o que había podido imaginar. Cada tela, también la ropa de cama, estaba tejida a mano. Cada mueble se había construido expresamente. Cada pieza de metal tenía una forma perfecta, era valiosa y había sido pulida hasta brillar de forma cegadora.

Una prisión muy bien elegida.

—¿Crees que Max está cerca? —le pregunté a Zafir. Aún no tenía fuerzas para preguntar por mis padres. Temía desmoronarme.

Zafir seguía de pie en el mismo punto desde que habíamos llegado. Junto a la

puerta y sin moverse ni casi pestañear. Me miró y me pregunté si sentía lástima por mí.

—Sus aposentos están en la planta superior. Estoy seguro de que lo han llevado allí.

—¿Tiene sus propios aposentos?

—Es un príncipe. Y esta es su casa.

Di un paso atrás y tropecé con una silla. Su casa. ¿Cómo no había caído en eso? Me sentí como si me hubiesen dado un bofetón. Esto no parecía ser la casa de nadie.

—¿Y sus padres? —seguí con las preguntas, sin poder contenerme.

A Zafir no pareció importarle desvelar la historia de Max.

—Su padre, el hijo de la reina, murió en un accidente de caza poco después del nacimiento de Max. Cuando la reina vio que la madre de Max ya no podría darle más herederos y que nunca podría tener una princesa, le pagó para que se marchara. No se ha sabido más de ella.

No pude imaginar lo que eso había supuesto para Max y para Xander. Crecer sin su padre y saber que su madre los había abandonado por dinero. Vivir en este palacio sin sus padres.

No podía contener el llanto. Me tembló la voz.

—¿Y mis padres, Zafir? ¿Y Aron? ¿Dónde estarán ahora?

—Están aquí —afirmó sin entusiasmo.

De la otra parte de la enorme cama con dosel surgió un crujido, como si una piedra muy pesada se deslizase sobre otra. Zafir abandonó su puesto delante de la puerta y me apartó. La pared se abrió. Había una entrada secreta.

Xander salió del agujero luciendo una amplia sonrisa. Claude caminaba a su lado, pero no sonreía. Y luego Max los empujó y corrió hacia mí para abrazarme y besarme el pelo, las mejillas y los labios.

—¿Estás bien? —suspiró cerca de mi frente, y yo asentí, muy consciente de que todos nos observaban. No podía creer que había venido a buscarme.

—Daos prisa —se apresuró a decir Xander—. No sé cuánto tiempo tenemos antes de que se den cuenta de que hemos desaparecido.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando la abertura, un pasadizo oculto entre las paredes del castillo. Max me arrastró. Oí el chirrido de nuevo tras de mí cuando Zafir volvió a sellar la cavidad.

—Jugábamos por estos pasadizos cuando éramos pequeños —me contó Max. Vi cómo Xander y él intercambiaban una sonrisa a la luz de la antorcha—. Recorren todo el palacio y conectan casi todas las habitaciones, además de los sótanos. Xander y yo buscábamos tesoros allí. Hay una habitación llena de objetos de la época del reinado de tu familia. —Y añadió—: Allí encontré el medallón.

Xander nos guiaba con pasos seguros, como si pudiese hacerlo a ciegas. Yo no me sentía tan segura, y me apoyé en Max. Cuando él se movía, yo lo seguía. Cuando se detenía, yo hacía lo mismo. Zafir se quedó el último, en la retaguardia. Delante de

Max y de mí, Claude estaba listo para el ataque.

—¿Adónde vamos?

Xander respondió al tiempo que dábamos vueltas y vueltas por los intrincados pasadizos.

—Me temía que Sabara prepararía algo así, así que ordené a Brooklynn que viniera con algunos hombres. No tendrán el privilegio de viajar en el transporte real, pero pronto estarán aquí.

—¿Y entonces?

Max estrechó mi mano.

—Entonces, rescataremos a tus padres y a tu amigo y nos largaremos de aquí.

* * *

El panorama cambió cuando salimos de los estrechos pasadizos y llegamos a un sótano que parecía una mazmorra. Había lámparas de aceite alineadas por los pasillos y un poco más de claridad. Nos topamos frente a frente con unos veinte hombres armados, todos vestidos de un tono rojo vivo, que era el color de la guardia de la reina. Al principio, Xander se puso en guardia. Max me colocó detrás de él, con mi espalda contra la pared.

Uno de los hombres de la reina se adelantó. Su uniforme estaba decorado con las estrellas doradas que brillaban y las borlas de comandante. Era imponente.

—Quedaos donde estáis —ordenó— y poned las manos donde pueda verlas. — Me miró a mí—. Todos.

Obedecí y levanté las manos, pero Max me obligó a bajarlas. No nos rendíamos.

—No hemos hecho nada —dijo con voz firme—. Bajad las armas y nadie saldrá herido.

Los cuatro hombres que me acompañaban se lanzaron miradas cómplices. Parecía la única que creía que estábamos en desventaja.

Se hizo un largo silencio. Veinte hombre vestidos de rojo miraban impasibles, como un muro infranqueable, a Max, a Xander, a Claude y a Zafir. Nosotros teníamos el tamaño de nuestra parte. Ellos nos superaban en número.

—¡Xander, cuidado! —advirtió Max a su hermano cuando uno de los guardias de la reina rompió la formación y avanzó hacia él.

Xander se movió como un suspiro hasta su tobillo y sacó una navaja de la bota. Esta trazó un perfecto arco en el aire, veloz y segura, y el guardia se desplomó en el suelo, entre convulsiones e intentando taponar la herida de su garganta.

Claude y Zafir se enzarzaron en la pelea antes de que pudiese pestañear. Max me apartó de la escena y se quedó a mi lado, pese a que deseaba unirse a la lucha.

Tres hombres se abalanzaron a la vez sobre Claude y, cuando ya creía que él cedería a su peso, se los quitó de encima y propinó un golpe certero a la mandíbula de uno de ellos. Redujo al segundo hombre retorciéndole el brazo en la espalda,

obligándolo a arrodillarse. El tercero soltó un alarido de dolor cuando le rompió la nariz.

Xander pasó por su afilada cuchilla a dos guardias más. Había sangre por todas partes. Zafir luchó como nadie, moviendo manos y pies con agilidad para tumbar a sus enemigos con algunas patadas en el pecho. Acabó con algunos de ellos antes de que pudiesen controlar su movimiento para destrozarles las costillas.

—Ayúdalos —le pedí a Max, pero él me miró con el ceño fruncido.

—No te abandonaré una vez más —juró—. Ellos se las apañan muy bien solos.

Zafir desarmó sin esfuerzo a un guardia que sujetaba su espada contra la garganta de Claude, rodeándole el cuello con el brazo. En veinte segundos, el hombre cayó al suelo como un saco de patatas.

Dos hombres atacaron a Xander por sorpresa y le hirieron en el brazo con una daga. La sangre corrió por la herida; Xander dejó caer su navaja y, de forma instintiva, se llevó la mano al brazo. El guardia le puso la daga en el cuello. Max se puso tenso.

—¡Ve! —le rogué, y no se lo pensó dos veces.

Max corrió hacia el guardia armado y lo golpeó hasta que cayó al suelo. El sonido del cuerpo del hombre al caer contra el sólido suelo resonó por todas partes. Tenía los ojos en blanco.

Antes de levantarse, Max propinó un codazo a otro hombre que amenazaba a su hermano. El hombre intentó mantener el equilibrio, pero se tambaleó y se derrumbó.

—¡Ya basta! —gritó el comandante junto a mí. Había conseguido llegar hasta donde estaba y, antes de que pudiese reaccionar, moverme o incluso respirar, sentí el frío acero de su espada en mi garganta.

Xander fue el primero en darse la vuelta, seguido de Zafir, de Claude y de Max, que temblaba de la rabia y nos miraba furioso. Hasta temí por el comandante.

—Ahora nos vamos a calmar —afirmó el hombre con su brazo rodeando mi pecho y obligándome a caminar—. La reina nos espera.

XXII

Allí había más de treinta guardias de la reina, aunque solo uno llevaba un rifle como los de los soldados y los guardias repartidos por todo el Capitolio. Incluso los miembros de la resistencia preferían las armas de fuego a las espadas, pero en palacio abundaban las armas blancas, como las navajas, las dagas, los arcos y las espadas de doble filo. Resultaba anticuado.

Miré a mis cuatro acompañantes. Estaban cubiertos de sangre, sobre todo la de otros. Los obligaban a andar amenazándolos con una daga. Yo también sentía la presión del acero en mi carne.

—Mirada al frente —indicó el comandante.

Quería mandarlo al infierno, pero me jugaba el cuello.

Me sobresalté cuando llegamos a las puertas talladas de la entrada más grande que había visto. Era más alta que mi casa entera.

Por fin iba a conocer a la reina.

Varios hombres abrieron las puertas y se inclinaron a nuestro paso. Estaba muy nerviosa, pero no pude evitar mirar a mi alrededor. Aquella estancia enorme, sus techos altos, los suntuosos tapices y una chimenea que ocupaba una pared entera. La realeza no se negaba ningún lujo.

Pese a que estábamos casi en verano, una gran lumbre llameaba enmarcada por la repisa esculpida. Miré el trono y me pregunté si nos querían seguir reteniendo y esta era otra habitación en la que tenernos cautivos. Porque no nos esperaba nadie.

No podía evitar preguntarme dónde estarían mis padres, si estaban cerca. Me aferré a la esperanza de que su prisión fuera al menos tan fastuosa como la mía, pero me temía que su suerte podía ser cualquier cosa menos magnífica.

La idea de que la reina los había utilizado en su juego me revolvió el estómago y avivó mi reticencia a conocerla.

No tuvimos que esperar mucho. Su Majestad llegó con toda la fanfarria que era de suponer en una reina. Sin embargo, si esperaba encontrar a una mujer autoritaria que intimidase con su sola presencia, estaba muy equivocada. La reina era tan incapaz de intimidarnos como de andar por sus propios medios.

La anciana accedió a su trono en silla de ruedas. Aquella mujer arrugada y frágil que gobernaba un reino, ahora era traicionada por el cuerpo de otra. Su mirada era fulminante.

Todos los guardias que nos custodiaban dieron un paso atrás, pero nosotros no nos movimos. Me quedé estupefacta cuando todos, incluidos Max y Xander, un revolucionario y nieto de la reina, se inclinaron en su presencia, a pesar de que eran sus prisioneros. Yo los imité y no me levanté hasta que me lo ordenaron.

Xander me había advertido que no me dejase engañar por su aspecto delicado, pero era difícil ignorar su debilidad. Era una anciana que no podía ni sostenerse. Parecía imposible que fuese tan despiadada como nos habían hecho creer. Hasta que el sonido de su voz clara irrumpió en la sala, algo que no correspondía a su delicada constitución. Fijó sus ojos opacos en mí. Conté en silencio mientras inspiraba y espiraba para calmar los nervios.

—Acércate, Charlaina Di Heyse.

No me sentía identificada con ese apellido: solo lo había visto en mi libro de historia. Era muy extraño escucharlo de sus labios y asociarlo al nombre que me habían puesto mis padres.

Me puse en pie. Me temblaban las piernas.

Creí que Max se quedaría quieto en su lugar hasta que le ordenasen moverse. Teníamos que obedecer las normas, pese a las circunstancias especiales que rodeaban esta audiencia, y él era un prisionero. Todos lo éramos.

Pero se acercó a mí y enlazó sus dedos con los míos. Un príncipe en su castillo, su casa.

«Tengo un objetivo —me recordé una vez más—. Mi familia confía en mí».

La reina intentó sonreír. El ambiente olía a humo de lumbre y al poder de la reina. No sabía si era un gesto de buen humor o de mofa hacia mí, y su voz tampoco lo aclaró.

—Así que tú eres la chica que ha puesto mi país patas arriba. —Sus ojos pálidos ya estaban muertos, y ni miró a Max, que estaba junto a mí.

Negué su afirmación:

—No, Majestad. —No sabía qué clase de respuesta esperaba. Pero por la manera en la que apretó los labios, noté enseguida que me había excedido—. No... no era mi intención.

—Claro que no tenías esa intención, querida. Pero lo has hecho. —Hablaba adrede en el idioma real, y me di cuenta de que sabía que la entendía.

Max estrechó mi mano para animarme, e intentó intervenir.

—No puedes hacer esto —le espetó a su abuela con su voz grave y firme—. No puedes convertirla en tu rehén. No puedes negociar con ella como si fuese una mercancía. Ni obligarla a ocupar el trono.

Esperé a que la reina le contestase, pero solo miró impasible mi rostro, como memorizando cada detalle y haciendo ver que no escuchaba a Max. Quería librarme de su mirada.

—*Te he buscado tanto tiempo...* —Se calló, para retomar la palabra—. *Serás una reina buena, fuerte, maravillosa.*

—¿Y si no quiero ser reina?

Pensé que levantaría la voz y desataría su ira. Pero sonrió.

—No está en tus manos, niña. Nunca lo ha estado.

Xander se adelantó. Había arrancado parte de la manga de su camisa para hacer

un torniquete en la herida del brazo. Todavía sangraba. Se colocó delante de mí y de Max, como si se hubiese cansado de la conversación.

La reina y él se miraron con hostilidad, y me pregunté cuándo había sido la última vez en que habían estado cara a cara así. Sentí que Xander estaba más en peligro que cualquiera de nosotros.

La reina habló en tono amenazador:

—*¿Cómo osas venir a mi casa? ¿Con qué derecho te presentas ante mí?*

En la voz de Xander no se podía apreciar la amargura que escondía su cara llena de cicatrices.

—Abuela —dijo con una reverencia cómica y hablando en *englaise* para rechazar su ascendencia real—, es siempre un placer.

—*No me llames abuela, muchacho insolente. Soy tu reina y tienes que mostrarme el respeto que merezco mientras estés entre estas paredes.* —Sus ojos brillaban—. *Hubo un tiempo en el que habría hecho lo que fuera por ti* —dijo con un tono casi afectuoso. Hablaba como si hubiese olvidado que no estaban solos, como si mantuviese una conversación en privado con su nieto y no una discusión en público con el hombre decidido a destruirla—. *Mi dulce Alexander. Eres el único chico que me ha importado.*

Cerró los ojos y por un momento se permitió recordar. De nuevo vi a una mujer débil ante mis ojos. Xander sonrió.

—No serás mi reina por mucho tiempo. Charlie nunca aceptará tus condiciones. No aceptará recibir tu Esencia.

De pronto, la reina abrió los ojos y rio con socarronería.

—*Eso ya lo veremos, ¿no?* —Se quedó sonriendo. Sin considerar a Xander ni a mí misma, le dijo al guardia que estaba junto a ella—: *Traed a los prisioneros.*

XXIII

Primero vi a mi padre. Tenía las manos atadas a la espalda e iba amordazado. Sus cortes y heridas eran mil veces peores de lo que me esperaba. Mi madre se tambaleaba detrás de él y, cuando uno de los guardias la empujó, casi se enredó con los grilletes que atenazaban sus tobillos.

Sentí mi propio chillido cuando vi que traían a Aron a rastras. Arrastrado porque era incapaz de andar. Sus pies tocaban el suelo y tenía la cabeza colgando sobre su pecho. Pude oír sus quejidos, aunque eran muy sutiles. Lo tiraron al suelo como si fuera basura, como si su presencia fuera desagradable.

No esperé a que me dieran permiso para moverme. No había poder en el mundo que pudiese impedirme abrazar a mis padres. No me importaba. Aún no habían traspasado el umbral y los abracé, primero a uno y luego al otro, con cuidado de no presionar porque no sabía si estaban muy maltrechos. Me supo mal no acercarme a Aron, pero sabía que no era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Solo era un mensaje: la reina había mostrado clemencia con mis padres.

—*¿Estáis bien?* —les dije en parshon. Retiré la mordaza inmunda que cubría los labios cortados y llenos de sangre de mi madre. Le olía el aliento, por el hambre y la bilis; ya no desprendía el olor dulce de pan recién hecho.

Sus ojos estaban llenos de remordimiento.

—*¿Qué haces aquí, Charlaina? Te dijimos que te mantuvieras lejos, que protegeras a tu hermana costara lo que costase.*

Miré a la reina y di las gracias de que Angelina no estuviese aquí.

—*Está a salvo* —le susurré a mi madre. Ordené a los guardias—: Desatadlos. — Le quité la mordaza a mi padre y usé el trozo de tela raído para secar la sangre fresca que manaba de su cabeza. Me pregunté si hacía poco que los habían torturado y me dolió en el alma. Los guardias no se movieron y me dirigí a la mujer en el trono—: Por favor, no se escapan. ¿Qué inconveniente hay?

La reina levantó la ceja y asintió a mi requerimiento. Desataron a mis padres.

Mi padre no tuvo tantas miras como yo. Me abrazó con fuerza.

—*Siento mucho no haberte dicho quién eres, Charlaina. Estábamos preocupados por tu bienestar.* —Sus ojos hinchados e inyectados en sangre mostraban tristeza. Me abrazó de nuevo y, con un tono más calmado, casi en un susurro, dijo—: *No hagas lo que ella desea. Haz todo lo posible para salir viva de aquí, Charlaina. Aunque nos dejes dentro, si es necesario.*

Me estrechó más fuerte, como si quisiera asegurarse de que lo había entendido.

Pero antes de que pudiera negarme, la voz de la reina brilló como un relámpago. Sentí escalofríos.

—¡No hará nada de eso! Si lo hace, que se olvide de sus padres.

Mi madre me estrechó tan fuerte la mano que noté sus lágrimas incluso antes de que las derramase.

—*No la escuches, Charlie. Tienes que seguir con vida. Angelina necesita que sigas viva.*

En ese momento, el mundo a mi alrededor desapareció. Solo podía ver a mi padre, que cayó al suelo de rodillas y entre convulsiones, cogiéndose del cuello y con la mirada llena de pánico.

La voz furiosa de Max sonó:

—*¡Basta! ¡Libéralo!* —Increpaba a su abuela, la reina, que alzaba su dedo y señalaba directamente a mi padre. Xander se interpuso entre un guardia real y su hermano cuando aquel fue a detenerlo. Le propinó un puñetazo en la nariz. El golpe retumbó e hizo desistir al hombre, que se cubrió la cara con las manos.

Pero Max no alcanzó el trono. Un disparo de rifle lo paró todo. Un trozo de techo cayó sobre el pulido mármol a nuestros pies, como consecuencia del disparo de advertencia. Pero nos quedamos horrorizados al comprobar que el guardia que había disparado apuntaba con su arma a Max.

Nadie se movió. Nadie pestañeó.

Por quien más temía, sin embargo, era por mi padre.

No podía respirar. La reina bloqueaba su garganta mientras él luchaba contra su magia. Me quedé helada, sin poder moverme, y me dirigí a la mujer despiadada.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡No le hagas daño! —le imploré.

La reina, completamente indiferente a que amenazaran a su nieto, siguió con el puño en el aire.

—*No puedes detenerme, Charlaina. Lo único que puedes hacer es ofrecerte en su lugar.* —Apretó sus finos labios.

Miré a mi padre. Le salía sangre de la nariz y de los oídos. Mi madre lo observaba también, pero sus palabras fueron determinantes:

—No lo hagas, Charlie. Por nada. ¿Me oyes? Nunca. ¡Nunca!

Y entonces ella también se arrodilló y empezó a debatirse en silencio por no poder respirar.

Temblaba de pies a cabeza cuando me dirigí de nuevo a Sabara, viéndola por fin como lo que era: la quintaesencia de la maldad. Fue la peor decisión de mi vida. O mi vida o el perdón de mis padres. Pensé en Angelina, en la mejor opción para ella. Las lágrimas quemaban mis mejillas, pero al fin pude hablar. Cerré los ojos y contesté:

—No lo haré.

El silencio de una reina puede resultar ensordecedor y durar una eternidad. Ahí supe qué significaba un «para siempre» mientras esperaba su respuesta.

—Esperaba que solucionásemos esto de la forma más sencilla, Charlaina —afirmó, y abrió el puño lentamente hasta que bajó la mano.

Oí a mis padres inspirar ruidosamente, buscando el aire, y supe que los había

liberado, pero no quería dejar de mirarla.

—Lleváoslos —ordenó. No eran más que basura para ella. Mientras se abrían las enormes puertas desde fuera, añadió—: Ya veo que has elegido el camino más complicado.

Mientras se llevaban a mis padres y a Aron, dos guardias trajeron a una mujer que casi no pude reconocer debido a que la sangre de sus heridas le cubría el rostro. La dejaron en el suelo de mármol frente a mí. Tenía el labio inferior cortado, destrozado, lo que dejaba ver sus dientes. Si no hubiese distinguido sus mechones azules, nunca habría sabido que miraba a Eden.

Al menos hasta que también trajeron a Angelina.

XXIV

La mirada de Angelina me dejó casi tan aterrorizada como su presencia en la sala. Estaba demasiado tranquila para lo que había presenciado.

Xander gritó desesperado y quiso acercarse al cuerpo malherido de Eden. Ninguno de los guardias que estaban a su alrededor se atrevió a detenerlo. No pude dejar de mirarlo, llorando como un niño, con la cabeza de Eden entre sus manos, incluso cuando Angelina consiguió llegar hasta mí y estrechó mi mano.

Intenté sentir en el ambiente ese algo que Eden siempre llevaba con ella, esa energía que me confirmaría que seguía entre nosotros. Pero el aire estaba vacío, sin indicios de que Eden estuviese viva. Era terrible.

Xander abrazó a Eden y chilló a la mujer que ocupaba el trono.

—¿Cómo has podido? ¿Por qué le has hecho esto?

La reina, con la mirada perdida, le replicó:

—¿Crees que eres el único que tiene espías, Alexander? ¿Creías que nunca encontraría tu escondite subterráneo? No puedes vencer a una reina. —Tenía una voz tan majestuosa y autoritaria que costaba imaginar a otra persona ocupando su lugar en el trono. Miró a Xander y ordenó—: Apartadlo de ella.

Hicieron falta hasta cinco guardias para separarlo de Eden, y además lo trataron de forma brutal para conseguirlo. Lo golpearon en las costillas, en el abdomen, en la cara, en la espalda, y aun así siguió resistiéndose cuando los guardias lo llevaron a rastras.

Max les gritaba:

—¡Quitadle las manos de encima! ¡Dejadlo en paz! —Su tono era amenazante, como si fuesen a pagar por lo que hacían. Temí por ellos.

Lejos de allí, en los vastos jardines de palacio, se distinguían pequeños estallidos. Pensé que eran disparos, pero no tenía ni idea ni tiempo para considerarlo. No cuando había otra guerra en curso en esta misma sala.

Pero la reina también los oyó e hizo un gesto con la cabeza al hombre que tenía al lado, una orden sin palabras. Este se apresuró a salir para averiguar qué sucedía. Pero en ese momento Angelina captó toda mi atención, porque se arrodilló junto a la mujer que yacía a mis pies. Sentí miedo al ver lo que hacía, por si alguien la estaba mirando. Pasó suavemente su pequeña mano por la frente de Eden. Fue tan simple y tan rápido que dudé de que alguien lo hubiera percibido.

Esperé a ver qué ocurría, impaciente.

Y oí cómo un leve suspiro se escapaba de la boca de Eden, una señal de que aún no estaba muerta. Fue un suspiro muy dulce, y esperaba que Xander lo hubiese oído también.

—Bueno, bueno, bueno —la voz cortante de la reina interrumpió mi momento de dicha—. Parece ser que no tenemos solo una princesa... sino dos. —Sus ojos lechosos pasaron de mí a Angelina, que se aferró a mí—. Y, desde luego, no os necesito a las dos.

Pensé que Angelina se amedrentaría en presencia de esa mujer poderosa, pero se quedó impasible, observándola con sus ojos cristalinos y tranquilos.

La que estaba preocupada era yo. No dejaría nunca que nada le pasase a mi hermana pequeña. Nunca. No podía arriesgarme a que la reina poseyera a Angelina.

—Tú ganas —suspiré. Me interpuse entre su mirada y mi hermana—. Tómame en su lugar.

LA REINA

La emoción recorrió todo el cuerpo de Sabara y le insufló una renovada energía que la hizo sentir más viva de lo que se había sentido en años. O en décadas.

Todo lo que deseaba estaba a su alcance.

Había dado con el talón de Aquiles de la chica cuando había encontrado a la niña. Charlaina no escatimaría esfuerzos para proteger a su hermana. Y, sin darse cuenta, había pronunciado las palabras. Había iniciado el proceso.

Podía oír a Maxmilian chillar para que la chica cambiase de opinión. Luchaba por liberarse de los guardias, pero sus palabras ya eran en vano. De todos modos, se había pasado de la raya, y, fuese de la familia o no, tenía que morir por su desobediencia. No ahora, desde luego. Encontraría el momento, la manera de que su muerte pareciese un accidente.

Sabara se concentró en acallar todos los ruidos a su alrededor para adentrarse en ella misma, en llamar a su fuerza vital, a su Esencia, para preparar la transferencia.

Pronto tendría un cuerpo nuevo. Un cuerpo bello y joven.

XXV

—¡No, Charlie! ¡No!

Max no dejaba de gritar. Lo que decía sonaba alto, claro e inexorable. Pero empezaba ya a sentir en mi piel ese poder ajeno. Dejé de respirar a mi ritmo, y mi corazón latía como si fuese el de otra persona.

Me sentí aliviada de que Angelina no tuviera que pasar por aquello. Por ella había hecho un pacto demoniaco. Aquella oscuridad que corría ya por mis venas no la podía alcanzar. En sus ojos azules me suplicaba que no lo hiciera. Siempre había entendido el idioma silencioso de mi hermana pequeña. No podía soportar el daño que esto iba a causarle.

Recuerdos que no eran míos comenzaron a circular por mi mente. Eran de amantes, batallas, nacimientos y muertes. Rostros, nombres y lugares que no conocía. Dentro de mí todo se apagó, y el odio y el pecado emergieron como algo nuevo, venciendo a la alegría y al amor. La maldad pasó a ser mi única naturaleza.

Sentí que eso me devoraba, y abrí la boca para deshacer lo que había iniciado, pero de ella solo surgieron gritos silenciados y súplicas de ayuda que nadie podía oír. La Esencia de la reina se apoderaba de mí, así como sus pensamientos, no solo sus recuerdos, arraigaban en mi interior y ocupaban mi ser. Ella misma me impedía detener aquella locura.

Fuera, los disparos, las bombas y los gritos de hombres se hacían más y más patentes. Se acercaban. Era una lucha en toda regla, pero no podía ser consciente de ella. Intenté concentrarme, pero los recuerdos de la reina se mezclaban con los míos, y evitaban que pudiese distinguir entre realidad e ilusión.

También podía sentir otras cosas. Cosas que la reina ya no me podía ocultar. Era mayor de lo que podíamos imaginar. Su espíritu era muy viejo, centenario, y había sobrevivido a varias épocas de la historia. Ahora que estaba dentro de mí, no podía enmascarar sus secretos, ni siquiera con lenguas que estaban muertas y habían sido olvidadas. Las oía.

Y aquellos pensamientos me revelaron la clave para mi supervivencia.

Tiempo. Solo tenía que alargar la transferencia. Tenía que resistirme al deseo abrumador de rendirme a ella, a abandonarme. Pero era más difícil de lo que parecía. Cada vez estaba más débil, y mi voluntad se diluía.

Una explosión sacudió las paredes e hizo temblar el suelo. Caí de rodillas, y un candelabro se deshizo al alcanzar el pulido suelo. Me vi rodeada de cristales punzantes. Una segunda explosión, justo después de la primera, destrozó un gran ventanal, y más cristales saltaron en pedazos hacia la sala. Me dirigí de manera instintiva a Angelina para arroparla. Tenía heridas que dolían por todo el cuerpo. Por

un momento, la influencia de la reina se debilitó. Pero solo fue un momento. Y volvió, con sus sombras bailando en mi alma y tragándose la como si fuera humo que la ahogaba hasta que sentí que mi verdadero yo desaparecía.

Moría.

Los gritos de Max sonaron más lejanos. No sabía cuánto tiempo me quedaba, pero sospechaba que no había ya mucho de mí en mi interior. No podía ganar la batalla que se libraba dentro de mi cuerpo. Ahora que estaba en mi interior, sabía que ella era más fuerte que yo. Me desmayé justo cuando Angelina tomó mis manos.

Al principio, sentí un cosquilleo en los dedos cuando Angelina me tocó, y después me ardieron. Cuando alcé la vista, creí que mis ojos me traicionaban. La piel de Angelina relucía, primero sutilmente, como una delicada y etérea aparición. Después el destello se intensificó, infernal, rabioso y brillante. Todo en ella, su piel, su cabello, sus ojos azules, resplandecía.

Sabía lo que hacía. Como si me estuviese curando, me transfería su poder para unirlo al mío y darme fuerzas para luchar. De repente, supe qué deseaba. Fue muy claro.

Quería que la reina muriese. Quería vivir.

En los pasillos próximos a la sala del trono, la gente gritaba y se oían disparos. La voz de Brooklynn destacó sobre las demás. Las fuerzas de Xander por fin habían llegado.

Detrás de Angelina, Sabara se levantó del trono. Abandonaba su cuerpo para completar la transferencia y habitar el mío.

Angelina me estrechó la mano para decirme que nunca me abandonaría, y noté que todo mi cuerpo me quemaba como si lo hubiesen atravesado con una espada. Y entonces me habló con una voz suave, de niña, que sonó como siempre la había imaginado:

—No te vayas, Charlie. Te necesito.

No había oído algo tan bello en mi vida y me emocioné. Cálidas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. No sabía si eran suyas o mías.

Frente a mí, el cuerpo de la reina se desplomó... y todo dentro de mí se convirtió en oscuridad.

MAX

Max ni se dio cuenta de que la piel de Charlie brilló cuando Angelina la tocó. Las mejillas de la niña estaban llenas de lágrimas mientras sostenía la mano de su hermana y la miraba a los ojos para pedirle que siguiera respirando, que se despertara.

Todos, guardias y prisioneros, estaban allí de pie, sin moverse, esperando a saber cuál de las dos mujeres moriría primero. En tres zancadas, Max acortó la distancia y se arrodilló junto a Angelina, tomó la otra mano de Charlie y se llevó sus dedos helados a los labios. Tenía un nudo en la garganta.

Junto a ellos, al pie de la tarima, la reina yacía inmóvil, sin nadie a su lado que la animase a vivir. Los grandes portones se abrieron con rabia y golpearon las paredes. Brook irrumpió en la sala, seguida de un grupo de soldados cuyas armas eran tan variadas como sus uniformes. Una sonrisa triunfal brillaba en su rostro. Apuntó a los guardias de la sala del trono y gritó: «¡Bajad las armas!». Su voz sonó alta y firme, como si hubiese nacido para mandar. Luego, vio a Charlie y su expresión de victoria se desvaneció. Corrió junto a sus amigos y le preguntó con la mirada a Max: «¿Está...?».

Max negó con la cabeza, como si ni se imaginara esa posibilidad. Se inclinó sobre el cuerpo sin vida de la chica y suspiró cerca de su piel fría. «Charlie», le suplicó que no los dejara, que no lo dejara.

Las lágrimas le enturbiaron la visión. No la podía perder. El dolor se extendió por su cuerpo como una enfermedad que lo corroía y le quitaba la vida. Apenas sintió el temblor en los dedos de ella, pero sí el repentino grito de asfixia que ocupó toda la estancia, que resonó fuertemente por la habitación y llenó su corazón.

Charlie movió los ojos y después los abrió. Levantó la cabeza y miró de pasada a Max, a Angelina y a Brook y se fijó en la mujer que yacía inconsciente a los pies del trono. «Yo gano», pronunció por fin. Y luego cerró los ojos y se desmayó de nuevo.

Tras de sí, Max oyó el resuello ahogado de su abuela y supo con certeza que era su último suspiro. Ni siquiera tuvo que darse la vuelta para saber que se había ido; pudo comprobarlo en la respiración de Charlie, calmada y estable, después de que la caricia de Angelina se hubiese extendido por la piel de Charlie como un relámpago.

Ludania tenía una nueva reina.

XXVI

Sentí que unos dedos acariciaban mi cara y se deslizaban suavemente por mis mejillas y mis labios. Era como si estuviese en una piel extraña, como si no me perteneciera. Como si no fuese la mía.

Giré la cabeza para evitar esa sensación irritante y percibí una risita en mi oído. Me molestaba ese sonido porque odiaba que se rieran de mí. Me costaba mucho abrir los ojos. Me pesaban tanto que se me cerraban. Y cuando conseguí abrirlos, tuve que enfrentarme a una molesta luz.

No sabía dónde estaba, pero todo deslumbraba, y tuve que intentarlo varias veces para conseguir abrir por fin los ojos. Y entonces me encontré con otros grises que me sonaban.

Agradecí ver a alguien conocido en medio de un ambiente que me resultaba del todo extraño. Fruncí el ceño, y él esbozó una sonrisa.

—¿Dónde estoy? —quise preguntarle, pero no me salió más voz que un áspero suspiro.

—No te esfuerces en hablar —me calmó Max, y me acercó el vaso de agua que estaba junto a la cama.

Estaba en una cama, sí, pero ¿dónde? ¿Cómo? Y, lo que era más importante, ¿por qué?

Me levantó la cabeza y me ayudó a tomar agua. Solo pude dar un sorbito, porque de nuevo sentí que no controlaba mi cuerpo, que era como una extraña dentro de él. Todo parecía diferente.

—¿Mejor?

Intenté sonreír, pero tampoco fui capaz.

—¿Dónde estoy? —volví a preguntar, observando lo que me rodeaba. Había suntuosos tapices, obras de arte y telas delicadas.

—Estamos en palacio, Charlie. ¿No lo recuerdas?

Y de pronto lo recordé todo. Me asaltó todo de una vez: la reina, el pacto, morir... y Angelina.

Aún sentía un cosquilleo en la piel.

Saqué la mano de debajo de la colcha de seda y la miré. Me subí la manga y me sorprendí.

—¿Tengo todo el cuerpo así?

Max asintió, y me pregunté qué pensaba de mi aspecto. Mi piel irradiaba una luz blanca, tan brillante que me molestaba a los ojos. Era la misma que había visto en Angelina.

—Parece que tu hermana ha descubierto su don —explicó Max. No le dije que no

desconocía su don para curar. Ni tampoco que no era su único poder. Todavía me costaba comprender lo que había ocurrido, qué había hecho Angelina para salvarme la vida.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde están mis padres?

Me incorporé. Necesitaba saber que mi familia estaba bien.

—No andan lejos. Confía en mí. Se han ido hace un momento, y seguro que vuelven pronto para saber cómo estás. Estarán contentos de ver que te has despertado.

—Su sonrisa me aceleró el pulso—. Además, Sydney está con ellos.

No me lo podía creer.

—¿Sydney? ¿Qué hace aquí?

—Al conocer la noticia, no hubo forma de que estuviese lejos de ti. Es muy tozuda cuando quiere algo. Me recuerda un poco a Brooklyn.

—Eso no se lo has dicho a Brook, ¿verdad?

Sonrió sin reparos.

—Pues no le importó mucho la comparación —declaró burlón.

Me recosté sobre las almohadas, sin creer que tantas cosas habían cambiado en tan poco tiempo. Quién me hubiese dicho que Sydney estaría de forma voluntaria bajo el mismo techo que mis padres y Brook. Sentí un nudo en la garganta cuando intenté preguntar: «¿Qué ha pasado con Aron...?». No pude seguir hablando, después de haberlo visto al borde de la muerte.

—Angelina ha curado a Xander, a Aron, a tus padres y a Eden. De hecho, pienso que Xander no podía creer que Eden sobreviviría. Si tu hermana no fuese ya una princesa, estoy seguro de que la trataría como tal. Creo que levantará estatuas en su honor.

Sus palabras me bastaban. Angelina los había ayudado y ya no tendría que esconder su don nunca más. Me miré la mano otra vez y pregunté: «¿todavía está...?». Esperaba que Max entendiera qué quería decir.

Él rio, pero esta vez no me importó.

—¿Que si aún brilla?

Asentí.

—No, dejó de hacerlo cuando te liberó. Eres la única que brilla. Angelina no sabe qué ocurrió. Nadie lo sabe.

Se me cayeron las lágrimas cuando Max me recordó que Angelina por fin había hablado. Me acordé de su voz y me sentí aliviada por saber que no lo había soñado.

Pensé en lo que Max había dicho.

—¿Crees que yo también dejaré de brillar?

Me acarició el brazo con el dedo.

—Espero que no.

Sonrió al observar las chispas que saltaban al acariciarme.

Suspiré. Era una sensación pecaminosa. No quería admitir lo que esa caricia me había hecho sentir. Tuve que esperar unos segundos para recomponerme y poder

preguntarle algo. Si no, hubiese notado cómo me temblaba la voz.

—¿Qué ha pasado con la reina?

Me mordí el labio y noté un nudo en la boca del estómago.

Max levantó un ceja.

—La reina está bien.

Me incorporé y aparté a Max.

—¿Y dónde está? ¡Tenemos que echarla de aquí! No sabes lo que yo sé, Max. He visto todo lo que ha hecho, todo de lo que es capaz.

Pero Max me tomó por los hombros y me ayudó a recostarme otra vez.

—Tranquilízate, Charlie. Tú eres la reina ahora. O al menos lo serás cuando seas coronada oficialmente. Mi abuela ha muerto.

No entendía nada.

—¿Cómo estás tan seguro de que es ella la que ha muerto y no yo? ¿Cómo sabes que la transferencia no funcionó y que ella no está en mí, en mi cuerpo?

Max me tomó la mano y enlazó sus dedos con los míos. Sentí fuego dentro de mí, y mis manos brillaron.

—No lo recuerdas, ¿verdad? —dijo preocupado.

—No, no lo recuerdo.

—Mi abuela no murió enseguida. Todavía seguía con vida cuando tú te desvaneciste. No estaba consciente, pero respiraba. Y unos segundos antes de que expirara, tú hablaste.

—¿Qué dije?

Sonrió y sentí que me moría por sentir su calor cerca de mí.

—Dijiste... «yo gano».

¿Cómo podía olvidar algo así, tan enfático? La reina Sabara había muerto. Esta vez sí había muerto. Por mi mente pasaron muchos recuerdos de funerales. ¿Cuántos cadáveres había enterrado ella? ¿Cuántas almas había tomado?

—Además —dijo Max con un brillo en los ojos—, Angelina confirmó que eras tú. Parece que es intuitiva con esas cosas.

Sonreí. También sabía cuál era el otro don de Angelina. Era estupendo no tenernos que esconder más.

—¿Y si no quiero ser reina? —concluí.

Max lanzó un suspiro.

—Ya es tarde para eso. Charlie, te necesitamos. Nuestro país necesita una reina, y ahora no tenemos a nadie más.

—¿Por qué no un rey?

Ya sabía la respuesta. Tenía razón: necesitábamos una reina. Ludania no podía aislarse del mundo de nuevo y teníamos que estar en paz con las monarquías vecinas. Ninguna otra reina respetaría a un rey sin poderes.

—Sabes que no funcionaría bien. Tú eres la persona, siempre lo has sido. Que tu familia fuese apartada del trono no significa que no tengas las condiciones para

gobernar. Eres la heredera de más edad. Además, mírate. ¿Qué más necesitas hacer para convencerte de lo especial que eres?

Rozó el dorso de mi mano y me puse colorada. Ojalá no empezase a brillar también.

Se abrió la puerta sin que llamasen y me tapé las manos con la colcha, aunque no podía ocultar mi rostro.

Brooklynn entró acompañada por Angelina. No era una alucinación que estuviese aquí; la había oído por los pasillos. Angelina llevaba un bonito vestido rosa y habían intentado peinarla para dominar su voluminosa melena rubia. Si no hubiera sido por la suciedad en la cara, habría lucido como una princesa.

—He ido a ver a Eden —le dijo Brook a Max, sin percatarse de que yo estaba despierta—. Ya no está en cama. Dice que está cansada de que la obliguen a descansar.

A pesar de que confiaba en el don de Angelina, la última vez que había visto a Eden se aferraba al último hálito de vida. Me costaba creer que algo, o alguien la había salvado.

Pero tras mi hermana y Brooklynn entró Aron. Ni rastro de golpes y de cortes. Caminaba por sí mismo, y apenas mostraba una ligera cojera. Me levanté de la cama.

—Te dije que nunca te dejaría tirado.

Aron me miró con esa mirada que tan bien conocía, tan suya, y me hizo sonreír.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que te largarías sin dudarlo. Me alegro de que cambiaras de opinión.

A Angelina se le iluminó la cara cuando oyó mi voz y se subió a la cama para rodearme con sus brazos.

—Te he echado de menos —me susurró al oído, abrazándome con todas sus fuerzas. No sabía si podría acostumbrarme al sonido de su voz.

Sus mechones de pelo me hicieron cosquillas en la nariz y en las mejillas, y me puse a llorar mientras la abrazaba.

—Yo también te he echado de menos.

Al separarnos, vi a Xander en la puerta, con una gran sonrisa en la cara. Había luchado toda su vida por conseguir esto. Por eso le había dado la espalda a su familia, a su país, a su reina.

Los ciudadanos de Ludania al fin eran libres, libres de un sistema de clases que determinaba el idioma que podían hablar, qué trabajos podían desempeñar y quiénes podían llegar a ser. Todo lo que Xander había deseado se había hecho realidad. Caminó hacia mí y se agachó para hacer una reverencia teatral.

—Majestad.

EPÍLOGO

Allí estaba acostada, escuchando una respiración pausada por el sueño y sintiendo la suave caricia de las sábanas. Ojalá yo pudiera dormir tan plácidamente.

Lo peor eran las noches, cuando cerraba los ojos y bajaba la guardia para rendirme al poder de mis sueños.

Ella todavía estaba en mí. Ahora lo sabía.

Me moví con cuidado y liberé mis piernas para salir de debajo de las pesadas sábanas. No quería molestar a nadie con mis preocupaciones.

Me abrí camino en la oscuridad y caminé descalza hasta la ventana para echar un vistazo a los jardines. El brillo de la luna en el cielo nocturno casi rivalizaba con el de mi piel. Con el tiempo, mi brillo se había ido apagando levemente, pero seguía ahí.

Tomar el poder de mi país no había resultado complicado. Abolí algunas leyes, pero no los idiomas. Dejé que cada cual eligiera el que quisiera, que cada uno encontrara su lugar. Por supuesto, no todos estuvieron de acuerdo. Siempre había alguna voz disidente que se resistía al cambio, a pesar de que era para mejor. Temía que aquellas voces crecieran y ganaran poder, como esta voz dentro de mí.

Incluso ahora podía sentir sombras veladas que querían salir. Al principio, pensé que era fruto de mi imaginación, esa parte de mí que me instigaba a los malos pensamientos y a las pesadillas. Eran la consecuencia de las responsabilidades del trono. Esperé que desaparecieran con el tiempo, como el brillo de la piel.

Pero los meses pasaron y llegué a un acuerdo con mis súbditos. Supe que pasaba algo más. Algo infinitamente más siniestro.

Ella, la antigua reina, vengativa y malvada, seguía en mí y luchaba por retomar el poder. Yo no lo iba a permitir, y ella lo sabía. Por ahora, yo era más fuerte que ella. Así que su único recurso era encontrar mis puntos débiles, los puntos flacos en mis defensas, esos lugares en los que pudiese inyectar su maldad e intentar envenenarme con miedos y sospechas. Eso sucedía normalmente por la noche, mientras dormía.

Unos brazos fuertes me abrazaron por detrás y sentí su rostro en mi cuello.

—No quería despertarte —dije cariñosamente.

—No me he quejado.

Max besó mi cuello, y unas pequeñas chispas se vieron en la oscuridad. Eso demostraba el poder que sus caricias tenían en mí.

—Vuelve a la cama —me rogó. De nuevo, la luz bailó a nuestro alrededor.

Le sonreí, dejándome llevar y con el convencimiento de que todo era como debía ser. El futuro no importaba, aunque cuando cerraba los ojos ella estuviera allí para convencerme con terribles promesas y amenazas siniestras.

Por ahora, tenía a Max en mi cama.

Y un reino que gobernar.



KIMBERLY DERTING nacida en Seattle (Washington), es una escritora de ficción juvenil estadounidense. Tras acabar la carrera de periodismo escribió su primera novela, *The Body Finder*, primera parte de la serie del mismo nombre.

En 2011 publicó su primera novela en castellano, *El Juramento* (The Pledge).